·COLECCION·
CLAVES
DE
AMERICA

CRONISTAS DEL RIO DE LA PLATA

CRONISTAS DEL RIO DE LA PLATA

FUNDACIÓN
BIBLIOTECA AYACUCHO

CONSEJO DIRECTIVO

José Ramón Medina (Presidente)
Simón Alberto Consalvi
Pedro Francisco Lizardo
Oscar Sambrano Urdaneta
Oswaldo Trejo
Ramón J. Velásquez
Pascual Venegas Filardo

DIRECTOR LITERARIO

José Ramón Medina

CRONISTAS DEL RIO DE LA PLATA

Selección y prólogo

HORACIO JORGE BECCO

BIBLIOTECA AYACUCHO

© de esta edición
BIBLIOTECA AYACUCHO, 1994
Apartado Postal 14413
Caracas - Venezuela - 1010
Derechos reservados
conforme a la ley
ISBN 980-276-257-1
Edición al cuidado de
Elizabeth Haslam

Diseño / Luis E. Ruiz Lossada /
Tutty García Benfele
Fotocomposición: Vidal, stl.
Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

PROLOGO

¡Oh, río, padre antiguo, que llegas al mar con la frente velada por las nieblas y las flores! El Paraná y el Uruguay, dulces, vuelcan en ti sus cuerpos abrazados y sus largas y abandonadas trenzas, rotas por las islas o cubiertas de caracoles y arenas. Y te penetran con los gritos del macá, de las cotorras y los picaflores. Con el calor y los cielos húmedos: dormidos con sus palmeras. Con el perfume del jazmín manga, de las caobas y los laureles; con el vaho de las criaturas que mojan sus cuerpos oscuros en los resplandecientes meandros; con el reflejo de los ganados, y las monaraces visitas de la alimaña, de la lampalagua torpe, el yaguareté, el puma y el yaguareté-í, sangrientos.

RICARDO E. MOLINARI, *Oda al mes de noviembre junto al Río de la Plata.*

LA IMAGINACIÓN medioeval trazó los primeros esquemas que brindaron a Europa un renovado horizonte prodigioso, más allá del mar conocido.

En cartas, documentos y relaciones se van pronosticando el impulso inmaduro aún de renovar horizontes, el suponer con imprecisas ideas que detrás del extenso mar estaban las comarcas desconocidas, que llegaban al borde del llamado Paraíso, las tierras sin imitaciones, inconmensurables y especialmente pródigas en riquezas.

Antiguas palabras como plata y oro fueron la incentivación en la mentalidad del vulgo cerrado por la ignorancia cultural del momento.

Cuando se confirma que América es una tierra nueva, incógnita, paradisíaca, donde las ventajas pueden hacerse realidad, las fundamentales rivalidades entre España y Portugal, aprovecharon las noticias de las expediciones precursoras que irán proyectando las rutas repetidas. Serán oportunamente ampliadas, renovadas y definitivamente establecidas por los pilotos y por los celebrados cartógrafos del momento que iluminaron los grandes planisferios.

La renovación de los topónimos, que fueron en su mayoría dictados por navegantes o exploradores, muestran paulatinamen-

te una novedosa traslación como se confirma en la parte sur del continente americano.

La evolución tanto en los croquis, islarios o rudimentarios apuntes del navegante van registrando puntos de referencia, nombres que orientan el establecimiento localizador de la cartografía aún sin madurez. Así vemos en el Río de la Plata que se transforma en el Mar de Solís, en el renovado y cambiante producto de sus ríos fundamentales, el Paraguay, el Paraná, el Uruguay. Un Mar Dulce que se identifica con idéntica comprobación cuando llega a las confluencias de otros ríos americanos que desde el interior del continente desembocan en el océano Atlántico, como el Amazonas o el Orinoco, todos ellos ríos de gran caudal, de estuarios modificables y anchos márgenes. El Río de la Plata es el resultado aluvional de numerosas islas, de plantas acuáticas, de arrastres provinciales. Ya se menciona con estas características en un informe de 1520. Sabemos que

> ...halló un río de agua dulce, maravilloso, de anchura de catorce leguas, y vio muy hermosos campos a todas partes... y que le dijeron que aquel río no sabían de dónde venía, sino que era de muy lejos, y que más arriba hallaría otra gente, que eran sus enemigos, que tenían de aquellas cosas que él les mostraba, que eran oro y plata y cobre, y que tomó cuatro hombres de aquellos y se fueron con él, y subió por el río en los bateles armados veinte y tres leguas... dice que allí vinieron con él ciertos viejos y estuvo con ellos en grandes pláticas... y le dieron pedazos de plata y de cobre y algunas venas de oro entre piedras, y que le dijeron que toda aquella montaña tenía mucho de aquello, y que duraba a lo que ellos señalaban 300 leguas; y que le dijeron que la plata no la tenían en tanto como el cobre... trajo de todo esto sus muestras.

Un territorio con arbustos, cardales y altos pastos enmarcan el horizonte infinito y pampeano. Las islas tienen mayor variedad de verdes después de las mezcladas arenas de las costas, donde permanece la humedad del suelo, el rítmico correr de las aguas buscando el declive natural y sometidas a la fuerza renovada del viento. Qué podrían esperar de estas llanuras desoladas. De los indios violentos que estaban reconocidos en los testimonios de muchos náufragos como caníbales.

Españoles y portugueses deben centrar sus conocimientos en breves testimonios de naufragios, en pilotos inseguros del rumbo, en secretas apetencias por una riqueza supuesta, mal informada, con imprecisiones ambulatorias, basadas en palabras de los naturales mal traducidas o interpretadas. En este juego de supuestos deberán elegir y tomar resoluciones los Adelantados, sus capitanes o navegantes, en estado de angustiosa inseguridad.

Los testimonios argumentan sobre cartas o comunicados enviados por los protagonistas al Consejo de Indias, los cuales sirvieron para apoyar la idea de descubrir y conquistar basándose en fabulosas riquezas o en leyendas fabricadas por ellos. Para obtener subsidios a la Corona partieron en su busca sistemáticas expediciones marítimas, muchas de las cuales desmantelaron o hundieron los temporales del mar. Algunos náufragos atestiguaron generalmente falsas oportunidades, inventando ciudades deslumbrantes tapizadas de oro, supieron hablar de la montaña de plata, de las verdes esmeraldas, de ciudades perdidas.

Las brújulas y los astrolabios debieron entonces ser modificados tras las palabras que encendían la imaginación y que daban realidad a inesperados tesoros, las rentas del futuro. En buena proporción los navegantes sólo acertaron en los lugares no previstos, se motivaron ante lo descubierto siguiendo las corrientes, arrastrados por las tormentas y los implacables vientos huracanados. Llegaron a donde no pensaban llegar, a donde el desconocido destino lo quiso y tuvieron que aceptar improvisadamente un escenario ignoto, tentador pero salpicado de penurias.

Los desembarcos fueron pacíficos en la mayoría de los casos. Tras la sorpresa mutua entre viajeros y naturales, surgieron la incomprensión, peleas, matanzas, prisiones y antropofagia.

Cuando el tomar tierra resultó sin dificultades, la naturaleza mostró las variantes de su flora tentadora, el hallazgo de especies y animales nuevos, de ciclos térmicos agotadores que obligaron a una solución inmediata. Tanto las rutas del agua navegando con velamen, en las corrientes naturales o remando, motivaron aventuras no previstas, tanto como las avanzadas por tierra que obligaron a la cautela protectora de los vigías junto a los fogones.

Varios testigos —Ulrich Schmidl principalmente— cuentan estos episodios de la hambruna, donde éste certifica que no tenían que comer, «no había ratas, ni ratones, ni culebras, ni otras sabandijas; también tuvimos que comer los zapatos y cueros», debiendo enfrentarse a todo riesgo: la obligatoria cacería cuando pudieron hacerla, los recursos de la pesca y la multitud de plantas a las cuales debieron recurrir luego de terminar las raciones reducidas que podían transportar. En páginas del citado Schmidl o Alvar Núñez Cabeza de Vaca, entre otros, dan contundentes testimonios de lo señalado. El primero, soldado de fortuna, recuerda solamente las marchas inacabables, la pobreza en carne y pescado que debían arrancar a los indios en una desesperada carrera por la vida.

El recorrido por tierra confronta un escenario resuelto, impuesto. Temperaturas altas, soles de quemante fuerza, escenografía deslumbrante, hechizadora. Aguas y torrentes, selvas intrincadas y ar-

boledas, grandes distancias que no mostraban límite. Era cansar la vista sin comprender la realidad, distraídos en el paisaje. El río mezclaba sus colores, el brillo de algún pez que saltaba, las aves que se zambullían con sorpresivo asalto, la quietud era modificada a cada momento, la noche plena de rumores y sonidos. Desde las naves, grandeso pequeñas, explorar los ríos alternaba las horas en una renovación de colores fuertes, en el continuo avanzar de las aguas y las quillas. La paciencia disminuía y se reemplazaban las labores cotidianas siempre con atención a las voces de orden, al amainar del viento o lo registrado en las orillas.

Este reducido conjunto de testimonios ofrece ilustración sobre el Río de la Plata, permitiendo dibujar un itinerario de coloridas páginas que van reconstruyendo la llegada al mismo, el poblamiento con la fundación de precarios pueblos o villorrios, la exploración del suelo y los innumerables problemas que padecieron los personajes humanos.

Martín el Barco Centenera escribió en 1602 un denso poema que tituló *Argentina y conquista del Río de la Plata*, donde anota:

> El río Argentino o Río de la Plata es llamado por los indios Paraná que quiere decir mar por su grandeza, corre del Norte al Sur lo más del año aunque hace muchas vueltas cuando entra en la mar al Este de manera que el viento Sur es sobre la tierra de Buenos Aires y el Norte sobre la banda del Brasil.

Finalmente y luego de muchos pleitos que irán bautizando respectivamente el río —disputas de las Coronas de Portugal y España— se conoce del encuentro entre Sebastián Gaboto y Diego García en el río Paraná, y con ellos la primera remesa de plata del Nuevo Mundo. Con el nombramiento en 1534, por Carlos V, de don Pedro de Mendoza como «Gobernador y Capitán General de las Provincias del Río de la Plata», este nombre se incorpora a la cartografía universal.

El proceso descubridor que hallamos en los clásicos cronistas como Francisco López de Gómara, Pedro Mártir de Anglería y Martín Fernández de Navarrete queda demorado en las primeras noticias que recuerdan a Juan Díaz de Solís muerto en la costa oriental del río que llevaba su nombre. Diego García, maestre de este último, volvió al estuario rioplatense dejando testimonio en su *Relación e derrotero de la navegación al Río de la Plata* iniciada en 1526. Acompañando a Gaboto estuvo Alonso de Santa Cruz, cosmógrafo mayor de Carlos I de España, quien recuerda su contacto con el delta litoraleño como parte del río que los indios dicen Paraná, poblado de islas con puercos de agua, garzas, venados y tigres, según detalla en su *Islario general de todas las islas del mundo*.

La extensa *Carta de Luis Ramírez* escrita en el puerto de San Salvador en 1528, informará sobre la leyenda del Rey Blanco y la Sierra de la Plata, consecuencia de informes orales sobre el Imperio de los Incas, a través de los indios guaraníes, fundamentada en los cinco náufragos de la armada de Solís y Loayza, que llevó el portugués Alejo García desde la Laguna de los Patos, en el Golfo de Santa Catalina, hasta las sierras peruanas. Esta carta fundamentará el espejismo rico en plata que motivó acciones ejecutadas por Pedro de Mendoza, Juan de Ayolas, Alvar Núñez Cabeza de Vaca y Martínez de Irala. Era buscar el Cerro de Potosí por los afluentes del Plata y llegar al altiplano.

Los *Comentarios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, van a cumplir detalladamente con un largo recorrido desde el litoral hasta Asunción (Paraguay), cruzando la selva y que Pero Hernández se encarga de redactar. El Adelantado Cabeza de Vaca, «hombre cuidadoso, justo, ordenado y severo, caminó con felicidad y sin agraviar a los indios, que le salían al camino ofreciendo alimentos y procurando la amistad y benevolencia de los caballos», como escribe el investigador Alberto M. Salas.

> Su cronista y secretario Pero Hernández —continúa diciendo Salas— reparó como pocos en la naturaleza: los ríos, los grandes pinares, las cañas que contienen agua y gusanos comestibles, el gran salto que da el río Iguazú y sus nieblas de agua sutil. Y con gracia y animación describió circunstancias accidentales, como esa lucha jocosa entre los gatos monillos y los cerdos monteses por las piñas.

El lansquenete Ulrich Schmidl es autor de una *Crónica del viaje a las regiones del Plata, Paraguay y Brasil*, más difundido como *Viaje al Río de la Plata (1534 - 1554)*, donde cuenta la fundación de la ciudad de Buenos Aires, las luchas contra los indios querandíes, las fuertes anécdotas por las necesidades del hambre. Luego remontan el Paraná y recorren el río Paraguay llegando a Nuestra Señora de Asunción. Las numerosas tribus, grupos de guerreros, batallas, costumbres y detalles menores dan a esta historia una descripción escrita por un militar de ojos asombrados quien comenta en plural por «nosotros los soldados» una conmovedora remembranza de sus días en las nuevas Indias.

También Hernando de Ribera (o Rivera) presenta su *Relación* ante el escribano Pero Hernández donde nos habla del altiplano con gente cobriza y rica, que tienen ovejas muy grandes (las llamas del Perú), refuerza su permanencia en Asunción, navega por algunos ríos y alterna con las tribus que encuentra en su recorrido.

Los cuadros del capitán Ruy Díaz de Guzmán, criollo asunceño, provienen de su crianza en medio de los sucesos que consigna y narra en su crónica del descubrimiento, población y conquista del Río de la Plata, más conocida como «Argentina manuscrita».

El historiador jesuita Pedro Lozano recoge noticias y observaciones sobre el Río de la Plata, Paraguay y Tucumán de quien recogemos las «Cualidades y hábitos fabulosos en plantas y animales», como la yerba mate del Paraguay, del guayacán o palo santo, sobre los guanacos y sus piedras bezares, de un animal espantoso y feo llamado «sú», de la anta o «gran bestia», sobre algunas víboras o serpientes y sus costumbres, del picaflor que se confunde con las mariposas o las abejas por su tamaño.

Estos documentos reducidos por razones editoriales van a brindarnos imágenes perdurables en las palabras redactadas por historiadores o cronistas al tocar el Río de la Plata, en forma parcial o fragmentaria. Se ha procurado buscar una sucesión de los mismos sin notas eruditas, descartando obligatoriamente el aparato bibliográfico y documental que suele acompañar algunas compilaciones históricas documentales.

«Arribaron por un mar que tenía cinco lunas de anchura; y aún estaba repleto de sirenas y endriagos y de piedras imanes que enloquecen la brújula», como poéticamente escribe Jorge Luis Borges. El gran espejo rioplatense queda moldeado a la espera de don Juan de Garay a quien le corresponderá la segunda fundación del Puerto de Santa María de los Buenos Aires, ciudad de la Santísima Trinidad, bajo los cielos de la Cruz del Sur.

HORACIO JORGE BECCO

PEDRO MARTIR DE ANGLERIA

EXPEDICION DE JUAN DIAZ DE SOLIS

Angleria o Anghiera (c. 1455 - 1526) no estuvo nunca en América pero sí cerca de todo lo americano por haber sido confesor de la reina Isabel y consejero de los Reyes Católicos. Además, en la corte, regocijada por las noticias de Indias, escuchó directamente de Colón, Vespucio, Magallanes, Vasco de Gama o Cortés la historia de sus descubrimientos y hazañas. Como era humanista y cosmógrafo supo dar forma a su monumental Décadas del Nuevo Mundo, *escritas en latín con el título* De orbe novo, *que fue publicada sin su autorización en 1511 y luego bajo su cuidado desde 1516 para concluir póstumamente en 1550. Narra la llegada de Díaz de Solís, quien dio a estas aguas el nombre de Mar Dulce y murió en las playas argentinas.*

PIENSO QUE NO SE DEBE pasar en silencio lo que aconteció a Juan [Díaz] Solís que con tres embarcaciones zarpó del puerto de Jopa, poco distante de Cádiz en el océano, el día 13 de septiembre del año pasado, 1515, a explorar el lado austral del que se cree continente; y lo de Juan Pontes que dijimos fue elegido para debelar a los caribes o caníbales antropófagos, comedores de carne humana; y lo de Juan Ayora; y lo del otro capitán, Gonzalo Badajoz; y del otro, Francisco Becerra; y de otro también, llamado Vallejo.

Solís tomó su cargo con desgracia: por el cabo o frente de San Agustín mil veces mencionado, pasó al lado meridional del que se cree continente al otro lado del círculo equinoccial, pues hemos dicho que el tal cabo toca al grado séptimo del antártico *(hemisferio)*. Anduvo seiscientas leguas, y encontró que el cabo de San Agustín se ensancha tanto hacia el Mediodía, al otro lado del equinoccial, que llegó más allá del grado treinta del antártico.

Ya navegaba a espaldas de la Cabeza del Dragón y de la castellana Paria, que caen al Aquilón y miran al ártico *(polo)*, cuando se encontró con los malvados y antropófagos caribes, de quien en otras partes hemos hablado latamente.

Estos, cual astutas zorras, parecía que les hacían señales de paz, pero en su interior se lisonjeaban de un buen convite; y cuando vieron de lejos a los huéspedes, comenzaron a relamerse cual rufianes. Desembarcó el desdichado Solís con tantos compañeros cuantos cabían en el bote de la nave mayor. Saltó entonces de su emboscada gran multitud de indígenas, y a palos les mataron a todos a la vista de sus compañeros; y apoderándose del bote, en un momento le hicieron pedazos: no escapó ninguno. Una vez muertos

y cortados en trozos, en la misma playa, viendo sus compañeros el horrendo espectáculo desde el mar, los aderezaron para el festín; los demás, espantados de aquel atroz ejemplo no se atrevieron a desembarcar, y pensaron en vengar a su capitán y compañeros y abandonaron aquellas playas crueles.

Cargaron las naves de troncos coccíneos, que dijimos se llaman en italiano *verzino*, y *brasil* en español, clase de madera a propósito para pintar las lanas; los demás regresaron a su patria.

Estas cosas que escribo brevemente, me las han contado en cartas; que otra cosa hayan hecho, alguna vez lo sabremos más particularmente.

FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA

DESCUBRIDORES DEL RIO DE LA PLATA

López de Gómara (1511 - 1560) fue un cronista de Indias que jamás estuvo en América, pero aprendió las cosas de este continente gracias a la lectura de cronistas anteriores y a los relatos que le hicieran, entre otros, Sebastián Cabot, quien estuvo en las tierras del sur americano, y principalmente Hernán Cortés, retirado ya a España. López de Gómara le sirvió como capellán y, lógicamente, uno de sus libros estará dedicado a exaltar la figura del héroe de Nueva España. Así escribió la Historia general de las Indias y Conquista de México, *publicada en 1552, prohibida por las autoridades, reescrita luego. De toda América habló en la primera parte de su libro: del Caribe, de Centroamérica, Florida, Perú y, desde luego, de la empresa de conquista del Río de la Plata en la que el navegante Juan Díaz de Solís encontrara una terrible muerte en manos de los indios el año 1516. Durante muchos años esas aguas llevaron el nombre del difunto. López de Gómara cuenta también la historia de otras expediciones.*

Del cabo de San Agustín, que cae a ocho grados ponen setecientas leguas de costa hasta el Río de la Plata. Américo [Vespucci] dice que las anduvo el año de 1501 yendo a buscar estrecho para las Molucas y Especiería por mandado del Rey don Manuel de Portugal; Juan Díaz de Solís, natural de Lebrija, las costeó legua por legua el año 12, a su propia costa. Era piloto mayor del Rey; fue con licencia, siguió la derrota de Pinzón, llegó al cabo de San Augustín, y de allí tomó la vía de mediodía; y costeando la tierra, anduvo hasta

ponerse casi en cuarenta grados. Puso cruces en árboles, que los hay por allí muy grandes; topó con un grandísimo río que los naturales llaman Paranaguazu, que quiere decir río como mar, o agua grande. Vido en él muestra de plata, y nombrólo de ella. Parecióle bien la tierra y gente, cargó de brasil y volvióse a España. Dio cuenta de su descubrimiento al Rey, pidió la conquista y gobernación de aquel río; y como le fue otorgada, armó tres navíos en Lepe, metió en ellos mucho bastimento, armas, hombres para pelear y poblar. Tornó allá, por capitán general, en septiembre del año 15, por el camino que primero. Salió a tierra en un batel con cincuenta españoles, pensando que los indios lo recibirían de paz como la otra vez, y según entonces mostraban; pero saliendo de la barca, dieron sobre él muchos indios que estaban en celada, y lo mataron y comieron a todos los españoles que sacó y aún quebraron el batel. Los otros, que de los navíos miraban, alzaron anclas y velas, sin osar tomar venganza de la muerte de su capitán. Cargaron luego de brasil y anime blanco, y volviéronse a España corridos y gastados. El año 26 fue Sebastián Cabot al Río de la Plata, yendo a las Molucas con cuatro carabelas y doscientos y cincuenta españoles. El Emperador le dio los navíos y artillería; mercaderes y hombres que con él fueron le dieron, según dicen, hasta diez mil ducados, con que partiese con ellos la ganancia por rata. De todos dineros proveyó la flota de vituallas y rescates. Llegó, en fin, al Río de la Plata, y en el camino topó una nao francesa que contrataba con los indios del golfo de Todos Santos. Entró por él muchas leguas. En el puerto de San Salvador, que es otro río cuarenta leguas arriba, que entra en el de la Plata, le mataron los indios dos españoles, y no los quisieron comer, diciendo como eran soldados, que ya los habían probado en Solís y sus compañeros. Sin hacer cosa buena se tornó Cabot a España destrozado, y no tanto, a lo que algunos dicen, por su culpa como por la de su gente. Don Pedro de Mendoza, vecino de Guadix, fue también al Río de la Plata, el año 35, con doce naos y dos mil hombres. Este fue el mayor número de gente y mayores naves que nunca pasó capitán a Indias. Iba malo, y volviéndose acá por su dolencia, murió en el camino. El año 41 fue al mismo Río de la Plata, por adelantado y gobernador, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, natural de Jerez, el cual, había hecho milagros. Llevó cuatrocientos españoles y cuarenta y seis caballos. No se hubo bien con los españoles de don Pedro que allí estaban, ni aun con los indios y enviáronlo preso a España, con información de lo que hiciera. Tienen muchos por buena gobernación ésta, porque hay allí muchos españoles hechos a la tierra, los cuales saben la lengua de los naturales, y han hecho un lugar de dos mil casas en que hay muchos indios e indias cristianadas, y está cien

leguas de la mar a la ribera de Mediodía, en tierra de quirandíes, hombres como jayanes, y tan ligeros, que corriendo a pie toman a mano los venados, y que viven ciento y cincuenta años. Todos los de este río comen carne humana, y van casi desnudos. Nuestros españoles visten de venado curtido con sain de peces, después que se les rompieron las camisas y sayos. Comen pescado, que hay mucho y gordo, y es principal vianda de los indios, aunque cazan venados, puercos, jabalís, ovejas como las del Perú y otros animales. Son guerreros, usan los de este río traer en la guerra un pomo con recio y largo cordel, con el cual cogen y arrastran al enemigo para sacrificar y comer. Es tierra fertilísima, donde Sebastián Cabot sembró cincuenta y dos granos de trigo en septiembre y cogió cincuenta mil en diciembre [...]. Hay peces puercos y peces hombres, muy semejables en todo al cuerpo humano. Hay también en tierra unas culebras que llaman de cascabel, porque suenan así cuando andan. Hay muestra de plata, perlas, y piedras. Llaman a este Río de la Plata y de Solís, en memoria de quien lo descubrió. Tiene de boca veinte y cinco leguas y muchas islas, que tanto hay del cabo de Santa María al cabo Blanco; los cuales están en treinta y cinco grados más allá de la equinoccial, cual más, cual menos. Crece como el Nilo, y pienso que a un mismo tiempo. Nace en el Perú y engruésanlo Abancay, Vilcas, Purina y Jauja que tiene sus fuentes en Bombón, tierra altísima. Los españoles que moran en el Río de la Plata han subido tanto por él arriba, que muchos de ellos llegaron al Perú en rastro y demanda de las minas de Potosí.

MARTIN FERNANDEZ DE NAVARRETE

JUAN DIAZ DE SOLIS

A Fernández de Navarrete (1765 - 1844), militar e historiador, correspondió en el siglo XIX recolectar, ordenar y publicar desde la Academia de la Historia de España los documentos compilados en los varios volúmenes de la Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde el siglo XV, *aparecida entre 1825 y 1837. Su texto cerraría el ciclo de los dedicados aquí a la figura de Díaz de Solís, con la historia de sus anteriores empresas en el Caribe y Centroamérica y su posterior misión de ir al sur en busca de una nueva vía hacia las especias del Oriente.*

AUTORIZADOS NUESTROS Reyes por la donación pontificia para enseñorearse del hemisferio occidental, trataron de asegurar este dere-

cho estableciendo sus armas y colonias en distintos parajes. Para lograr el fin con mayor facilidad, se valieron del entusiasmo y ambición de los descubridores, que a trueque de adquirir un Gobierno ponían en la demanda sus personas y haberes, como también los de otras muchas gentes, en especial de los puertos, atraídas con el cebo de las perlas y del oro de los países que se iban descubriendo.

Entre estos descubridores merece particular mención Juan Díaz de Solís, natural de Lebrija, que, unido con Vicente Yáñez Pinzón, fue, en 1506, a proseguir los descubrimientos del primer Almirante, principiando en las islas de los Guanajos, reconociendo el golfo de Honduras y siguiendo al golfo Dulce, cuya entrada avistaron, al parecer, con el objeto de hallar algún canal o estrecho de comunicación con el otro mar, y llegaron a las islas de Caria. Descubrieron asimismo parte de la provincia de Yucatán, cuyo conocimiento no se completó hasta algunos años después.

Durante la ausencia del Rey Católico de los Estados de Castilla se entibió algo el ardor de semejantes empresas; pero luego que regresó de Nápoles, mandó llamar a la corte a Solís, Pinzón, La Cosa y Vespucci, acordando con ellos que pues estaba descubierta tanta parte de la costa de tierra firme desde Paria a Poniente, se procurase poblar en ella y descubrir al Sur hacia el Brasil, siempre con la idea de encontrar algún estrecho que facilitase el comercio de la especiería.

Aparejáronse con este último objeto dos carabelas, en que fueron Yáñez y Solís, y por piloto, Pedro de Ledesma, con las instrucciones correspondientes. Salieron de Sanlúcar el día 29 de junio de 1508, día de San Pedro y San Pablo; reconocieron las islas de Cabo Verde, después el cabo de San Agustín, y siguiendo hacia el Sur la costa del continente, llegaron casi a los cuarenta grados de aquel hemisferio, tomando posesión por los Reyes y por la Corona de Castilla de las tierras que iban descubriendo. La falta de buena armonía, y los altercados que hubo entre los principales caudillos de la expedición, coartaron sus progresos. Lo cierto es que regresaron a Castilla a finales de octubre de 1509; que se formaron procesos judiciales, y que resultando culpable Solís le enviaron preso a la cárcel de corte, mientras que a Yáñez Pinzón se hicieron algunas mercedes en la isla de San Juan, aunque después no se realizaron.

Habiendo quedado Solís salvo y libre de sus cargos, se le pagaron en 24 de abril de 1512, treinta y cuatro mil maravedís de merced en recompensa del tiempo de su prisión y pleito, además del salario de piloto mayor, en cuya plaza entró por muerte de Américo Vespucci, asentándosele en los libros sólo sesenta y cinco mil maravedís, porque los diez mil restantes se asignaron por pensión a la viuda de su antecesor. En el mismo año 1512 había el Rey mandado aprestar ciertos buques para un viaje de descubrimien-

tos por las partes de Molucas y de la Especiería; pero lo mandó suspender hasta comunicar con su hijo el Rey de Portugal lo que tocaba a aquella navegación, porque en realidad pertenecía a los portugueses por los tratados y por bulas pontificias.

Compuestos estos negocios, en los que intervino, por parte del Rey Católico, Lope Hurtado de Mendoza, se varió la disposición del viaje de Solís, mandándosele, según se capituló con él en 24 de noviembre de 1514, ir a descubrir por las espaldas de Castilla del Oro y de allí adelante, con tres navíos, uno de sesenta toneles y de treinta cada uno de los otros. Se estipuló asimismo que el Rey daría cuatro mil ducados de oro; que todo el apresto, gasto de mantenimiento y gente sería por cuenta de Solís; que el Rey tendría un tercio de los beneficios, otro Solís, y el restante sería para la gente; que irían un factor y un escribano-contador nombrados por el Rey, con otras condiciones de menos monta. En la instrucción que se le dio con la misma fecha se trasluce la idea de buscar un estrecho para el mar del Sur y de comunicarse con Pedrarias Dávila; encargando a Solís enviase una figura o diseño de la tierra que descubriese, y que si Castilla del Oro fuese isla y se hallase abertura o estrecho, remitiese las cartas a la isla de Çuba. Se le prevenía con mucho encarecimiento que no tocase en costa o tierra perteneciente a Portugal, so pena de muerte y perdimiento de bienes.

Estaban ya prontas las tres carabelas cuando quiso Solís poner a monte o varar la mayor para limpiar sus fondos; pero la varó cargada y se abrió, de modo que por inútil quedó en Sevilla, y se le prestaron setenta y cinco mil maravedís para comprar otra. El Rey, que receloso de los portugueses daba prisa para la partida, quiso empeñar más a Solís haciéndole mercedes, *porque era* (dice Herrera) *el más excelente hombre de su tiempo en su arte.*

Salió de Lepe el 8 de octubre de 1515, encaminóse al puerto de Santa Cruz de Tenerife y de allí a la costa del Brasil, que reconoció prolijamente desde el *cabo de San Roque y de San Agustín* hasta Río de Janeiro, situando todos los puntos principales en sus respectivas latitudes. Más adelante avistó el *cabo de la Cananea* en veinte y cinco grados, tres minutos Sur; y tomando su derrota al SO. para la isla que llamó de *la Plata* surgió en la *bahía de los Perdidos,* que colocó en veinte y siete grados. Salió de allí corriendo la costa hacia el Sur, y fondeando en varios parajes de ella, la reconoció hasta dar vista a la isla de *San Sebastián,* donde están otras tres que llamó de *los Lobos* y dentro el puerto de *Nuestra Señora de la Candelaria,* que situó en treinta y cinco grados.

Allí tomó Solís posesión de todo por la Corona de Castilla; y de acuerdo con sus compañeros, entraron en una gran abra o abertura, que por ser tan espaciosa y el agua no salada llamaron mar *Dulce,*

y pareció luego ser el *río* que se apellidó *Solís,* y hoy se llama *de la Plata*. Dentro de él reconoció el mismo capitán con una carabela latina la entrada por la costa más próxima, y fondeó frente de una isla mediana que fijó en treinta y cuatro grados cuarenta minutos. En las riberas había casas de indios, y se observaba que muchos embelesados veían pasar la carabela ofreciendo con señas lo que tenían.

Quiso Solís reconocer el país y tomar algún hombre para traerlo a Castilla. Bajó a tierra acompañado de algunos otros con este objeto, y los indios, que tenían emboscados muchos flecheros, cuando los vieron desviados del mar, dieron en ellos, mataron a Solís, al factor Marquina, al contador Alarcón y a otras seis personas, a quienes cortaron las cabezas, manos y pies, y asando los cuerpos enteros se los comían con horrenda inhumanidad. Esto aconteció dentro del río junto a la isla que llamaron de Martín García, situada en la costa del Sur.

De tan fiero espectáculo se apartó la carabela, yendo a buscar los otros navíos, y unidos se volvieron con la desgracia de perder en la mar uno de ellos con toda su gente. Los otros dos entraron en la bahía de los Inocentes, donde por rescate adquirieron quinientos y quince quintales, tres arrobas y una libra de brasil, que con una esclavita y sesenta y seis cueros de lobos marinos fue todo el provecho de este viaje. Regresaron a Castilla muy maltratados al mando de Francisco de Torres, piloto del Rey y cuñado de Solís; y se despachó la noticia de su llegada a los gobernadores del reino en 4 de septiembre de 1516.

DIEGO GARCIA

POBLADORES DEL PLATA Y DEL PARAGUAY

Diego García (1500 - 1535), vida breve, fue maestre de la expedición emprendida y culminada fatalmente por Díaz de Solís. Volvió al Río de la Plata en 1526, desde donde pasaría a explorar el río Paraguay cuyas riquezas en oro y plata anuncia, además de mencionar las costumbres alimentarias de los indígenas y referirse a la famosa antropofagia ritual de los guaraníes. Su relación figura como apéndice documental de la Historia general y natural de las Indias, *publicada entre 1851 y 1855, ordenada por el cronista real Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdez.*

MEMORIA DE LA NAVEGACIÓN que hice este viaje en la parte del Mar Océano, desde que salí de la Coruña, que allí me fue entregada la arma-

da por los oficiales de Su Majestad, que fue en el año de mil quinientos veinte y seis (1526).

A quince de enero de dicho año partí del cabo de Finisterre, yendo mi navegación, y en el dicho cabo están cuarenta y tres grados, y de allí tomé derrota para las islas Canarias y corre por el Susudueste, que de este cabo a las Canarias corre en esta derrota, y hay del cabo de Finisterre hasta las islas Canarias... leguas; y en este camino pasamos por la isla de la Madera, que es del Rey de Portugal; está en treinta y dos grados y medio; y de la otra parte de la banda del Este, está Puerto Santo, propio en la altura de la isla y diez leguas de la isla de la Madera; y a la banda del Sueste de la isla de la Madera, está una isla que se llama las Desiertas, que está seis leguas en la mar de la isla; y andando por mi derrota allegué a la Palma, que es isla de las islas Canarias; está la isla de la Palma con la isla de Tenerife y la isla de Fuerte Ventura, y el cabode Quylo está en veinte y nueve grados. Y la isla de la Gran Canaria con la isla de la Gomera están veinte y ocho grados y medio, y la isla del Hierro en veinte y siete. Todas éstas se llaman las islas de la Gran Canaria, y en estas islas hacen azúcares para cargar para acá en España, y son cristianos; y de aquí tomamos lo que habíamos menester para nuestro viaje, porque de acá de la Coruña íbamos desproveídos, y por un poder que llevamos del conde don Fernando. Nos partimos el primero de septiembre de dicho año.

En todo este descubrimiento que descubrimos, vimos muchas islas y arboledas y muchas generaciones, las cuales generaciones son éstas:

La primera generación [indios] a la entrada del río [de la Plata] a la banda del Norte se llaman los charruases; éstos comen pescado y cosas de caza, y no tienen otro mantenimiento ninguno. Habitan en las islas otra generación que se llama los guaraníes; éstos comen carne humana; tienen y matan mucho pescado y abatíes, y siembran y cogen abatís y calabazas. Hay otra generación andando el río arriba que se llaman los chanaes y otros que están cabe ellos, que se llaman los chanaes atembures; éstos todos comen abatíes y carne y pescado. Y de la otra parte del río está otra generación que se llama los carcaraes y más atrás de ellos está otra generación muy grande que se llama los carandies, y más adelante hay otros que se llaman los atambues. Todas estas generaciones son amigos y están juntos y hácense buena compañía, y éstos comen abatí y carne y pescado. Y luego más adelante de la banda del Norte hay otra generación que se llama mecontaes, que comen pescado y carne; y hay otra más adelante que se llama mepenes; que come carne y pescado, y algún arroz y otras...

Y más adelante hay otra generación que se llama coñame;

comen carne y pescado; y otra generación que está cabe éstos... arriba del Paraguay que se llama los agaces, y éstos comen pescado y carne y luego más adelante está otra generación de chandules, que comen abatí, carne y pescado y otras vituallas que tienen. Todas estas generaciones no comen carne humana, no hacen mal a los cristianos, antes son amigos suyos; y estas generaciones dan nuevas de este río Paraguay, que en él hay mucho oro y plata y grandes riquezas y piedras preciosas. Y esto es lo que sabemos de este descubrimiento. Y esta señal de plata que yo he traído, un hombre de los míos que dejé la otra vez que descubrí este río, habrá 15 años, de una carabela que se nos perdió, fue por tierra a este río del Paraguay y trajo dos o tres arrobas de plata y la dio a los indios y cristianos que estaban en aquella tierra, y de ellos hube esta plata.

Esta relación y descubrimiento y cuenta doy a Vuestra Majestad, y no hay otra cosa en contrario.

ALONSO DE SANTA CRUZ

PRIMERAS ISLAS SOBRE EL RIO DE LA PLATA

Otra de las grandes expediciones a la región fue emprendida en 1526 por el piloto veneciano Sebastián Cabot (1476 - 1557) — llamado también Gaboto en ciertos textos — al servicio del rey de España y en busca de una nueva ruta de comunicación con Asia. Ya en 1497 Cabot había sido el primer explorador de Terranova en Norteamérica, a las órdenes de Inglaterra y cuando Colón se preparaba para su tercer viaje. En el sur viajó por el Río de la Plata y el Paraná. Lo acompañaba el capitán Alonso de Santa Cruz (1505 - 1567) quien dibujó como cosmógrafo una «Carta de la costa sur del Brasil, Río de la Plata y del Paraná» (1550) y es autor del Islario general de todas las islas del mundo, *editado por la Sociedad Geográfica española en 1920. Santa Cruz fue astrónomo de la corte de Carlos V y luego de su viaje americano se desempeñó como cosmógrafo de la Casa de Contratación de Sevilla.*

ANTES DE ENTRAR en el Río de la Plata hay cuatro o cinco isletas las cuales van puestas, levante a poniente, unas en pos de otras, apartadas por una y media legua, que se llaman islas de Rodrigo Alvarez, por las haber descubierto un piloto que con nosotros llevábamos dicho así; al austro de éstas hay otras dichas de Cristóbal Jaques, que era un portugués llamado así que las descubrió vinien-

do a este río por capitán de una carabela desde la costa del Brasil, a fama del oro que se decía haber en él; junto al cabo de Santa María, que es a la entrada del río, está una isla dicha de los Lobos, por haber en ella muchos lobos marinos; es isla desierta y sin agua; dentro del Río de la Plata hay gran número de islas grandes y pequeñas, todas las más despobladas por ser bajas y cada año cúbrelas el río en las avenidas que trae, aunque los veranos algunas de éstas se habitan por causa de las sementeras que en ellas tienen los indios y muchas pesquerías de muy grandes y buenos pescados; son todas de mucha arboleda, aunque los árboles de poco provecho, porque si no son para el fuego y para chozas que los indios hacen, para otra cosa no son; hay muchas palmas grandes y pequeñas; en algunas de estas islas hay onzas y tigres que pasan del continente a ellas y muchos venados y puercos de agua, aunque no de tan buen sabor como los de España; hay muchos ánades, muchas garzas, que hay islas de tres y cuatro leguas de largo y más de una de ancho que los árboles están llenos de ellas, muchos papagayos que van de pasada; péscase alrededor de ellas muchos y diversos pescados y los mejores que hay en el mundo, que creo yo provenir de la bondad del agua que es aventajada a todas las que yo he visto; el más común que se pesca en él, de que hay más cantidad, es de uno que llaman quirnibataes que son como sábalos en España y más sanos y de mejor sabor; hay otros piraines que son mucho más grandes, y bogas y rayas y otras a manera de salmones y otros pequeños de extremado sabor, los cuales guardan los indios para el invierno sin los salar porque no alcanzan sal, sino con abrirlos por medio a la larga y poniéndolos al sol hasta que están secos y cuélganlos en unas casas y después al humo, donde se toman a curtir más y de esta manera los tienen de un año para otro, y lo mismo hacen de la carne; tienen mucho maíz, no se dan en las islas ni continente yucas ni ages ni batatas por ser de la tierra fría, sino es más de doscientas leguas de la boca del río, que toma a volver en el altura de la provincia de los Patos, donde se cría todo lo sobre dicho; es este río uno de los mayores y mejores del mundo y según la información de los indios viene de muy lejos, aunque por lo que vimos lo podemos afirmar, porque de boca tiene treinta leguas y se va disminuyendo hasta catorce; entran en este río muchos otros y entre ellos uno muy grande dicho Uruguay, el cual tiene muchas islas aunque deshabitadas y pequeñas, porque el río principal que los indios llaman Paraná, que quiere decir más grande, tiene las islas mucho mayores, porque las hay de a tres y cuatro y seis y doce leguas de largo y dos y tres y más de ancho; algunas tienen nombres de los mayorales e indios que siembran en ellas; tiene el río Paraná de ancho hasta siete y cinco y tres leguas, y el de Uruguay dos y una

y media; está la boca de este Río de la Plata desde treinta e cinco a treinta e siete grados, pero pasadas cien leguas de él torna a volver al norte por más de doscientas, de las cuales nosotros subimos por él más de las ciento y tuvimos lengua que había más de otras tantas hasta su origen y nacimiento.

LUIS RAMIREZ

LA SIERRA DE LA PLATA

De la expedición de Sebastián Cabot al río Paraná hay otro interesante documento: la «Carta» en que Luis Ramírez relata estos hechos y está fechada en 1528. El texto fue recogido en Documentos históricos y geográficos relativos a la conquista y colonización rioplatense *(1941).*

El señor Capitán General viendo ya el tiempo enderezado y favorable para seguir nuestro viaje mandó alzar anclas, día del señor San Miguel que fueron a 19 días del mes de setiembre de dicho año y caminando a las veces con buen tiempo a las veces con contrario, hasta el sábado 13 del mes de octubre, que estando en la mar nos comenzó a calmar el viento que llevábamos y comiénzase a levantar por la proa un tan grande nublado que era gran de espanto de ver, muy oscuro y con tanto viento que casi no nos dejó tomar las velas a las que hubimos de tomar a gran trabajo, y tras esto vino una agua tan grande que era maravilla que parecía que todo el mundo se venía abajo lo cual nos puso gran espanto principalmente después que las naos comenzaron a jugar por las grandes olas que la mar hacía con el gran viento y que ponía gran espanto a los que los miraban porque la nao andaba de tal manera a una parte y a otra que hacía entrar en las dichas naos mucha abundancia de agua que a lo menos para nosotros las personas, que nunca habíamos navegado nos puso en tanto aprieto y con cosa como nunca pensamos ver, y aún los diestros marineros experimentados en las tales tormentas pensaron ser esta la postrera que los atormentara, por las naos venir muy embarazadas a las naos deshicieron algunas obras muertas por darle más alivio. La nao capitana perdió el bote que traía por popa, esta tormenta de la manera que dichotengo y mucho peor nos duró toda la noche hasta el domingo, que amaneció el día muy claro con muy buen sol, como si no hubiera pasado nada y así anduvimos hasta el viernes diez y nueve del dicho mes que llegamos a surgir en una isla a una gran montaña a causa de pare-

cer al señor Capitán General ser aparejada de madera para hacer batel para la nao capitana, porque como digo en la tormenta pasada había perdido el suyo y estando en esto vimos venir una canoa de indios la cual vino a la nao capitana y por señas nos dio a entender que había allí cristianos lo cual aún no acabado de entender el señor Capitán General les dio a estos indios algún rescate los cuales se fueron muy contentos. En que estos indios según parece fueron por la tierra adentro y dieron nuevas de nuestra venida de manera que otro día de mañana vimos venir otra canoa de indios y un cristiano dentro de ella, el cual dio nuevas al señor Capitán General como estaban en aquella tierra, algunos cristianos que eran hasta quince los cuales habían quedado de una nao de las que iban a la Especiería de que iba por General el Comendador Loayza y aquellos iban en una nao de que iba por capitán don Rodrigo de Acuña y porque dicha armada se había desbaratado en el estrecho y ellos no quisieron volver a España su capitán los había dejado allí, y también dijo de otros dos cristianos que se decían Melchor Ramírez, vecino de Lepe y Enrique Montes, los cuales dijo habían quedado de una armada de Juan Díaz de Solís, que en este río donde ahora nosotros estamos, los indios habían muerto y desbaratado y que había más de trece o catorce años que estaban en aquella tierra y que estaban doce leguas de allí, los cuales dichos cristianos como de los indios supieron estar. Y luego el Enrique Montes vino a la nao capitana y hablando de muchas cosas con el señor Capitán General de como había quedado en tierra vinieron a decir lo que dicho tengo y también la gran riqueza que en aquel río donde mataron a su capitán había de lo cual por estar muy informados a causa de su lengua de los indios de la tierra. De muchas cosas las cuales diré aquí algunas de ellas y era que si le queríamos seguir que nos cargaría las naos de oro y plata porque estaba cierto que entrando por el Río de Solís iríamos a dar en un río que llaman Paraná el cual es caudalosísimo y entra dentro de este de Solís con veintidós bocas y que entrando por este río arriba no tenía en mucho cargar las naos de oro y plata aunque fuesen mayores porque el dicho río de Paraná y otros que a él vienen a dar y van a confinar con una sierra adonde muchos indios acostumbraban ir y venir y que en esta sierra había mucha manera de metal y que en ella había mucho oro y plata y otro género de metal que aquello no alcanzaba que metal era. Más de cuanto ello no era cobre y que de todos estos géneros de metal había, mucha cantidad y que esta sierra atravesaba por la tierra más de doscientas leguas y en la falda de ella había asimismo muchas minas de oro y plata y de los otros metales y este dicho día sobre la tarde vino a la misma nao capitana el dicho Melchor Ramírez, su compañero porque al tiempo que supieron nuestra veni-

da, no estaban juntos y como cada uno lo supo lo puso por obra, la venida, éste también dijo mucho bien de la riqueza de la tierra al cual dijo haber estado en el Río de Solís por lengua de una armada de Portugal y el señor Capitán General por más de certificar la verdad de esto les preguntó si tenían alguna muestra de aquel oro y plata que decían, u otro metal que decían, los cuales, dijeron que ellos quedaron allí siete hombres de su armada, sin otros que por otra parte se habían apartado y que de estos ellos dos solos habían quedado allí en la tierra y los demás vista la gran riqueza de la tierra y como junto a la dicha sierra había un Rey blanco que traía barba y vestidos como nosotros, se determinaron de ir allá por ver lo que era, los cuales fueron y les enviaron carta y que aún no habían llegado a las minas más ya habían tenido plática con unos indios comarcanos a la Sierra que traían en las cabezas unas coronas de plata y unas planchas de oro colgadas de los pescuezos y orejas y ceñidas por cintas y les enviaron doce esclavos y las muestras del metal que tengo dicho y que les hacían saber como en aquella tierra había mucha riqueza y que tenían mucho metal recogido para que fuesen allá con ellos los cuales no quisieron ir a causa que los otros habían pasado por mucho peligro, a causa de las muchas generaciones que por los caminos que habían de pasar había, y que después habían habido nuevas que estos compañeros volviéndose a donde ellos estaban, una generación de indios que se dicen los guaraníes los habían muerto, por tomarles los esclavos que traían cargados de metal, lo cual nosotros hallamos ahora por cierto en lo que descubrimos por el Paraná arriba como adelante diré a Vuestra Merced y luego el señor Capitán General les dijo que le enseñasen los que decían les habían enviado sus compañeros, los cuales dijeron que cuatro meses poco más o menos antes que llegásemos a este puerto de los Patos que así se llamaba donde ellos estaban, llegó al dicho puerto una nao en la cual venía por capitán el dicho don Rodrigo que a Vuestra Merced digo al cual dieron hasta dos arrobas de oro y plata y de otro metal muy bueno con una relación de la tierra para que lo llevase a Su Majestad y fuese informado de tierra tan rica y que al tiempo que se lo entregó para llevarlo en el batel para llevarlo a la nao, el batel se anegó con la mucha mar que había de manera que se perdió todo y que entonces se habían ahogado con el dicho batel quince hombres y que él escapó a nado y con ayuda de los indios que entraron por él y que a la causa no tenían metal ninguno, salvo unas cuentas de oro y plata que por ser la primera cosa en aquella tierra habían habido, lo tenían guardado para dar a Nuestra Señora de Guadalupe, las cuales dieron al señor Capitán General y las de oro eran muy finas de más de 20 quilates, según pareció y que si el señor Capitán

General quería tocar en el dicho Río de Solís, que ellos irían con sus casas e hijos y nos mostrarían la gran riqueza que había en él y el señor Capitán General respondió que era otro su camino.

...Pasamos esta mala ventura que hasta que el señor Capitán General envió la goleta por nosotros y por la senda que allí estaba, para llevarnos donde el señor Capitán General tenía su asiento que eran sesenta leguas por el Paraná arriba y llegó la goleta allí a San Lázaro víspera de nuestra señora de agosto de este año de 1527 y partimos de allí a 28 de dicho mes y llegamos al Carcarañá que es un río que entra en el Paraná que los indios dicen viene de la sierra donde hallamos que el señor Capitán General había hecho su asiento y una fortaleza harto fuerte para en la tierra, la cual acordó de hacer para la pacificación de la tierra que aquí habían venido todos los indios de la comarca que son de diversas naciones y lenguas a ver al señor Capitán General entre los cuales vino una de gente del campo que se dicen querandíes. Esta gente es muy ligera mantiénense de la caza que matan y en matándola cualquiera que sea le beben la sangre porque su principal mantenimiento es a causa de ser la tierra muy falta de agua, esta generación nos dio muy buena relación de la sierra y del Rey Blanco y de otras muchas generaciones deformes de nuestra naturaleza lo cual no escribo por parecer cosa de fábula hasta que plazca complaciendo a Dios Nuestro Señor lo cuente yo como cosa de vista y no de oídas. Estos querandíes son tan ligeros que alcanzan un venado por pies, pelean con arcos y flechas y con unas pelotas de piedra redondas como una pelota y tan grandes como el puño. Con una cuerda atada que la guía, las cuales tiran tan certeros que no yerran a cosa que tiran. Estos nos dieron una relación de la sierra y del Rey Blanco como arriba digo y de una generación con quien ellos tratan, que de la rodilla abajo tienen los pies de avestruz y también dijeron de otras generaciones extrañas a nuestra naturaleza lo cual por parecer cosa de fábula no lo escribo. Estos nos dijeron que de la otra parte de la sierra confinaba la mar y según decían crecía y menguaba, mucho y muy súbito y según la relación que dan. El señor Capitán General piensa que es la Mar del Sur y de ser así no menos tiene este descubrimiento que el de la Sierra de la Plata por el gran servicio que Su Majestad en ello recibirá. En la comarca de la dicha fortaleza hay otras naciones los cuales son: Caicarais y Chañaes y Beguas y Chañaestimbus y Timbus con muy diferentes lenguajes, todos vinieron a hablar y ver al señor Capitán General. Es gente muy bien dispuesta, tienen todos horadadas las narices así hombres como mujeres por tres partes y las orejas, los hombres horadan los labios por la parte baja de estos, los Carcaraes y Timbus siembran abatí y calabazas y habas y todas las otras naciones no siembran y su

mantenimiento es carne y pescado. Aquí con nosotros está otra generación que son nuestros amigos los cuales se llaman guaraníes y por otro nombre chandris, estos andan caminando por esta tierra y por otras muchas como corsarios a causa de ser enemigos de todas estas otras naciones y de otras muchas que adelante diré, son gente muy traidora todo lo que hacen es con traición. Estos señorean gran parte de esta India y confinan con los que habitan en la Sierra, éstos traen mucho metal de oro y plata en muchas planchas y orejeras y en hachas con que cortan la montaña para sembrar, éstos comen carne humana. Nuestro mantenimiento es y ha sido desde postrero de mayo del dicho año que nos faltó mantenimiento de España, cardo, pescado y carne y ésto cuando se encontraba.

ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA

EN TIERRAS DEL PARAGUAY

Raro destino: si a Cabot le correspondió descubrir el actual territorio norteamericano, en la misma fecha en que exploraba el Río de la Plata, el español Alvar Núñez Cabeza de Vaca (1510 - 1558), con ese singular apellido materno, iniciaba en 1526 unas prodigiosas aventuras de náufrago, prisionero de los indios, fugitivo, que lo llevarían de la península de Florida por toda la costa del Golfo de México y la parte occidental del territorio hasta la capital de Nueva España. Lo contó en un libro conocido como Naufragios y comentarios, *publicado en 1555* (Relación y comentarios del gobernador... de lo acaecido en las dos jornadas que hizo en las Indias). *En la segunda parte, redactada por el escribano Pero Hernández, cuenta su otra empresa de cuatro años: desde que salió de España en 1540 con los títulos de gobernador, capitán general y adelantado, hasta su llegada a Brasil (1541) desde donde emprende camino a la Asunción, Paraguay, convertida desde 1537, cuando se funda, en eje de toda la colonización del sur. Una de sus hazañas fue el descubrimiento de las famosas cataratas de Iguazú y su texto interesa por lo minucioso de las descripciones sobre las costumbres y vida de los indios. A su servicio salieron expediciones que alcanzaron la región de Chaco y, más lejos, pretendieron llegar a las tierras de las fabulosas amazonas y el mismo El Dorado. Pero en 1544 los españoles de Paraguay se pelearon, Cabeza de Vaca fue apresado, remitido a la metrópoli, sentenciado, y absuelto para acabar sus aventuras como prior de un convento.*

DE COMO EL GOBERNADOR CAMINO CON CANOAS POR EL RIO DE IGUAZU, Y POR SALVAR UN MAL PASO DE UN SALTO QUE EL RIO HACIA, LLEVO POR TIERRA LAS CANOAS UNA LEGUA A FUERZA DE BRAZOS

HABIENDO DEJADO el gobernador los indios del río del Piquerí muy amigos y pacíficos, fue caminando con su gente por la tierra, pasando por muchos pueblos de indios de la generación de los guaraníes; todos los cuales les salían a recibir a los caminos con muchos bastimentos, mostrando grande placer y contentamiento con su venida, y a los indios principales señores de los pueblos les daba muchos rescates, y hasta las mujeres viejas y niños salían a ellos a recibirlos, cargados de maíz y batatas, y asimismo de los otros pueblos de la tierra, que estaban a una jornada y a dos unos de otros, todos vinieron de la misma forma a traer bastimentos; y antes de llegar con gran trecho a los pueblos por donde habían de pasar, limpiaban y desmontaban los caminos, y bailaban y hacían grandes regocijos de verlos; y lo que más acrecienta su placer y de que mayor contento reciben, es cuando las viejas se alegran, porque se gobiernan con lo que éstas les dicen y sónles muy obedientes, y no lo son tanto a los viejos. A postrero día del dicho mes de enero, yendo caminando por la tierra y provincia, llegaron a un río que se llama Iguazú, y antes de llegar al río anduvieron ocho jornadas de tierra despoblada, sin hallar ningún lugar poblado de indios. Este río Iguazú es el primer río que pasaron al principio de la jornada cuando salieron de la costa del Brasil. Llámase también por aquella parte Iguazú; corre del este al oeste; en él no hay poblado ninguno; tomóse el altura en veinte y cinco grados y medio. Llegados que fueron al río de Iguazú, fue informado de los indios naturales que el dicho río entra en el río del Paraná, que asimismo se llama el Río de la Plata; y que entre este río del Paraná y el río de Iguazú mataron los indios a los portugueses que Martín Alfonso de Sosa envió a descubrir aquella tierra: al tiempo que pasaban el río en canoas dieron los indios en ellos y los mataron. Algunos de estos indios de la ribera del río Paraná, que así mataron a los portugueses, le avisaron al gobernador que los indios del río del Piquerí, que era mala gente, enemigos nuestros, y que les estaban aguardando para acometerlos y matarlos en el paso del río; y por esta causa acordó el gobernador, sobre acuerdo, de tomar y asegurar por dos partes el río, yendo él con parte de su gente en canoas por el río de Iguazú abajo y salirse a poner en el río del Paraná, y por la otra parte fuese el resto de la gente y caballos por tierra, y se pusiesen y confrontasen con la otra parte del río, para poner temor a los indios y pasar en las canoas toda la gente; lo cual fue así puesto en efecto; y en

ciertas canoas que compró de los indios de la tierra se embarcó el gobernador con hasta ochenta hombres, y así se partieron por el río de Iguazú abajo, y el resto de la gente y caballos mandó que se fuesen por tierra, según está dicho, y que todos se fuesen a juntar en el río del Paraná. Y yendo por el dicho río de Iguazú abajo era la corriente de él tan grande, que corrían las canoas por él con mucha furia; y esto causólo que muy cerca de donde se embarcó da el río un salto por unas peñas abajo muy altas, y da el agua en lo bajo de la tierra tan grande golpe, que de muy lejos se oye; y la espuma del agua, como cae con tanta fuerza, sube en alto dos lanzas y más, por manera que fue necesario salir de las canoas y sacarlas del agua y llevarlas por tierra hasta pasar el salto, y a fuerza de brazos las llevaron más de media legua, en que se pasaron muy grandes trabajos; salvado aquel mal paso, volvieron a meter en el agua las dichas canoas y proseguir su viaje, y fueron por el dicho río abajo hasta que llegaron al río del Paraná; y fue Dios servido que la gente y caballos que iban por tierra, y las canoas y gente, con el gobernador que en ellas iban, llegaron todos a un tiempo, y en la ribera del río estaba muy gran número de indios de la misma generación de los guaraníes, todos muy emplumados con plumas de papagayos y almagrados, pintados de muchas maneras y colores, y con sus arcos y flechas en las manos hecho un escuadrón de ellos, que era muy gran placer de los ver. Como llegó el gobernador y su gente (de la forma ya dicha), pusieron mucho temor a los indios, y estuvieron muy confusos, y comenzó por lenguas de los intérpretes a hablarles, y a derramar entre los principales de ellos grandes rescates; y como fuese gente muy codiciosa y amiga de novedades, comenzáronse a sosegar y allegarse al gobernador y su gente, y muchos de los indios les ayudaron a pasar de la otra parte del río; y como hubieron pasado, mandó el gobernador que de las canoas se hiciesen balsas juntándolas de dos en dos; las cuales hechas, en espacio de dos horas fue pasada toda la gente y caballos de la otra parte del río; en concordia de los naturales, ayudándoles ellos propios a pasarlos. Este río del Paraná, por la parte que lo pasaron, era de ancho un gran tiro de ballesta, es muy hondable y lleva muy gran corriente, y al pasar del río se trastornó una canoa con ciertos cristianos, uno de los cuales se ahogó porque la corriente lo llevó, que nunca más pareció. Hace este río muy grandes remolinos, con la gran fuerza del agua y gran hondura de él.

QUE TRATA DE LAS BALSAS QUE SE HICIERON PARA LLEVAR LOS DOLIENTES

Habiendo pasado el gobernador y su gente el río del Paraná, estuvo muy confuso de que no fuesen llegados dos bergantines que

había enviado a pedir a los capitanes que estaban en la ciudad de la Asunción, avisándoles por su carta que les escribió desde el río del Paraná, para asegurar el paso por temor de los indios de él, como para recoger algunos enfermos y fatigados del largo camino que habían caminado; y porque tenían nueva de su venida y no haber llegado, púsole en mayor confusión, y porque los enfermos eran muchos y no podían caminar, ni era cosa segura detenerse allí donde tantos enemigos estaban, y estar entre ellos sería dar atrevimiento para hacer alguna traición, como es su costumbre; por lo cual acordó de enviar los enfermos por el río del Paraná abajo en las mismas balsas, encomendados a un indio principal del río, que había por nombre Iguarón, al cual dio rescates porque él se ofreció a ir con ellos hasta el lugar de Francisco, criado de Gonzalo de Acosta, en confianza de que en el camino encontrarían los bergantines, donde serían recibidos y recogidos, y entretanto serían favorecidos por el indio llamado Francisco que fue criado entre cristianos, que vive en la misma ribera del río del Paraná, a cuatro jornadas de donde lo pasaron, según fue informado por los naturales; y así, los mandó embarcar, que serían hasta treinta hombres, y con ellos envió otros cincuenta hombres arcabuceros y ballesteros para que les guardasen y defendiesen; y luego que los hubo enviado se partió el gobernador con la otra gente por tierra para la ciudad de la Asunción, hasta la cual, según le certificaron los indios del rio del Paraná, habría hasta nueve jornadas; y en el río del Paraná se tomó la posesión en nombre y por Su Majestad, y los pilotos tomaron el altura en veinte y cuatro grados.

El gobernador con su gente fueron caminando por la tierra y provincia, por entre lugares de indios de la generación de los guaraníes, donde por todos ellos fue muy bien recibido, saliendo, como solían, a los caminos, cargados de bastimentos, y en el camino pasaron unas ciénagas muy grandes y otros malos pasos y ríos, donde en el hacer de los puentes para pasar la gente y caballos se pasaron grandes trabajos; y todos los indios de estos pueblos, pasado el río del Paraná, les acompañaban de unos pueblos a otros, y les mostraban y tenían muy grande amor y voluntad, sirviéndoles y haciéndoles socorro en guiarles y darles de comer, todo lo cual pagaba y satisfacía muy bien el gobernador, con que quedaban muy contentos. Y caminando por la tierra y provincia, aportó a ellos un cristiano español que venía de la ciudad de la Asunción a saber de la venida del gobernador, y llevar el aviso de ello a los cristianos y gente que en la ciudad estaban; porque, según la necesidad y deseo que tenían de verlo a él y su gente por ser socorridos, no podían creer que fuesen a hacerles tan gran beneficio hasta que lo viesen por vista de ojos, no embargante que habían recibido las cartas que

el gobernador les había escrito. Este cristiano dijo e informó al gobernador del estado y gran peligro en que estaba la gente, y las muertes que habían sucedido, así en los que llevó Juan de Ayolas como otros muchos que los indios de la tierra habían muerto; por lo cual estaban muy atribulados y perdidos, mayormente por haber despoblado el puerto de Buenos Aires, que está asentado en el rio del Paraná, donde habían de ser socorridos los navíos y gentes que de estos reinos de España fuesen a los socorrer; y por esta causa tenían perdida la esperanza de ser socorridos, pues el puerto se había despoblado, y por otros muchos daños que le habían sucedido en la tierra.

DE COMO LLEGO EL GOBERNADOR A LA CIUDAD DE LA ASUNCION, DONDE ESTABAN LOS CRISTIANOS ESPAÑOLES QUE IBA A SOCORRER

Habiendo llegado, según dicho es, el cristiano español, y siendo bien informado el gobernador de la muerte de Juan de Ayolas y cristianos que consigo llevó a hacer la entrada y descubrimiento de tierra, y de las otras muertes de los otros cristianos, y la demasiada necesidad que tenían de su ayuda los que estaban en la ciudad de la Asunción, y asimismo del despoblamiento del puerto de Buenos Aires, adonde el gobernador había mandado venir su nao capitana con las ciento y cuarenta personas desde la isla de Santa Catalina, donde los había dejado para este efecto, considerando el gran peligro en que estarían por hallar yerma la tierra de cristianos, donde tantos enemigos indios había, y por enviarlos con toda brevedad a socorrer y dar contentamiento a los de la Asunción, y para sosegar los indios que tenían por amigos naturales de aquella tierra, vasallos de Su Majestad, con muy gran diligencia fue caminando por la tierra, pasando por muchos lugares de indios de la generación de los guaraníes, los cuales, y otros muy apartados de su camino, los venían a ver cargados de mantenimientos, porque corría la fama, según está dicho, de los buenos tratamientos que les hacía el gobernador y muchas dádivas que les daba, venían con tanta voluntad y amor a verlos y traerles bastimentos, y traían consigo las mujeres y niños, que era señal de gran confianza que de ellos tenían, y les limpiaban los caminos por donde habían de pasar. Todos los indios de los lugares por donde pasaron haciendo el descubrimiento, tienen sus casas de paja y madera, entre los cuales indios vinieron muy gran cantidad de indios de los naturales de la tierra y comarca de la ciudad de la Asunción, que todos, uno a uno, vinieron a hablar al gobernador en nuestra lengua castellana, diciendo que en buena hora fuese venido, y lo mismo hicieron a

todos los españoles, mostrando mucho placer con su llegada. Estos indios en su manera demostraron luego haber comunicado y estado entre cristianos, porque eran comarcanos de la ciudad de la Asunción; y como el gobernador y su gente se iban acercando a ella, por los lugares por donde pasaban antes de llegar a ellos, hacían lo mismo que los otros, teniendo los caminos limpios y barridos; los cuales indios y las mujeres viejas y niños se ponían en orden, como en procesión, esperando su venida con muchos bastimentos y vinos de maíz, y pan, y batatas, y gallinas, y pescados, y miel, y venados, todo aderezado; lo cual daban y repartían graciosamente entre la gente, y en señal de paz y amor alzaban las manos en alto, y en su lenguaje, y muchos en el nuestro, decían que fuesen bien venidos el gobernador y su gente, y por el camino mostrándose grandes familiares y conversables, como si fueran naturales suyos, nacidos y criados en España. Y de esta manera caminando (según dicho es), fue Nuestro Señor servido que a 11 días del mes de marzo, sábado, a las nueve de la mañana, del año 1542, llegaron a la ciudad de la Asunción, donde hallaron residiendo los españoles que iban a socorrer, la cual está asentada en la ribera del río del Paraguay, en veinte y cinco grados de la banda del sur; y como llegaron cerca de la ciudad, salieron a recibirlos los capitanes y gentes que en la ciudad estaban, los cuales salieron con tanto placer y alegría, que era cosa increíble, diciendo que jamás creyeron ni pensaron que pudieran ser socorridos, ansí por respecto de ser peligroso y tan dificultoso el camino, y no haberse hallado ni descubierto, ni tener ninguna noticia de él, como porque el puerto de Buenos Aires, de donde tenían alguna esperanza de ser socorridos, lo habían despoblado, y que por esto los indios naturales habían tomado grande osadía y atrevimiento de acometerlos para matarlos, mayormente habiendo visto que había pasado tanto tiempo sin que acudiese ninguna gente española a la provincia. Y por el consiguiente, el gobernador se holgó con ellos, y les habló y recibió con mucho amor, haciéndoles saber cómo les iba a dar socorro por mandado de Su Majestad; y luego presentó las provisiones y poderes que llevaba ante Domingo de Irala, teniente de gobernador en la dicha provincia, y ante los oficiales, los cuales eran Alonso de Cabrera, veedor, natural de Lora; Felipe de Cáceres, contador, natural de Madrid; Pedro Dorantes, factor, natural de Béjar; y ante los otros capitanes y gente que en la provincia residían; las cuales fueron leídas en su presencia y de los otros clérigos y soldados que en ella estaban; por virtud de las cuales recibieron al gobernador y le dieron la obediencia como a tal capitán general de la provincia en nombre de Su Majestad, y le fueron dadas y entregadas las varas de la justicia; las cuales el gobernador dio y proveyó de nuevo en per-

sonas que en nombre de Su Majestad administrasen la ejecución de la justicia civil y criminal en la dicha provincia.

DE COMO LLEGARON A LA CIUDAD DE LA ASUNCION LOS ESPAÑOLES QUE QUEDARON MALOS EN EL RIO DEL PIQUERI

Estando el gobernador en la ciudad de la Asunción, de la manera que he dicho, a cabo de treinta días que hubo llegado a la ciudad, vinieron al puerto los cristianos que había enviado en las balsas, así enfermos como sanos, desde el río del Paraná, que allí adolecieron, y venían fatigados del camino; de los cuales no faltó sino sólo uno, que lo mató un tigre y de ellos supo el gobernador y fue certificado que los indios naturales del río habían hecho gran junta y llamamiento por toda la tierra, y por el río en canoas y por la ribera del río habían salido a ellos, yendo por el río abajo en sus balsas muy gran número y cantidad de los indios, y con grande grita y toque de tambores los habían acometido, tirándoles muchas flechas y muy espesas, juntándose a ellos con más de doscientas canoas por entrar y tomar las balsas, para matarlos, y que catorce días con sus noches no habían cesado poco ni mucho de darles el combate; y que los de tierra no dejaban de tirarles juntamente, según que los de las canoas, y que traían unos garfios grandes, para en juntándose las balsas a tierra echarles mano y sacarlas a tierra; y detenerlos para tomarlos a manos; y con esto, era tan grande la vocería y alaridos que daban los indios, que parecía que se juntaba el cielo con la tierra, y cómo los de las canoas y los de la tierra se remudaban, y unos descansaban y otros peleaban, con tanta orden, que no dejaban de darles siempre mucho trabajo; donde hubo de los españoles hasta veinte heridos de heridas pequeñas, no peligrosas; y en todo este tiempo las balsas no dejaban de caminar por el río abajo, así de día como de noche, porque la corriente del río, como era grande, los llevaba, sin que la gente trabajase más de en gobernar, para que no se llegasen a la tierra, donde estaba todo el peligro, aunque algunos remolinos que el río hace les puso en gran peligro muchas veces, porque traía las balsas a la redonda remolinando; y si no fuera por la buena maña que se dieron los que gobernaban, los remolinos los hicieran ir a tierra, donde fueran tomados y muertos. Y yendo en esta forma, sin que tuviesen remedio de ser socorridos ni amparados, los siguieron catorce días los indios con sus canoas, flechándolos y peleando de día y de noche con ellos; se llegaron cerca de los lugares del dicho indio Francisco, que fue esclavo y criado de cristianos, el cual, con cierta gente suya, salió por el río arriba a recibir y socorrer los cristianos, y los trajo a una isla cerca de su propio pueblo, donde los proveyó y

socorrió de bastimentos, porque del trabajo de la guerra continua que les habían dado, venían fatigados y con mucha hambre, y allí se curaron y reformaron los heridos, y los enemigos se retiraron y no osaron tornarles acometer; y en este tiempo llegaron dos bergantines que en su socorro habían enviado, en los cuales fueron recogidos a la dicha ciudad de la Asunción.

DE COMO EL GOBERNADOR ENVIO A SOCORRER LA GENTE QUE VENIA EN SU NAO CAPITANA A BUENOS AIRES, Y A QUE TORNASEN A POBLAR AQUEL PUERTO

Con toda diligencia el gobernador mandó aderezar dos bergantines, y cargados de bastimentos y cosas necesarias, con cierta gente de la que halló en la ciudad de la Asunción, que habían sido pobladores del puerto de Buenos Aires, porque tenían experiencia del río del Paraná, los envió a socorrer a los ciento cuarenta españoles que envió en la nao capitana donde la isla de Santa Catalina, por el gran peligro en que estarían por haberse despoblado el puerto de Buenos Aires, y para que se tornase luego a poblar nuevamente el pueblo en la parte más suficiente y aparejada que les pareciese a las personas a quien lo acometió y encargó, porque era cosa muy conveniente y necesaria hacerse la población y puerto, sin el cual toda la gente española que residía en la provincia y conquista, y la que adelante viniese, estaba en gran peligro y se perderían, porque las naos que a la provincia fuesen de rota batida, han de ir a tomar puerto en el dicho río, y allí hacer bergantines para subir trescientas cincuenta leguas el río arriba, que hay hasta la ciudad de la Asunción, de navegación muy trabajosa y peligrosa; los cuales dos bergantines partieron a 16 días del mes de abril del dicho año, y luego mandó hacer de nuevo otros dos, que fornecidos y cargados de bastimentos y gente, partieron a hacer el dicho socorro y a efectuar la fundación del puerto de Buenos Aires, y a los capitanes que el gobernador envió con los bergantines, les mandó y encargó que a los indios que habitaban en el río del Paraná, por donde habían de navegar, les hiciesen buenos tratamientos, y los trajesen de paz a la obediencia de Su Majestad, trayendo de lo que en ello hiciesen la razón y relación cierta, para avisar de todo a Su Majestad; y proveído que hubo lo susodicho, comenzó a entender en las cosas que convenían al servicio de Dios y de Su Majestad, y a la pacificación y sosiego de los naturales de la dicha provincia. Y para mejor servir a Dios y a Su Majestad, el gobernador mandó llamar e hizo juntar los religiosos y clérigos que en la provincia residían, y los que consigo había llevado, y delante de los oficiales de Su Majestad, capitanes y gente que para tal efecto mandó llamar y juntar, les rogó con

buenas y amorosas palabras tuviesen especial cuidado en la doctrina y enseñamiento de los indios naturales, vasallos de Su Majestad, y les mandó leer, y fueron leídos, ciertos capítulos de una carta acordada de Su Majestad, que habla sobre el tratamiento de los indios, y que los dichos frailes, clérigos y religiosos tuviesen especial cuidado en mirar que no fuesen maltratados, y que le avisasen de lo que en contrario se hiciese, para lo proveer y remediar, y que todas las cosas que fuesen necesarias para tan santa obra, el gobernador se las daría y proveería, y asimismo para administrar los santos sacramentos en las iglesias y monasterios les proveería; y así, fueron proveídos de vino y harina, y les repartió los ornamentos que llevó, con que se servían las iglesias y el culto divino, y para ello les dio una bota de vino.

DE COMO MATAN A SUS ENEMIGOS QUE CAUTIVAN, Y SE LOS COMEN

Luego desde a poco que hubo llegado el gobernador a la dicha ciudad de la Asunción, los pobladores y conquistadores que en ella halló, le dieron grandes querellas y clamores contra los oficiales de Su Majestad, y mandó juntar todos los indios naturales, vasallos de Su Majestad; y así juntos, delante y en presencia de los religiosos y clérigos, les hizo su parlamento, diciéndoles cómo Su Majestad lo había enviado a favorecerlos y dar a entender cómo habían de venir en conocimiento de Dios y ser cristianos, por la doctrina y enseñamiento de los religiosos y clérigos que para ello eran venidos, como ministros de Dios, y para que estuviesen debajo de la obediencia de Su Majestad, y fuesen sus vasallos, y que de esta manera serían mejor tratados y favorecidos que hasta allí lo habían sido; y allende de esto, les fue dicho y amonestado que se apartasen de comer carne humana, por el grave pecado y ofensa que en ello hacían a Dios, y los religiosos y clérigos se lo dijeron y amonestaron; y para darles contentamiento, les dio y repartió muchos rescates, camisas, ropas, bonetes y otras cosas, con que se alegraron. Esta generación de los guaraníes es una gente que se entienden por su lenguaje con todos los de las otras generaciones de la provincia y comen carne humana de otras generaciones que tienen por enemigos, cuando tienen guerra unos con otros; y siendo de esta generación, si los capturan en las guerras, tráenlos a sus pueblos, y con ellos hacen grandes placeres y regocijos, bailando y cantando; lo cual dura hasta que el cautivo está gordo, porque luego que lo capturan lo ponen a engordar y le dan todo cuanto quiere comer, y a sus mismas mujeres e hijas para que haga con ellas sus placeres, y de engordarlo no toma ninguno el cargo y cuidado, sino

las propias mujeres de los indios, las más principales de ellas; las cuales lo acuestan consigo y lo componen de muchas maneras, como es su costumbre, y le ponen mucha plumería y cuentas blancas, que hacen los indios de hueso y de piedra blanca, que son entre ellos muy estimadas, y en estando gordo, son los placeres, bailes y cantos muy mayores, y juntos los indios, componen y aderezan tres muchachos de edad de seis años hasta siete, y danles en las manos unas hachetas de cobre, y un indio, el que es tenido por más valiente entre ellos, toma una espada de palo en las manos, que la llaman los indios macana; y sácanlo en una plaza, y allí le hacen bailar una hora, y después que ha bailado, llega y le da en los lomos con ambas manos un golpe, y otro en las espinillas para derribarle, y acontece, de seis golpes que le dan en la cabeza, no poderlo derribar, y es cosa muy de maravillar el gran testor que tienen en la cabeza, porque la espada de palo con que les dan es de un palo muy recio y pesado, negro, y con ambas manos un hombre de fuerza basta para derribar un toro de un golpe, y al tal cautivo no lo derriban sino de muchos, y en fin al cabo, lo derriban, y luego los niños llegan con sus hachetas, y primero el mayor de ellos o el hijo del principal, y dánle con ellas en la cabeza tantos golpes, hasta que le hacen saltar la sangre, y estándoles dando, los indios les dicen a voces que sean valientes y se enseñen, y tengan ánimo para matar a sus enemigos y para andar en las guerras, y que se acuerden que aquél ha muerto de los suyos, que se venguen de él; y luego como es muerto, el que le da el primer golpe toma el nombre del muerto y de allí adelante se nombra del nombre del que así mataron, en señal que es valiente, y luego las viejas lo despedazan y cuecen en sus ollas y reparten entre sí, y lo comen, y tiénenlo por cosa muy buena comer de él, y de allí adelante toman a sus bailes y placeres, los cuales duran por otros muchos días, diciendo que ya es muerto por sus manos su enemigo, que mató a sus parientes, que ahora descansarán y tomarán por ello placer.

DE LA PAZ QUE EL GOBERNADOR ASENTO CON LOS INDIOS AGACES

En la ribera de este río del Paraguay está una nación de indios que se llaman agaces; es una gente muy temida de todas las naciones de aquella tierra; allende de ser valientes hombres y muy usados en la guerra, son muy grandes traidores, que debajo de palabra de paz han hecho grandes estragos y muertes en otras gentes y aun en propios parientes suyos por hacerse señores de toda la tierra; de manera que no se confían de ellos. Esta es una gente muy crecida, de grandes cuerpos y miembros como gigantes; andan hechos

corsarios por el río en canoas; saltan en tierra a hacer robos y presas en los guaraníes, que tienen por principales enemigos; mantiénense de caza y pesquería del río y de la tierra, y no siembran, y tienen por costumbre de tomar cautivos de los guaraníes, y tráenlos maniatados dentro de sus canoas, y lléganse a la propia tierra donde son naturales y salen sus parientes para rescatarlos, y delante de sus padres e hijos, mujeres y deudos, les dan crueles azotes y les dicen que les traigan de comer, si no que los matarán. Luego les traen muchos mantenimientos, hasta que les cargan las canoas; y se vuelven a sus casas, y llévanse los prisioneros, y esto hacen muchas veces, y son pocos los que rescatan; porque después que están hartos de traerlos en sus canoas y de azotarlos, les cortan las cabezas y las ponen por la ribera del río hincadas en unos palos altos. A estos indios, antes que fuese a la dicha provincia el gobernador, les hicieron guerra los españoles que en ella residían, y habían muerto a muchos de ellos, y asentaron paz con los dichos indios, la cual quebrantaron, como lo acostumbraban, haciendo daños a los guaraníes muchas veces, llevando muchas provisiones; y cuando el gobernador llegó a la ciudad de la Asunción había pocos días que los agaces habían roto las paces y habían salteado y robado ciertos pueblos de los guaraníes, y cada día venían a desasosegar y dar rebato a la ciudad de la Asunción; y como los indios agaces supieron de la venida del gobernador, los hombres más principales de ellos, que se llaman Abacoten y Tabor y Alabos, acompañados de otros muchos de su generación, vinieron en sus canoas y desembarcaron en el puerto de la ciudad, y salidos en tierra, se vinieron a poner en presencia del gobernador, y dijeron que ellos venían a dar la obediencia a Su Majestad y a ser amigos de los españoles, y que si hasta allí no habían guardado la paz, había sido por atrevimiento de algunos mancebos locos que sin su licencia salían y daban causa a que se creyese que ellos quebraban y rompían la paz, y que los tales habían sido castigados; y rogaron al gobernador los recibiese e hiciese paz con ellos y con los españoles, y que ellos la guardarían y conservarían, estando presentes los religiosos y clérigos y oficiales de Su Majestad. Hecho su mensaje, el gobernador los recibió con todo buen amor y les dio por respuesta que era contento de recibirlos por vasallos de Su Majestad y por amigos de los cristianos, con tanto que guardasen las condiciones de la paz y no la rompiesen como otras veces lo habían hecho, con apercebimiento que los tendrían por enemigos capitales y les harían la guerra; y de esta manera se asentó la paz y quedaron por amigos de los españoles y de los naturales guaraníes, y de allí adelante los mandó favorecer y socorrer de mantenimientos; y las condiciones y posturas de la paz, para que fuese guardada y

conservada, fue que los dichos indios agaces principales, ni los otros de su generación, todos juntos ni divididos, en manera alguna, cuando hubiesen de venir en sus canoas por la ribera del río del Paraguay, entrando por tierra de los guaraníes o hasta llegar al puerto de la ciudad de la Asunción, hubiese de ser y fuese de día claro y no de noche, y por la otra parte de la ribera del río, no por donde los otros indios guaraníes y españoles tienen sus pueblos y labranzas; y que no saltasen en tierra, y que cesase la guerra que tenían con los indios guaraníes y no les hiciesen ningún mal ni daño, por ser, como eran, vasallos de Su Majestad; que volviesen y restituyesen ciertos indios e indias de la dicha generación que habían capturado durante el tiempo de la paz, porque eran cristianos y se quejaban sus parientes, y que a los españoles e indios guaraníes que anduviesen por el río a pescar y por la tierra a caza no les hiciesen daño ni les impidiesen la caza y pesquería, y que algunas mujeres, hijas y parientas de los agaces, que habían traído a doctrinarlas que las dejasen permanecer en la santa obra y no las llevasen ni hiciesen ir ni ausentar; y que guardando las condiciones los tenían por amigos, y donde no, por cualquier de ellas que así no guardasen, procederían contra ellos; y siendo por ellos bien entendidas las condiciones y apercebimiento, prometieron de guardarlas, y de esta manera se asentó con ellos la paz y dieron la obediencia.

ULRICH SCHMIDL

VIAJE AL RIO DE LA PLATA

Después de Solís, el otro gran intento por conquista el territorio del Río de la Plata fue emprendido por Pedro de Mendoza (1487 - 1537), responsable de la primera fundación de Nuestra Señora de Santa María de Buenos Aires en 1536, ciudad que hubo de ser fundada dos veces más, en 1542 y en 1582, con gran penuria y hambre de los españoles. Mendoza dirigió varias expediciones, enfermó y quiso volver a España pero murió en la ruta. Uno de los miembros de su armada fue el soldado alemán Ulrich Schmidl (1510 - 1599) quien permaneció durante veinte años en las tareas de conquista del territorio. En 1599, dirigiéndose al público alemán puesto que hace comparaciones entre lo de aquí y lo de allá, publicó el libro Viaje al Río de la Plata y Paraguay *en el que testimonia con prosa rudimentaria las penas de su tiempo. Los fragmentos que se recogen ahora narran su llegada, los contactos con los indios charrúas —epíteto que*

luego se daría a los equipos de fútbol uruguayos y guaraníes, las largas travesías, el arribo de Cabeza de Vaca y la presencia del cacique Tabaré, más tarde hecho un mito por el romanticismo.

CAPITULO V

DE ESTA ISLA NAVEGAMOS luego a otra que se llama Río de Janeiro, y los indios se llaman tupís, donde estuvimos como catorce días. Ordenó allí don Pedro Mendoza que nos gobernara en su lugar don Juan Osorio, quien era como su propio hermano, pues él se encontraba enfermo, tullido y decaído. Pero el referido Juan Osorio fue calumniado y denunciado a su hermano jurado, don Pedro Mendoza, como que pensara levantar y amotinar la gente contra él. Por esto don Pedro Mendoza ordenó a otros cuatro capitanes, llamados Juan Ayolas, Juan Salazar, Jorge Luján y Lázaro Salvago, que apuñalaran al referido Juan Osorio y le dejasen tendido en medio de la plaza por traidor; pregonando y ordenando que nadie se moviera ni protestase a favor de dicho capitán Juan Osorio, pues correría igual suerte. Se le hizo injusticia, como bien sabe Dios Todopoderoso; era un recto y buen militar y siempre trató muy bien a los soldados. ¡Dios sea con él clemente y misericordioso!

CAPITULO VI

Desde allí zarpamos al Río de la Plata, y después de navegar quinientas leguas llegamos a un río dulce que se llama Paraná Guazú y tiene una anchura de cuarenta y dos leguas en su desembocadura al mar. Allí dimos en un puerto que se llama San Gabriel, donde anclaron nuestros catorce buques, y de inmediato nuestro capitán general don Pedro Mendoza ordenó y dispuso que los marineros condujesen la gente a la orilla en los botes, pues los buques grandes solamente podían llegar a una distancia de un tiro de arcabuz de la tierra; para eso se tienen los barquitos que se llaman bateles o botes.

Desembarcamos en el Río de la Plata el día de los Santos Reyes Magos en 1535. Allí encontramos un pueblo de indios llamados charrúas, que eran como dos mil hombres adultos; no tenían para comer sino carne y pescado. Estos abandonaron el lugar y huyeron con sus mujeres e hijos, de modo que no pudimos hallarlos. Estos indios andan en cueros, pero las mujeres se tapan las vergüenzas con un pequeño trapo de algodón, que les cubre del ombligo a las rodillas. Entonces don Pedro Mendoza ordenó a sus capitanes que reembarcaran a la gente en los buques y se la pusiera al otro lado del río Paraná, que en ese lugar no tiene más de ocho leguas de ancho.

CAPITULO VII

Allí levantamos una ciudad que se llamó Buenos Aires: esto quiere decir buen viento. También traíamos de España, sobre nuestros buques, setenta y dos caballos y yeguas, que así llegaron a dicha ciudad de Buenos Aires. Allí, sobre esa tierra, hemos encontrado unos indios que se llaman querandís, unos tres mil hombres con sus mujeres e hijos; y nos trajeron pescados y carne para que comiéramos. También estas mujeres llevan un pequeño paño de algodón cubriendo sus vergüenzas. Estos querandís no tienen paradero propio en el país, sino que vagan por la comarca, al igual que hacen los gitanos en nuestro país. Cuando estos indios querandís van tierra adentro, durante el verano, sucede que muchas veces encuentran seco el país en treinta leguas a la redonda y no encuentran agua alguna para beber; y cuando cogen a flechazos un venado u otro animal salvaje, juntan la sangre y se la beben. También en algunos casos buscan una raíz que se llama cardo, y entonces la comen por la sed. Cuando los dichos querandís están por morirse de sed y no encuentran agua en el lugar, sólo entonces beben esa sangre. Si acaso alguien piensa que la beben diariamente, se equivoca: esto no lo hacen y así lo dejo dicho en forma clara.

Los susodichos querandís nos trajeron alimentos diariamente a nuestro campamento, durante catorce días, y compartieron con nosotros su escasez en pescado y carne, y solamente un día dejaron de venir. Entonces nuestro capitán don Pedro Mendoza envió en seguida un alcalde de nombre Juan Pavón, y con él dos soldados, al lugar donde estaban los indios, que quedaba a unas cuatro leguas de nuestro campamento. Cuando llegaron donde aquéllos estaban, el alcalde y los soldados se condujeron de tal modo que los indios los molieron a palos y después los dejaron volver a nuestro campamento. Cuando el dicho alcalde volvió al campamento, tanto dijo y tanto hizo, que el capitán don Pedro Mendoza envió a su hermano carnal don Jorge Mendoza con trescientos lansquenetes y treinta jinetes bien pertrechados; yo estuve en ese asunto. Dispuso y mandó nuestro capitán general don Pedro Mendoza que su hermano don Diego Mendoza juntamente con nosotros, matara, destruyera y cautivara a los nombrados querandís, ocupando el lugar donde éstos estaban. Cuando allí llegamos, los indios eran unos cuatro mil, pues habían convocado a sus amigos.

CAPITULO VIII

Y cuando quisimos atacarlos, se defendieron de tal manera que nos dieron bastante que hacer; mataron a nuestro capitán don Diego

Mendoza y a seis caballeros; también mataron a flechazos alrededor de veinte soldados de infantería. Pero del lado de los indios murieron como mil hombres, más bien más que menos. Los indios se defendieron muy valientemente contra nosotros, como bien lo experimentamos en propia carne.

Dichos querandís usan, como armas, arcos y flechas; éstas son como medias lanzas, que en la punta delantera tienen un filo de pedernal. También usan una bola de piedra, sujeta a un largo cordel, como las plomadas que usamos en Alemania. Arrojan esta bola alrededor de las patas de un caballo o de un venado, de tal modo que éste debe caer; con esa bola he visto dar muerte a nuestro referido capitán y a los hidalgos: lo he visto con mis propios ojos. A los de a pie los mataron con los aludidos dardos.

Dios Todopoderoso con su ayuda nos permitió vencer a los querandís, y ocupamos el lugar donde estaban; pero no pudimos apresar ni un solo indio, pues los querandís habían hecho huir a sus mujeres e hijos antes que los atacáramos. En la localidad no encontramos nada más que algunos cueros de nutria, mucho pescado, harina de pescado y manteca de pescado. Allí permanecimos durante tres días: después volvimos a nuestro campamento, dejando de guardia a unos cien hombres, pues hay en ese paraje buenas aguas de pesca. También hicimos pescar utilizando las redes de los indios, para tener pescado suficiente como para mantener la gente, ya que solamente se les daba diariamente seis medias onzas de harina de grano, agregándose, cada tres días, un pescado. Así se pescó durante dos meses y quien quería su pescado tenía que irlo a buscar caminando las cuatro leguas.

CAPITULO IX

Después que volvimos nuevamente a nuestro campamento, se repartió toda la gente: la que era para la guerra se empleó en la guerra y la que era para el trabajo se empleó en el trabajo. Allí se levantó una ciudad con una casa fuerte para nuestro capitán don Pedro Mendoza, y un muro de tierra en torno a la ciudad, de una altura como la que puede alcanzar un hombre con una espada en la mano. Este muro era de tres pies de ancho, y lo que hoy se levantaba, mañana se venía de nuevo al suelo; además la gente no tenía qué comer y se moría de hambre y padecía gran escasez, al extremo que los caballos no podían utilizarse. Fue tal la pena y el desastre del hambre, que no bastaron ni ratas ni ratones, víboras ni otras sabandijas; hasta los zapatos y cueros, todo tuvo que ser comido.

Sucedió que tres españoles robaron un caballo y se lo comie-

ron a escondidas; y así que esto se supo, se les prendió y se les dio tormento para que confesaran. Entonces se pronunció la sentencia de que se ajusticiara a los tres españoles y se los colgara en una horca. Así se cumplió y se les ahorcó. Ni bien se los había ajusticiado, y se hizo la noche, y cada uno se fue a su casa, algunos otros españoles cortaron los muslos y otros pedazos del cuerpo de los ahorcados, se los llevaron a sus casas y allí los comieron. También ocurrió entonces que un español se comió a su propio hermano que había muerto. Esto ha sucedido en el año 1535, en el día de Corpus Christi, en la referida ciudad de Buenos Aires.

CAPITULO X

Como nuestro capitán general don Pedro Mendoza juzgó que no podría mantener a su gente, ordenó y dispuso que sus capitanes armaran cuatro bergantines; en tales barcos pueden viajar cuarenta hombres, y hay que moverlos a remo. Cuando esos cuatro buques, que se llaman bergantines, estuvieron aparejados y listos, así como otros barquitos que se llaman bateles o botes, de manera que en total fueron siete buques, ordenó nuestro capitán general don Pedro Mendoza que los capitanes convocaran a la gente. Cuando la gente estuvo reunida, nuestro capitán eligió trescientos cincuenta hombres con sus arcabuces y ballestas, y navegamos aguas arriba por el Paraná a buscar indios, para lograr alimentos y provisiones. Pero cuando los indios nos veían huían ante nosotros, y nos hicieron la mala jugada de quemar y destruir sus alimentos: éste es su modo de hacer la guerra. De ese modo no encontramos nada que comer, ni mucho ni poco; apenas se nos daba a cada uno, cada día, tres medias onzas de bizcocho.

En este viaje murió de hambre la mitad de nuestra gente, de tal modo que tuvimos que regresar, porque nada pudimos conseguir en estas andanzas que duraron dos meses. Cuando volvimos a donde estaba nuestro capitán general don Pedro Mendoza, éste hizo llamar en seguida al que nos había mandado en ese viaje: éste se llamaba Jorge Luján.

Nuestro capitán general escuchó la relación de Jorge Luján, de cómo había ocurrido que se le muriera tanta gente en el viaje, y éste explicó que no había tenido comida de ninguna clase, y que los indios habían huido todos, como vosotros habéis sabido antes.

CAPITULO XI

Después de esto quedamos todos juntos en Buenos Aires durante un mes, con gran penuria y escasez, hasta que estuvieron

aprestados los buques. En este tiempo los indios asaltaron nuestra ciudad de Buenos Aires con gran poder y fuerza. Eran como veintitrés mil hombres, y pertenecían a cuatro naciones, una llamada querandí, otra guaraní, la tercera charrúa, la cuarta chana-timbú. Tenían la intención de matarnos a todos, pero Dios Todopoderoso no les concedió tanta gracia, aunque consiguieron quemar nuestras casas, pues estaban techadas con paja, excepto la casa del capitán general, que estaba cubierta con tejas. De cómo quemaron nuestra población y casas, quiero contarlo con brevedad para que se comprenda.

Mientras parte de los indios marchaban al asalto, otros tiraban sobre las casas con flechas encendidas, para que no tuviéramos el tiempo de atender a ambos y salvar nuestras casas. Las flechas que disparaban estaban hechas de cañas, y ellos las encendían en la punta. También hacen flechas de otro palo que, si se le enciende, arde y no se apaga, y donde cae, allí comienza a arder. En el encuentro perecieron cerca de treinta hombres de entre nosotros los cristianos, entre capitanes y gente de tropa. ¡Dios sea con ellos clemente y misericordioso, así como con nosotros todos! Amén. En este ataque quemaron también cuatro buques grandes, que se hallaban a una media legua de nuestra ciudad de Buenos Aires. Estos buques no tenían cañones y la gente que estaba a bordo, cuando vio tan gran multitud de indios, huyó hacia otros tres buques que había allí cerca. Cuando notaron esto, y vieron arder los otros buques, los españoles pusiéronse a la defensa y descargaron los cañones contra los enemigos. Cuando los indios vieron y sintieron la artillería, se retiraron dejándonos en paz. Esto ha ocurrido el día de San Juan, en el año mil quinientos treinta y cuatro.

CAPITULO XII

Después de estos sucesos, la gente tuvo que irse a vivir en los buques, y nuestro capitán don Pedro Mendoza dio poder a un capitán llamado Juan Ayolas para que fuera nuestro capitán y gobernara en su nombre. Entonces este capitán Juan Ayolas mandó convocar la gente e hizo una revista general, encontrando que de los dos mil quinientos hombres, quedaban con vida unos quinientos sesenta de entre la gente de guerra; los demás habían hallado la muerte por hambre o habían sido muertos por los indios. ¡Dios sea con ellos clemente y misericordioso, y con nosotros todos! Amén. Por aquel tiempo perecieron también unas veinte personas, que fueron muertos y comidos por los carios.

Dispuso entonces nuestro capitán Juan Ayolas que los marineros aprestaran ocho bergantines y bateles o botes, porque quería

navegar aguas arriba del Paraná y buscar una nación que se llama timbú para obtener provisiones y mantener a la gente. Así se hizo, y nuestro capitán Juan Ayolas apartó cuatrocientos hombres de los quinientos sesenta, dejando los otros ciento sesenta en los cuatro buques, para que los cuidaran, dándoles un capitán que se llamaba Juan Romero. Este debía mirar por los buques y cuidarlos; tenían provisiones para un año, de modo que todos los días se diera a cada soldado ocho medias onzas de pan o harina; si alguno quería comer más, que se lo buscara.

CAPITULO XIV

Quedamos en esa localidad durante tres años. Pero nuestro capitán general tenía el mal francés, no podía mover ni pies ni manos y además había gastado en el viaje más de cuarenta mil duros. No quiso, pues, estar más tiempo con nosotros en esa tierra, y decidió volver a España, como lo hizo; retornó con dos bergantines y llegó a los cuatro buques grandes que había dejado en Buenos Aires, tomó consigo cincuenta hombres y viajó a España en dos buques grandes, dejando los otros dos en Buenos Aires. Mas cuando nuestro capitán general don Pedro Mendoza había llegado a mitad de camino, Dios Todopoderoso le deparó una muerte miserable. ¡Dios sea con él clemente y misericordioso! Nos había prometido antes de salir que, ni bien él o los buques llegaran a España, y como primera medida, mandaría inmediatamente otros dos buques al Río de la Plata; cosa que dispuso en su lecho de muerte al hacer su testamento, todo tal cual había sido convenido. También encargó que se mandase gente y ropa, rescate y todo lo que fuera menester. No bien llegaron los dos buques a España, se entregaron esas cartas y órdenes; y cuando los consejeros de Su Cesárea Majestad supieron que esto sucedía en el país, despacharon lo más pronto posible dos grandes buques con gente y alimentos y mercadería, y todo lo que se necesitaba.

CAPITULO XIX

Desde allí seguimos adelante por ocho días, y vinimos a dar con un río que se llama Paraguay; éste queda sobre la mano izquierda. Dejamos el Paraná y navegamos por el Paraguay arriba, encontrando muchísima gente, que se llaman los curé-maguás. Estos no tienen otra cosa para comer que pescado, carne y algarrobas o pan de San Juan, de la cual los indios hacen vino. Así los dichos curé-maguás nos dieron todo lo que entonces necesitábamos, y se pusieron mucho a nuestra disposición. Los hombres y las mujeres son altos y grandes; los hombres tienen un agujerito en la nariz,

por allí pasan una pluma de papagayo para embellecerse; las mujeres se pintan la cara con largas líneas azules, que les quedan para toda la eternidad, y se tapan las vergüenzas desde el ombligo hasta la rodilla con un trapo de algodón. Desde los sobredichos mapenis hay cuarenta leguas hasta estos curé-maguás; con éstos nos quedamos por tres días.

Y de ahí seguimos por treinta y cuatro leguas, hasta encontrar una nación que se llaman agaces; tienen pescado y carne para comer, y los hombres y las mujeres son hermosos y altos. Las mujeres son lindas y se pintan la cara como las antes nombradas, y, como las otras, llevan un trapo de algodón delante de sus vergüenzas.

Cuando llegamos a estos agaces, éstos se pusieron a la defensa e intentaron combatirnos, y no quisieron dejarnos pasar adelante. Cuando supimos esto y vimos que la bondad no serviría para nada, nos encomendamos a Dios Todopoderoso, hicimos nuestra ordenanza y marchamos contra ellos por agua y por tierra; nos batimos y exterminamos muchísimos de esos agaces. Nos mataron alrededor de quince hombres; que Dios sea misericordioso con ellos, así como con todos nosotros. Amén. Estos agaces son los mejores guerreros que hay sobre todo el río, pero por tierra no lo son tanto. Habían hecho huir a sus mujeres e hijos, y ocultado de tal manera, que no pudimos quitárselos, ni siquiera a aquellos que escaparon. Pero cómo les fue a ésos, lo sabréis muy en breve. Ellos tienen muchísimas canoas, y el pueblo de dichos agaces se halla sobre un río que se llama Ipetí y se encuentra sobre el otro lado del Paraguay; el río viene desde las tierras del Perú, de un lugar que se llama Tucumán.

CAPITULO XX

Después que dejamos a los agaces, venimos a dar con una nación que se llaman carios, a cincuenta leguas de camino desde los agaces. Allí nos ayudó Dios Todopoderoso con su gracia divina, pues entre los carios o guaranís hallamos trigo turco o maíz, mandiotín, batatas, mandioca-poropí, mandioca-pepirá, maní, bocaja y otros alimentos, así como pescado y carne, venados, puercos salvajes, avestruces, ovejas indias, conejos, gallinas y gansos, y otros animales salvajes que ahora no puedo describir. También hay en abundancia una miel de la que se hace vino, y tienen en su tierra muchísimo algodón. Estos carios dominan un gran territorio: yo creo, y de esto estoy cierto, que abarca más de trescientas leguas a la redonda. Los dichos carios o guaranís son gente baja y gruesa y son más resistentes que las otras naciones. Los hombres tienen en el labio un agujerito, y por él meten un cristal de un largo como de

dos jemes, grueso como el canuto de una pluma, de color amarillo y que en indio se llama parabog. Las mujeres y hombres andan completamente desnudos, tal como Dios los echó al mundo. El padre vende su hija; lo mismo el marido a su mujer cuando no le gusta, y el hermano a la hermana; una mujer cuesta una camisa, un cuchillo, una hachuela, u otro rescate cualquiera.

Estos carios habían comido carne humana cuando llegamos a ellos: cómo la comen lo sabréis en seguida. Cuando estos carios hacen la guerra contra sus enemigos, entonces ceban a los prisioneros, sea hombre o mujer, sea joven o vieja, o sea niño, como se ceba un cerdo en Alemania; pero si la mujer es algo hermosa, la guardan durante uno o tres años. Cuando ya están cansados de ella, entonces la matan y la comen, y hacen una gran fiesta, como un banquete de un casamiento allá en Alemania; si es un hombre viejo o una mujer vieja, se los hace trabajar, a aquél en la tierra y a ésta en preparar la comida para su amo.

Estos carios hacen correrías más lejos que cualquier otra nación de las que viven en el Río de la Plata; y no hay nación mejor para la guerra y más sobria que los dichos carios. La ciudad de los carios se halla en un alto sobre el río Paraguay.

CAPITULO XXI

Ese pueblo antiguamente se llamó, en idioma indio, Lambaré. Está rodeado por una doble palizada de palos, y cada poste es grueso como un hombre; entre las dos empalizadas hay unos doce pasos y los postes están enterrados una buena braza, saliendo sobre la tierra hasta una altura tal como un hombre puede alcanzar con una espada larga. Los carios tenían trincheras y fosos a unos quince pasos de ese muro, hondas como la altura de tres hombres y dentro de estos fosos clavaban unas lanzas de palo duro tan puntiagudas como una aguja. También habían cubierto dichos fosos con paja y ramitas del bosque y tirado encima tierra y hierba para que nosotros no los viéramos, de modo tal que si nosotros los cristianos corríamos tras los carios, cayésemos en el foso. Y esos fosos fueron perjudiciales para los mismos carios y ellos mismos cayeron dentro, cosa que ocurrió de esta manera: cuando nuestro capitán don Juan Ayolas bajó de sus bergantines contra los nombrados carios, mandó y ordenó a sus sargentos y alféreces que hiciéramos formar en ordenanza a la gente de guerra y marcháramos contra la ciudad. Dejamos sesenta hombres en los bergantines para que los guardaran, y con los otros nos alejamos hacia la ciudad de Lambaré, hasta la distancia de un buen tiro de arcabuz de ella. Así que los carios nos divisaron, que eran como cuarenta mil hombres, con sus arcos y

flechas, dijeron a nuestro capitán general Juan Ayolas que nos volviéramos a nuestros bergantines y que ellos nos proveerían de bastimentos y todo lo que necesitáramos, alejándonos de allí, porque si no serían nuestros enemigos. Pero nosotros y nuestro capitán general Juan Ayolas no quisimos retroceder de nuevo, pues la gente y la tierra nos parecieron muy convenientes, especialmente los alimentos; pues en cuatro años no habíamos comido pan sino que solamente con pescados y carnes nos habíamos alimentado.

Ya que nosotros no quisimos aceptar esto, los dichos carios tomaron sus arcos y nos quisieron dar la bienvenida a flechazos. Aun entonces nosotros no quisimos hacerles nada, sino al contrario, les hicimos requerir por un lengua por tres veces, y quisimos ser sus amigos; pero de nada quisieron hacer caso. A todo esto aún no habían probado nuestras armas; pero cuando estuvimos cerca, hicimos disparar nuestros arcabuces, y cuando los oyeron y vieron que su gente caía y no veían bala ni flecha alguna sino un agujero en los cuerpos, no pudieron mantenerse y huyeron, cayendo los unos sobre los otros como los perros, mientras huían hacia su pueblo. Algunos entraron en el pueblo, pero otros, alrededor de doscientos hombres, cayeron en los fosos, porque no habían tenido tiempo bastante como para mirar en derredor y evitarlos. En seguida quisimos entrar al pueblo, pero los indios que allí estaban se mantuvieron lo mejor que pudieron y se defendieron muy valientemente por dos días. Mas cuando vieron que no podrían sostenerlo más y temieron por sus mujeres e hijos, pues los tenían a su lado, vinieron dichos carios y pidieron perdón y que ellos harían todo cuanto nosotros quisiéramos. También trajeron y regalaron a nuestro capitán Juan Ayolas seis muchachitas, la mayor como de dieciocho años de edad; también le hicieron un presente de siete venados y otra carne de caza. Pidieron que nos quedáramos con ellos y regalaron a cada hombre de guerra dos mujeres, para que cuidaran de nosotros, cocinaran, lavaran y atendieran a todo cuanto más nos hiciera falta. También nos dieron comida, de la que bien necesitábamos en aquella ocasión. Con esto quedó hecha la paz con los carios.

CAPITULO XXII

Después de esto debieron los carios levantar para nosotros una gran casafuerte de piedra y tierra, reforzada con palos, para que si con el tiempo llegare a suceder que los carios quisieran rebelarse contra los cristianos, éstos tuvieran entonces un amparo y se sostuvieran y defendieran contra los carios. Así duró la amistad con los carios durante cuatro años. Tomamos esa localidad en el día de

Nuestra Señora de la Asunción, en el año de 1539, y le pusimos ese nombre, y aún se llama así la ciudad.

De nuestras fuerzas, entre españoles y de otras naciones, perecieron dieciseis hombres en esta escaramuza. Desde los antes nombrados agaces hasta estos carios, hay treinta leguas de camino; desde el lugar de Buena Esperanza, que es donde estaban los timbús, hay alrededor de trescientas cincuenta leguas hasta llegar a los carios.

Hicimos entonces una alianza con los carios por si querían marchar con nosotros contra los agaces y combatirlos. Estuvieron de acuerdo con eso, y nuestro capitán les preguntó con cuántos hombres querían marchar con nosotros contra el enemigo, respondiendo ellos que con ocho mil hombres. Con esto nuestro capitán quedó bien contento; entonces tomó trescientos españoles y marchamos, por agua y por tierra, por treinta leguas, hasta donde viven los agaces; que vosotros habéis sabido ya cómo nos habían tratado. Los hallamos en el antiguo lugar donde los habíamos dejado antes, entre las tres y las cuatro de la mañana, durmiendo en sus casas, sin sentir nada, porque antes los carios los habían espiado, y dimos muerte a los hombres, a las mujeres y aun a los niños. Los carios son un pueblo así, que matan a cuantos encuentran en la guerra frente a ellos, sin tener compasión con ningún ser humano. También tomamos como quinientas canoas grandes y quemamos todos los pueblos que hallamos e hicimos muy gran daño. Cuatro meses después, volvieron los agaces que habían escapado con vida y pidieron clemencia a nuestro capitán Juan Ayolas, y éste tuvo que recibirlos con clemencia porque así lo había dispuesto Su Cesárea Majestad, ordenando que toda vez que se presentase cualquier principal de los indios y pidiese perdón, hasta por tercera vez debía concedérsele y guardársele. Pero si sucediera que por tercera vez violara la paz con los cristianos, entonces debía quedar por toda la vida como esclavo, cautivo o prisionero.

CAPITULO XXXI

Entonces llegó de España un capitán general llamado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, persona que había sido enviada por Su Cesárea Majestad con cuatrocientos hombres y treinta caballos. Vino este capitán en cuatro buques, dos grandes y dos carabelas, con los que había llegado al Brasil, a un lugar de anclaje que se llama Viaza, pero al que los españoles han dado el nombre de Santa Catalina, y allí resolvió cargar bastimento en sus buques. Mandó entonces las dos carabelas a buscar provisiones a una distancia de dos leguas de dicho puerto, pero cuando dichos buques estaban

en viaje, sobrevino una tormenta tan grande que los dos quedaron en el mar y solamente se pudo salvar la gente que en ellos estaba. Cuando este capitán Alvar Núñez Cabeza de Vaca vio que había perdido dos buques y que no podía aventurarse sobre el mar con los otros dos, porque éstos también estaban descalabrados y hechos pedazos, decidió desmantelar sus otros dos buques y venirse por tierra al Río de la Plata. Así este capitán Alvar Núñez Cabeza de Vaca llegó a nuestra ciudad de Nuestra Señora de la Asunción en el Paraguay, trayendo consigo trescientos de los cuatrocientos hombres, muriendo los demás por hambre y enfermedades.

Este capitán había viajado con su gente durante ocho meses, pues hay quinientas leguas de camino entre la ciudad de Nuestra Señora de la Asunción y el antes nombrado Puerto de Santa Catalina. Alvar Núñez Cabeza de Vaca traía desde España el nombramiento de gobernador dado por Su Cesárea Majestad para que el capitán general Domingo Martínez de Irala le transfiriese el mando. Con esto el capitán y la gente estuvieron conformes, y le obedecieron. Esto no lo entendieron muy bien los soldados; pero entre los clérigos y dos o tres capitanes lo arreglaron todo e hicieron que él mandara. Cómo le fue luego, muy pronto habréis de saberlo.

CAPÍTULO XXXIII

Cuando nuestro capitán Alvar Núñez Cabeza de Vaca hubo escuchado nuestros relatos, ordenó a los carios que vivían junto a nuestra ciudad de Nuestra Señora de la Asunción, que dieran a nuestro capitán dos mil indios para que marcharan con él río arriba. Dijeron que estaban dispuestos, pero que reflexionara bien antes de salir del país, pues se había levantado Tabaré con buena parte del poder de los carios y quería marchar contra los cristianos, porque ese Tabaré era hermano de aquel indio a quien se había ahorcado, y quería vengar esa muerte.

Cuando nuestro capitán general se enteró de eso, tuvo que suspender el viaje y marchar contra los enemigos, para lo cual mandó a su hermano de juramento, Domingo Martínez de Irala, con cuatrocientos hombres y dos mil indios, a combatir al cario Tabaré, hasta derrotarlo y expulsarlo del país. Obedeció Domingo Martínez de Irala a ese mandato y partió de la ciudad, y fue con su gente hasta llegar donde estaba el cario Tabaré, y le requirió obediencia en nombre de Su Cesárea Majestad, pero este Tabaré no quiso obedecer y quedó, con mucha gente, dentro de su aldea que había fortificado grandemente con palizadas, o sea muros de palos. La localidad tenía tres palizadas y grandes fosos muy profundos, donde había clavadas lanzas de madera; de estos fosos había muchos y

estaban cubiertos y disimulados con paja, ramitas y hierbas, para que no se viera que allí estaban. Pero nosotros sabíamos muy bien cómo estaban arregladas todas las cosas.

Acampamos allí durante tres días, y en el cuarto, poco antes de hacerse el día, asaltamos la aldea y entramos en ella y matamos cuantos encontramos y cautivamos muchas de sus mujeres, lo que fue una gran ayuda; el resto de los hombres escapó. Hubo dieciseis muertos entre nuestra gente y muchos heridos, y también murieron muchos de los indios que iban con nosotros; pero nada ganaron los otros, pues murieron como tres mil de entre esos caníbales. Como habíamos vencido a los carios y apresado a sus mujeres, vinieron Tabaré y su gente y rogaron que se les diese perdón y se les devolvieran sus mujeres y niños, prometiendo en cambio someterse y servir a los cristianos. Nuestro general tuvo que concederlo, pues así lo había mandado Su Cesárea Majestad: que si un indio viene y pide perdón, hasta por tercera vez debe concedérsele; pero si falta a su palabra, él y sus hijos son esclavos si se les puede tomar.

HERNANDO DE RIBERA

RELACION

El capitán español Hernando de Ribera narra hechos vividos en 1543, cuando la expedición de Cabeza de Vaca, en una Relación *que dos años más tarde testificó ante el escribano Pero Hernández en la ciudad de la Asunción. En ella cuenta sus viajes al interior del territorio del Río de la Plata, hace referencias a la conquista del Perú por Pizarro y de la exploración de Almagro a Chile, y por supuesto, no deja de apuntar las confusas noticias sobre la tierra de las amazonas. El texto figura dentro de los* Comentarios *de Cabeza de Vaca.*

En la ciudad de la Asunción (que es en el río del Paraguay, de la provincia del Río de la Plata), a 3 días del mes de marzo, año del nacimiento de nuestro salvador Jesucristo de 1545 años, en presencia de mí, el escribano público, y testigos de yuso escritos, estando dentro de la iglesia y monasterio de Nuestra Señora de la Merced, de redención de cautivos compareció el capitán Hernando de Ribera, conquistador en esta provincia, y dijo: Que por cuanto al tiempo que el señor Alvar Núñez Cabeza de Vaca, gobernador y ade-

lantado y capitán general de esta provincia del Río de la Plata por Su Majestad, estando en el puerto de los Reyes por donde la entró a descubrir en el año pasado de 1543, le envió y fue por su mandado con un bergantín y cierta gente a descubrir por un río arriba que llaman Igatú, que es un brazo de dos ríos muy grandes, caudalosos, el uno de los cuales se llama Yacareati y el otro Yaiva, según que por relación de los indios naturales vienen por entre las poblaciones de la tierra adentro; y que habiendo llegado a los pueblos de los indios que se llaman los xarayes, por la relación que de ello hubo, dejando el bergantín en el puerto a buen recaudo, se entro con cuarenta hombres por la tierra adentro a la ver y descubrir por vista de ojos. Y yendo caminando por muchos pueblos de indios, hubo y tomó de los indios naturales de los dichos pueblos y de otros que de más lejos le vinieron a ver y hablar larga y copiosa relación, la cual él examinó y procuró examinar y particularizar para saber de ellos la verdad, como hombre que sabe la lengua cario, por cuya interpretación y declaración comunicó y platicó con las dichas generaciones y se informó de la dicha tierra; y porque al dicho tiempo él llevó en su compañía a Juan Valderas, escribano de Su Majestad, el cual escribió y asentó algunas cosas del dicho descubrimiento; pero que la verdad de las cosas, riquezas y poblaciones y diversidades de gentes de la dicha tierra no las quiso decir al dicho Juan Valderas para que las asentase por su mano en la dicha relación, ni clara y abiertamente las supo ni entendió, ni él las ha dicho ni declarado, porque al dicho tiempo fue y era su intención de comunicarlas y decir al dicho señor gobernador, para que luego entrase personalmente a conquistar la tierra, porque así convenía al servicio de Dios y de Su Majestad; y que habiendo entrado por la tierra ciertas jornadas, por carta y mandamiento del señor gobernador se volvió al puerto de los Reyes y a causa de hallarle enfermo a él y a toda la gente no tuvo lugar de poderle informar del descubrimiento, y darle la relación que de los naturales había habido; y desde a pocos días, constreñido por necesidad de la enfermedad, porque la gente no se le muriese se vino a esta ciudad y puerto de la Asunción, en la cual, estando enfermo, desde pocos días que fue llegado, los oficiales de Su Majestad le prendieron (como es a todos notorio), por manera que no le pudo manifestar la relación; y porque ahora al presente los oficiales de Su Majestad van con el señor gobernador a los reinos de España, y porque podría ser que en el entretanto a él le sucediese algún caso de muerte o ausencia, o ir a otras partes donde no pudiese ser habido, por donde se perdiese la relación y avisos de la entrada y descubrimiento, que Su Majestad sería muy deservido, y al señor gobernador le vendría mucho daño y pérdida, todo lo cual sería a su culpa y cargo; por

tanto, y por el descargo de su conciencia, y por cumplir con el servicio de Dios y de Su Majestad, y del señor gobernador en su nombre, ahora ante mí el escribano quiere hacer y hacía relación del dicho su descubrimiento para dar aviso a Su Majestad de él y de la información y relación que hubo de los indios naturales, y que pedía y requería a mí el dicho escribano la tomase y recibiese, la cual dicha relación hizo en la forma siguiente:

Dijo y declaró el dicho capitán Hernando de Ribera que a 20 días del mes de diciembre del año pasado de 1543 años partió del puerto de los Reyes en el bergantín nombrado el *Golondrino*, con cincuenta y dos hombres, por mandado del señor gobernador, y fue navegando por el río del Igatú, que es brazo de los dichos dos ríos Yacareati y Yaiva; este brazo es muy grande y caudaloso, y a las seis jornadas entró en la madre de estos dos ríos, según relación de los indios naturales por donde fue tocando; estos dos ríos señalaron que vienen por la tierra adentro, y este río, que se dice Yaiva, debe proceder de las sierras de Santa Marta; es río muy grande y poderoso, mayor que el río Yacareati; el cual, según las señales que los indios dan, viene de las sierras del Perú, y entre el un río y el otro hay gran distancia de tierra y pueblos de infinitas gentes, según los naturales dijeron, y vienen a juntarse estos dos ríos Yaiva y Yacareati en tierra de los indios que se dicen perobazaes, y allí, se toman a dividir; y a setenta leguas el río abajo se toman a juntar, y habiendo navegado diez y siete jornadas por el dicho río pasó por tierra de los indios perobazaes, y llegó a otra tierra que se llaman los indios xarayes, gentes labradores de grandes mantenimientos y criadores de patos y gallinas y otras aves, pesquerías y cazas; gente de razón, y obedecen a su principal.

Llegado a esta generación de los indios xarayes, estando en un pueblo de ellos de hasta mil casas, donde su principal se llama Camire, el cual le hizo buen recibimiento, del cual se informó de las poblaciones de la tierra adentro; y por la relación que aquí le dieron, dejando el bergantín con doce hombres de guarda y con una guía que llevó de los dichos xarayes, pasó adelante y caminó tres jornadas hasta llegar a los pueblos y tierra de una generación de indios que se dicen urtueses, la cual es buena gente y labradores, a la manera de los xarayes; y de aquí fue caminando por tierra toda poblada, hasta ponerse en quince grados menos dos tercios, yendo la vía del oeste.

Estando en estos pueblos de los urtueses y aburuñes, vinieron allí otros muchos indios principales de otros pueblos más adentro comarcanos a hablar con él y traerle plumas, a manera de las del Perú, y planchas de metal chafalonía, de las cuales se informó, y tuvo plática y aviso de cada uno particularmente de las poblacio-

nes y gentes de adelante; y los dichos indios, en conformidad, sin discrepar, le dijeron que a diez jornadas de allí, a la banda del oesnorueste, habitaban y tenían muy grandes pueblos unas mujeres que tenían mucho metal blanco y amarillo, y que los asientos y servicios de sus casas eran todos del dicho metal y tenían por su principal una mujer de la misma generación, y que es gente de guerra y temida de la generación de los indios; y que antes de llegar a la generación de las dichas mujeres estaba una generación de los indios (que es gente muy pequeña), con los cuales, y con la generación de éstos que le informaron, pelean las dichas mujeres y les hacen guerra, y que en cierto tiempo del año se juntan con estos indios comarcanos y tienen con ellos su comunicación carnal, y si las que quedan preñadas paren hijas, tiénenselas consigo, y los hijos los crían hasta que dejan de mamar, y los envían a sus padres; y de aquella parte de los pueblos de las dichas mujeres había muy grandes poblaciones y gente de indios que confinan con las dichas mujeres, que lo habían dicho sin preguntárselo; a lo que le señalaron, está parte de un lago de agua muy grande, que los indios nombraron la casa del Sol; dicen que allí se encierra el Sol; por manera que entre las espaldas de Santa Marta y el dicho lago habitan las dichas mujeres, a la banda del oesnorueste; y que adelante de las poblaciones que están pasados los pueblos de las mujeres hay otras muy grandes poblaciones de gentes, los cuales son negros, y a lo que señalaron, tienen barbas como aguileñas, a manera de moros. Fueron preguntados cómo sabían que eran negros. Dijeron que porque los habían visto sus padres y se lo decían otras generaciones comarcanas a la dicha tierra, y que eran gente que andaban vestidos, y las casas y pueblos los tienen de piedra y tierra, y son muy grandes, y que es gente que poseen mucho metal blanco y amarillo, en tanta cantidad, que no se sirven con otras cosas en sus casas de vasijas y ollas y tinajas muy grandes y todo lo demás; y preguntó a los dichos indios a qué parte demoraban los pueblos y habitación de la dicha gente negra, y señalaron que demoraban al norueste, y que si querían ir allá, en quince jornadas llegarían a las poblaciones vecinas y comarcanas a los pueblos de los dichos negros; y a lo que le parece, según y la parte donde señaló, los dichos pueblos están en doce grados a la banda del norueste, entre las sierras de Santa Marta y del Marañón, y que es gente guerrera y pelean con arcos y flechas; asimismo señalaron los dichos indios que del oesnorueste hasta el norueste, cuarta al norte, hay otras muchas poblaciones y muy grandes de indios; hay pueblos tan grandes, que en un día no pueden atravesar de un cabo a otro, y que toda es gente que posee mucho metal blanco y amarillo, y con ello se sirven en sus casas, y que toda es gente vestida; y para ir allí

podían ir muy presto, y todo por tierra muy poblada. Y que asimismo por la banda del oeste había un lago de agua muy grande, y que no se parecía tierra de la una banda a la otra; y a la ribera del dicho lago había muy grandes poblaciones de gentes vestidas y que poseían mucho metal, y que tenían piedras, de que traían bordadas las ropas y relumbraban mucho; las cuales sacaban los indios del dicho lago, y que tenían muy grandes pueblos, y toda era gente la de las dichas poblaciones labradores y que tenían muy grandes mantenimientos y criaban muchos patos y otras aves; y que desde aquí donde se halló podía ir al dicho lago y poblaciones de él, a lo que le señalaron, en quince jornadas, todo por tierra poblada, donde había mucho metal y buenos caminos bajando las aguas, que a la sazón estaban crecidas, que ellos le llevarían; pero que eran pocos cristianos, y los pueblos por donde habían de pasar eran grandes y de muchas gentes; asimismo dijo y declaró que le dijeron e informaron y señalaron a la banda del oeste, cuarta al sudueste, había muy grandes poblaciones, que tenían las casas de tierra y que era buena gente, vestida y muy rica, y que tenían mucho metal y criaban mucho ganado de ovejas muy grandes, con los cuales se sirven en sus rozas y labranzas, y las cargan, y les preguntó si las dichas poblaciones de los dichos indios si estaban muy lejos; y que les respondieron que hasta ir ellos era toda tierra poblada de muchas gentes, y que en poco tiempo podía llegar a ellas, y entre las dichas poblaciones hay otra gente de cristianos, y había grandes desiertos de arenales y no había agua. Fueron preguntados cómo sabían que había cristianos de aquella banda de las dichas poblaciones, y dijeron que en los tiempos pasados los indios comarcanos de las dichas poblaciones habían oído decir a los naturales de los dichos pueblos que, yendo los de su generación por los dichos desiertos, habían visto venir mucha gente vestida, blanca, con barbas, y traían unos animales (según ellos señalaron eran caballos), diciendo que venían en ellos caballeros, y que a causa de no haber agua los habían visto volver, y que se habían muerto muchos de ellos; y que los indios de las dichas poblaciones creían que venía la dicha gente de aquella banda de los desiertos; y que asimismo le señalaron que a la banda del oeste, cuarta al sueste, había muy grandes montañas y despoblado, y que los indios lo habían probado a pasar, por la noticia que de ello tenían que había gentes de aquella banda, y que no habían podido pasar, porque se morían de hambre y sed. Fueron preguntados cómo sabían los susodichos. Dijeron que entre todos los indios de toda esta tierra se comunicaban y sabían que era muy cierto, porque habían visto y comunicado con ellos, y que había visto los dichos cristianos y caballos que venían por los dichos desiertos, y que a la caída de las dichas sierras, a la parte del

sudueste, había muy grandes poblaciones y gente rica de mucho metal, y que los indios que decían lo susodicho decían que tenían asimismo noticia que en la otra banda, en el agua salada, andaban navíos muy grandes. Fue preguntado si en las dichas poblaciones hay entre las gentes de ellos principales hombres que los mandan. Dijeron que cada generación y población tiene solamente uno de la misma generación, a quien todos obedecen; declaró que para saber la verdad de los dichos indios y saber si discrepaban en su declaración, en todo un día y una noche a cada uno por sí les preguntó por diversas vías de la dicha declaración; en la cual, tornándola a decir y declarar sin variar ni discrepar, se conformaron.

La cual relación de suso contenida el capitán Hernando de Ribera dijo y declaró haberle tomado y recibido con toda claridad y fidelidad y lealtad, y sin engaño, fraude ni cautela; y porque a la dicha su relación se pueda dar y dé toda fe y crédito, y no se pueda poner ni ponga ninguna duda en ello ni en parte de ello, dijo que juraba, y juró por Dios y por Santa María y por las palabras de los santos cuatro Evangelios, donde corporalmente puso su mano derecha en un libro misal, que al presente en sus manos tenía el reverendo padre Francisco González de Paniagua, abierto por parte donde estaban escritos los Santos Evangelios, y por la señal de la cruz, a tal como esta †, donde asimismo puso su mano derecha, que la relación, según de la forma y manera que la tiene dicha y declarada y de suso se contiene, le fue dada, dicha y denunciada y declarada por los dichos indios principales de la dicha tierra y de otros hombres ancianos, a los cuales con toda diligencia examinó e interrogó, para saber de ellos verdad y claridad de las cosas de la tierra adentro; y que habida la dicha relación, asimismo le vinieron a ver otros indios de otros pueblos, principalmente de un pueblo muy grande que se dice Uretabere, y de una jornada de él se volvió; que de todos los dichos indios asimismo tomó aviso, y que todos se conformaron con la dicha relación clara y abiertamente; y so cargo del dicho juramento, declaró que en ello ni en parte de ello no hubo ni hay cosa ninguna acrecentada ni fingida, salvo solamente la verdad de todo lo que le fue dicho e informado sin fraude ni cautela. Otrosí dijo y declaró que le informaron los dichos indios que el río de Yacareati tiene un salto que hace unas grandes sierras, y que lo que dicho tiene es la verdad; y que si así es, Dios le ayude, y si es al contrario, Dios se lo demande mal y caramente en este mundo al cuerpo, y en el otro al ánima, donde más ha de durar. A la confesión del dicho juramento dijo: «Sí juro, amén», y pidió y requirió a mí el dicho escribano se lo diese así por fe y testimonio al dicho señor gobernador, para en guarda de su derecho; siendo presentes por testigos el dicho reverendo padre Paniagua, Sebastián de Valdivie-

so, camarero del dicho señor gobernador, y Gaspar de Hortigosa, y Juan de Hoces, vecinos de la ciudad de Córdoba, los cuales todos lo firmaron así de sus nombres. —*Francisco González de Paniagua.* —*Sebastián de Valdivieso.* —*Juan de Hoces.*—*Hernando de Ribera.*—*Gaspar de Hortigosa.*— Pasó ante mí, *Pero Hernández*, escribano.

RUY DIAZ DE GUZMAN

PROVINCIAS DEL RIO DE LA PLATA

El relato de la historia mejora en legibilidad cuando pasa a manos de un criollo, hijo de una mestiza y de un sobrino de Cabeza de Vaca, Ruy Díaz de Guzmán (1550 - 1629), nacido en la capital paraguaya y autor de la primera crónicaargentina, escrita en 1612 perosólo publicadaen 1835: La Argentina: historia de las provincias del Río de la Plata. *En parte fue protagonista de los hechos ya que llegó a gobernador, capitán general y al final de su vida alcalde de la ciudad de la Asunción. En los fragmentos que se reproducen relata la expedición portuguesa de 1526, contemporánea a la española de Cabot, muestra la desconfianza peninsular ante los temibles indios, así como dos sucesos más o menos legendarios pero hermosos: la historia de una mujer española que sufre los requiebros amorosos de un nativo y otra a quien protege y salva una leona, textos que acaso puedan pertenecer también a la historia del cuento hispanoamericano ya en el siglo XVII.*

No ME PARECE FUERA de propósito decir ante todas cosas en este capítulo, de una jornada, que ciertos portugueses hicieron del Brasil para esta provincia del Río de la Plata, hasta los confines del Perú, y de lo demás que les sucedió, por ser eslabón de lo que se ha de tratar en este libro, sobre el descubrimiento y conquista que en ella hicieron nuestros españoles. Y es el caso, que el año de 1526 salieron de San Vicente cuatro portugueses por orden de Martín Alfonso de Sosa, señor de aquella capitanía, a que entrasen por aquella tierra adentro y descubriesen lo que había, llevando en su compañía algunos indios amigos de aquella costa.

El uno de estos cuatro portugueses se llamaba Alejos García, estimado en aquella costa por hombre práctico así en la lengua de los carios, que son los guaranís, como de los tupis y tamoyos. Caminando en sus jornadas, por el sertón adentro, con los demás

compañeros, vinieron a salir al río del Paraná, y de él, atravesando la tierra por pueblos de indios guaranís, llegaron al río del Paraguay, donde siendo recibidos y agasajados de los moradores de aquella provincia, convocaron toda la comarca, para que fuesen juntamente con ellos a la parte del poniente a descubrir y reconocer aquellas tierras, de donde traían muchas ropas de estima y cosas de metal, así para el uso de la guerra, como de la paz.

Como gente codiciosa e inclinada a la guerra, se movieron con facilidad a ir con ellos, y juntos más de 2.000 indios, hicieron jornada para el puerto que llaman de San Fernando, que es un alto promontorio que se hace sobre el río del Paraguay. Otros dicen que entraron poco más arriba de la Asunción, por un río que llaman Paray; y caminando por los llanos de aquella tierra, encontraron muchos pueblos de indios de diversas lenguas y naciones, con quienes tuvieron grandes encuentros, ganando con unos, y perdiendo con otros.

Al cabo de muchas jornadas, llegaron a reconocer las cordilleras y serranías del Perú, acercándose a ellas, entraron por la frontera de aquel reino, entre la distancia que ahora llaman Mizque y el término de Tomina. Y hallando algunas poblaciones de indios, vasallos del poderoso Inca, rey de todo aquel reino, dieron en ellos, y robando y matando cuanto encontraban, pasaron adelante más de cuarenta leguas, hasta cerca de los pueblos de Presto y Tarabuco, donde le salieron al encuentro gran multitud de indios charcas.

Por lo cual dieron vuelta, retirándose con tan buen orden, que salieron de la tierra sin recibir daño ninguno, dejándola puesta en grande temor, y a toda la provincia de los Charcas en arma. Por cuya causa los Incas mandaron con gran cuidado fortificar todas aquellas fronteras, así de buenos fuertes, como de gruesos presidios; según se ve el día de hoy, que han quedado por aquella cordillera, que llaman del Cuzco-toro, que es la general que corre por este reino más de dos mil leguas.

Salidos los portugueses a los llanos con toda su compañía, cargados de despojos de ropa, vestidos, y muchos vasos, manillas y coronas de plata, de cobre y otros metales, dieron la vuelta por otro más acomodado camino que hallaron, en el cual padecieron muchas necesidades de hambre y guerra, que tuvieron hasta llegar al Paraguay, y sus tierras y pueblos. De donde Alejos García se determinó a despachar al Brasil sus dos compañeros, a dar cuenta a Martín Alfonso de Sosa de lo que había descubierto en aquella jornada, y donde había entrado, con la muestra de los metales, y piezas de oro y plata que habían traído de aquellas partes; quedándose el García en aquella provincia del Paraguay, aguardando la correspondencia de lo que en esto se ordenase.

Pasados algunos días, concertaron algunos indios de aquella tierra matarle, y así lo pusieron en efecto (y éstos fueron los que habían ido con él a la jornada). Una noche, estando descuidado, le acometieron y le mataron a él y a sus compañeros, sin dejar más en vida que un niño, hijo de García, que por ser de poca edad no le mataron: al cual yo conocí, y se llamaba como su padre, Alejos García. Moviéronse los indios a hacer esto, por su mala inclinación que es en ellos natural de hacer mal, sin tener estabilidad en el bien ni amistad; dejándose llevar de la codicia, por robarles lo que tenían como gente sin fe ni lealtad.

Llegados para el Brasil los dos mensajeros, dieron relación de lo que habían descubierto, y de la mucha riqueza que habían visto en el poniente y confines de los Charcas, que hasta entonces no estaba aún descubierto de los españoles. A cuya fama se determinó salir del Brasil una tropa de sesenta soldados, cuyo capitán era un Jorge Sedeño. Y así partieron de San Vicente en demanda de esta tierra, llevando consigo copia de indios amigos; y bajando en canoas por el río de Ayembí, salieron al Paraná, y bajando por él, llegaron sobre el Salto, donde, tomando puerto, dejaron sus canoas, atravesando hacia el poniente, llevando su derrota hacia el río del Paraguay, donde Alejos García había quedado.

Lo cual, visto por los indios que habían sido cómplices en sus muertes, convocaron los comarcanos a tomar las armas contra ellos para impedirles el paso; y dándoles muchos rebatos, pelearon con los portugueses en campo raso, donde mataron al capitán Sedeño, con cuya muerte fueron constreñidos los soldados a retirarse con pérdida de muchos compañeros.

Y tornando al pasaje del río Paraná, los indios de aquel territorio, con la misma malicia y traición que los otros, se ofrecieron a darles pasaje en sus canoas; para cuyo efecto las trajeron horadadas, con rumbos disimulados y embarrados, para que con facilidad fuesen rotos. Y metiéndose en las canoas con los portugueses, en medio del río las abrieron y anegaron: donde con el peso de las armas los más se ahogaron, y algunos que cogieron vivos los mataron a flechazos, sin dejar ninguno con vida. Lo cual pudieron hacer con facilidad por ser grandes nadadores y criados en aquella navegación, y sin ningún embarazo que les impidiese, por ser gente desnuda. Con que fueron acabados todos los de esta jornada.

Después de lo cual, los indios de la provincia del Paraguay se juntaron con sus caciques, y se determinaron a hacer una entrada y tornar a la parte donde Alejos García había hecho su jornada; y convocados muchos indios de la provincia, salieron por tercios y parcialidades a este efecto. Los de más abajo, que son los indios del Paraná, entraron por el río del Araguay, que es el que tengo

dicho llamarse Pilcomayo, y éstos son los fronterizos del corregimiento de Tarija. Los que estaban poblados donde hoy es la Asunción, entraron por aquél sobre el río del Paraguay, y Caaguazú; y los indios de río arriba Jetuquizaba, y Carayazapera, entraron por San Fernando. Estos son los que están poblados en el del Guapay, veinte leguas de la ciudad de San Lorenzo, gobernación de Santa Cruz.

Llegadas estas compañías a la falda de la sierra del Perú, cada una de ellas curó de fortificarse en lo más áspero de ellas; y de allí comenzaron a hacer cruda guerra a los naturales comarcanos, con tanta inhumanidad que no dejaban con vida persona ninguna, teniendo por su sustento a los miserables que cautivaban. Con que vinieron a ser tan temidos de todas aquellas naciones, que muchos pueblos se les sujetaron sin ninguna violencia, con que vinieron a tener esclavos que les sirviesen, y muchas mujeres de quienes tuvieron generación: poblándose cada uno en la parte que mejor le pareció de aquellas fronteras, (que son los indios que hoy llamamos chiriguanos en el Perú, que, como digo, son procedidos de los guaranís) de donde nunca más salieron, ora por la imposibilidad y gran riesgo del camino, ora por codicia de la tierra que hallaron acomodada a su condición y naturaleza, que es toda fértil, y de grandes y hermosos valles, que participan de más calor que frío, y de caudalosos ríos que salen de la provincia de los Charcas, la cual tienen por vecina.

Asentaron en aquella tierra, haciendo muchas entradas en toda ella, destruyendo todos los llanos, así hacia el septentrión, como al mediodía, y este, destruyendo más de 100 mil indios. Y puesto que a sus principios en sus fiestas y borracheras los comían, de muchos años a esta parte no lo hacen, mas los venden a los españoles que entran del Perú entre ellos, a trueque de rescates que le dan, teniendo por más útil el venderlos por lo que han menester que el comerlos.

Y es tanta la codicia en que han entrado por el interés, que no hay año ninguno que no salgan a esta guerra por todos aquellos llanos, con gran trabajo y riesgo de las vidas, por hacer presa para el efecto de venderlos. De que hay indios tan ricos, que demás de la ropa de vestidos de paño y seda, tienen muchas vajillas de plata fina, e indios hay que tienen a 500 marcos de vajilla, sin contar gran número de caballos ensillados y enfrenados y muy buenos jaeces, espadas y lanzas, y todo género de armas, adquirido todo de sus robos y presas, que en tan perniciosa e injusta guerra hacen, sin habérseles puesto hasta ahora algún freno a tanta crueldad, ni remedio al desorden e insolencia de esta gente. Habiendo cometido muchos delitos, en desacato de la real potestad, tomando las armas contra D. Francisco de Toledo virrey que fue de este reino, demás de las muertes y robos, y otras insolencias que han hecho a los es-

pañoles, que están poblados en estas fronteras de Terija, Paspaya, Pilaya, Tomina y Mizque, y gobernación de Santa Cruz de la Sierra.

LUCIA MIRANDA

Partido Sebastian Cabot para España, con mucho sentimiento de los que quedaban, por ser un hombre afable, de gran valor y prudencia, muy experto y práctico en la cosmografía, como de él se cuenta, luego el capitán D. Nuño procuró conservar la paz que tenía con los naturales circunvecinos, en especial con los indios timbús, gente de buena masa y voluntad; con cuyos dos principales caciques siempre la conservó, y ellos, acudiendo a buena correspondencia, de ordinario proveían a los españoles de comida, que como gente labradora nunca les faltaba.

Estos dos caciques eran hermanos, el uno llamado Mangoré, y el otro Siripo: mancebos ambos como de treinta a cuarenta años, valientes y expertos en la guerra, y así de todos muy temidos y respetados. Y en particular el Mangoré el cual en esta ocasión se aficionó de una mujerespañola que estaba en la fortaleza, llamada Lucía de Miranda, casada con un Sebastián Hurtado, naturales de Ezija.

A esta señora hacía este cacique muchos regalos, y socorría de comida, y ella de agradecida le hacía amoroso tratamiento: conque vino el bárbaro a aficionársele tanto, y con tan desordenado amor, que intentó de hurtarla por los medios a él posibles. Y convidando a su marido, a que se fuese a entretener a su pueblo, y a recibir de él buen hospedaje y amistad, con buenas razones se negó.

Visto que por aquella vía no podía salir con su intento, y la compostura, honestidad de la mujer, y recato del marido, vino a perder la paciencia con grande indignación y mortal pasión. Por lo que ordenó con los españoles, debajo de amistad, una alevosía y traición, pareciéndole que por este medio sucedería el negocio de manera, que la pobre señora viniese a su poder. Para cuyo efecto persuadió a otro cacique su hermano, que no les convenía dar la obediencia al español tan de repente, porque con estar en sus tierras, eran tan señores y resolutos en sus cosas, que en pocos días les supeditarían todo, como las muestras lo decían. Y si con tiempo no se prevenía este inconveniente, después cuando quisiesen no lo podrían hacer, conque quedarían sujetos a perpetua servidumbre. Para cuyo efecto su parecer era, queel español fuese destruido y muerto, y asolado el fuerte, no perdonando la ocasión cuando el tiempo la ofreciese.

A lo cual el hermano respondió: que ¿cómo era posible tratar él cosa semejante contra los españoles, habiendo profesado siempre su amistad, y siendo tan aficionado a Lucía? Que él de su parte no tenía intento ninguno de hacerlo, porque, a más de no haber reci-

bido del español ningún agravio, antes todo buen tratamiento y amistad, no hallaba causa para tomar las armas contra él. A lo cual el Mangoré replicó con indignación, que así convenía se hiciese por el bien común, y porque era gusto suyo, a que como buen hermano debía condescender. De tal suerte supo persuadir al hermano, que vino a condescender con él, dejando el negocio tratado entre sí para tiempo más oportuno.

El cual no mucho después se lo ofreció la fortuna conforme a su deseo, y fue: que habiendo necesidad de comida en el fuerte, despachó el capitán D. Nuño 40 soldados en un bergantín, en compañía del capitán Ruiz García, para que fuesen por aquellas islas a buscar comida, llevando por orden, se volviesen con toda brevedad con todo lo que pudiesen recoger. Salido pues el bergantín, tuvo el Mangoré por buena esta ocasión, y también por haber salido con los demás Sebastián Hurtado, marido de Lucía. Y así luego se juntaron por orden de sus caciques más de cuatro mil indios, los cuales se pusieron de emboscada en un sausal, que estaba media legua del fuerte a la orilla del río, para con más facilidad conseguir su intento, y fuese más fácil la entrada en la fortaleza.

Salió el Mangoré con 30 mancebos muy robustos cargados de comida, pescado, carne, miel, manteca y maíz; con lo cual se fue al fuerte, donde con muestras de amistad lo repartió, dando la mayor parte al capitán y oficiales, y lo restante a los soldados, de que fue muy bien recibido y agasajado de todos, aposentándole dentro del fuerte aquella noche. En la cual, reconociendo el traidor que todos dormían, excepto los que estaban de postas en las puertas, aprovechándose de la ocasión, hizo seña a los de la emboscada, los que con todo silencio llegaron al muro de la fortaleza, y a un tiempo los de dentro y los de afuera cerraron con los guardas, y pegaron fuego a la casa de munición: con que en un momento se ganaron las puertas, y a su salud mataron a los guardas, y a los que encontraban de los españoles, que despavoridos salían de sus aposentos a la plaza de armas, sin poderse de ninguna manera incorporarunos con otros. Porque, como era grande la fuerza del enemigo cuando despertaron, a unos por una parte, a otros por otra, y a algunos en las camas, los mataban y degollaban sin ninguna resistencia, excepto de muy pocos que valerosamente pelearon. En especial D. Nuño de Lara, que salió a la plaza, haciéndola con su rodela y espada por entre aquella gran turba de enemigos, hiriendo y matando muchos de ellos, acobardándolos de tal manera, que no había ninguno que osase llegar a él: viendo que por sus manos eran muertos. Y visto por los caciques e indios valientes, haciéndose afuera, comenzaron a tirarle con dardos y lanzas, conque le maltrataron de manera, que todo su cuerpo estaba arpado y bañado en sangre.

En esta ocasión, el sargento mayor con una alabarda, cota y celada, se fue a la puerta de la fortaleza, rompiendo por los escuadrones; y entendiendo poderse señorearse de ella, ganó hasta el umbral, donde hiriendo a muchos de los que la tenían ocupada, y él asimismo recibiendo muchos golpes de ellos, aunque hizo gran destrozo, matando muchos de los que le cercaban, de tal manera fue apretado de ellos, tirándole gran número de flechería, que fue atravesado su cuerpo, y así cayó muerto.

En esta misma ocasión, el alférez Oviedo, con algunos soldados de su compañía, salieron bien armados, y cerraron con gran fuerza de enemigos que estaban en la casa de munición, por ver si la podían socorrer, y apretándoles con mucho valor, fueron mortalmente heridos y despedazados, sin mostrar flaqueza, hasta ser muertos; vendiendo sus vidas a costa de infinita gente bárbara que se las quitaron.

En este mismo tiempo, el capitán D. Nuño procuraba acudir a todas partes, herido por muchas y desangrentado, sin poder remediar nada: por valeroso se metió en la mayor fuerza de enemigos, donde, encontrando con el Mangoré, le dio una gran cuchillada, y asegurándole con otros dos golpes le derribó muerto en tierra. Y continuando con grande esfuerzo y valor, fue matando otros muchos caciques e indios, conque ya muy desangrado y cansado con las mismas heridas, cayó en el suelo donde los indios le acabaron de matar, con gran contento de gozar de la buena suerte en que consistía el buen efecto de su intento.

Con la muerte de este capitán fue ganada la fuerza, y toda ella destruida sin dejar hombre a vida, excepto cinco mujeres que allí había, con la muy cara Lucía de Miranda, y unos tres o cuatro muchachos, que por serlo no los mataron, y fueron presos y cautivos: haciendo montón del despojo para repartirlo entre toda la gente de guerra, aunque esto más se hace para aventajar a los valientes y para que los caciques y principales escojan y tomen para sí lo que mejor les parece.

Lo que hecho, visto por Siripo la muerte de su hermano, y la dama que tan cara le costaba, no dejó de derramar muchas lágrimas, considerando el ardiente amor que le había tenido, y el que en su pecho iba sintiendo tener a esta española: y así de todos los despojos que aquí se ganaron, no quiso por su parte tomar otra cosa, que por su esclava a la que por otra parte era señora de los otros.

La cual puesta en su poder, no podía disimular el sentimiento en su gran miseria con lágrimas de sus ojos; y aunque era bien tratada y servida de los criados de Siripo, no era eso parte para dejar de vivir con mucho desconsuelo, por verse poseída de un bárbaro. El cual viéndola tan afligida, un día por consolarla la habló con mues-

tras de grande amor, y le dijo: de hoy en adelante, Lucía, no te tengas por mi esclava, sino por mi querida mujer, y como tal, puedes ser señora de todo cuanto tengo, y hacer a tu voluntad de hoy para siempre; y junto con esto te doy lo más principal, que es el corazón.

Las cuales razones afligieron sumamente a la triste cautiva, y pocos días después se le acrecentó más el sentimiento, con la ocasión que de nuevo se le ofreció, y fue; que en este tiempo los indios corredores trajeron preso ante Siripo a Sebastián Hurtado; el cual habiendo vuelto con los demás del bergantín al puesto de la fortaleza, saltando en tierra, la vio asolada y destruida, con todos los cuerpos de los que allí se mataron; y no hallando entre ellos el de su querida mujer, y considerando el caso, se resolvió a entrarse entre aquellos bárbaros, y quedarse cautivo con su mujer, estimando eso en menos, y aun dar la vida, que vivir ausente de ella.

Sin dar a nadie parte de su determinación, se metió por aquella vega adentro, donde al otro día fue preso por los indios, los cuales atadas las manos, lo presentaron a su cacique y principal de todos: y éste como le conoció, le mandó quitar de su presencia y ejecutarlo de muerte. La cual sentencia oída por su triste mujer, con innumerables lágrimas, rogó a su nuevo marido no se ejecutase: antes le suplicaba le otorgase la vida, para que ambos se empleasen en su servicio, y como verdaderos esclavos de que siempre estarían muy agradecidos. A lo que el Siripo condescendió, por la grande instancia con que se lo pedía aquella a quien él tanto deseaba agradar: pero con un precepto muy riguroso, que fue, so pena de su indignación y de costarles la vida, si por algún camino alcanzaba que se comunicaban, y que él daría a Hurtado otra mujer, con quien viviese con mucho gusto y le sirviese; y junto con eso le haría él tan buen tratamiento, como si fuera, no esclavo, sino verdadero vasallo y amigo.

Los dos prometieron de cumplir lo que se les mandaba: y así se abstuvieron por algún tiempo, sin dar ninguna nota. Mas, como quiera que el amor no se puede ocultar, ni guardar ley, olvidados de la que el bárbaro les puso, y perdido el temor, siempre que se les ofrecía ocasión no la perdían, teniendo siempre los ojos clavados el uno en el otro, como quienes tanto se amaban. Y fue de manera, que fueron notados de algunos de la casa, y en especial de una india, mujer que había sido muy estimada de Siripo, y repudiada por la española. La cual india, movida de rabiosos celos, le dijo a Siripo con gran denuedo: «muy contento estás con tu nueva mujer: mas ella no lo está de ti, porque estima más al de su nación y antiguo marido, que a cuanto tienes y posees. Por cierto, pago muy bien merecido, pues dejastes a la que por naturaleza y amor estabas obligado, y tomastes la extranjera y adúltera por mujer».

El Siripo se alteró oyendo estas razones, y sin duda ninguna ejecutaran su saña en los dos amantes; mas dejólo de hacer hasta certificarse de la verdad de lo que se decía. Y disimulando andaba de allí adelante con cuidado, por ver si podía cogerlos juntos, o como dicen, con el hurto en las manos.

Al fin se le cumplió su deseo, y cogidos, con infernal rabia mandó hacer un gran fuego, y quemar en él a la buena Lucía. Puesta en ejecución la sentencia, ella la aceptó con gran valor, sufriendo el incendio, donde acabó su vida como buena cristiana, pidiendo a Nuestro Señor hubiese misericordia y perdonase sus grandes pecados. Y al instante el bárbaro cruel mandó asaetear a Sebastián Hurtado; y lo entregó a muchos mancebos, los cuales, atado de pies y manos, lo amarraron a un algarrobo, y fue flechado de aquella bárbara gente, hasta que acabó su vida arpado todo el cuerpo, y puestos los ojos en el Cielo, suplicaba a Nuestro Señor le perdonase sus pecados, de cuya misericordia, es de creer están gozando de su santa gloria marido y mujer. Todo lo cual sucedió en el año de 1532.

LA MALDONADA

En este tiempo padecían en Buenos Aires cruel hambre, porque faltándoles totalmente la ración, comían sapos, culebras y las carnes podridas que hallaban en los campos: de tal manera, que los excrementos de los unos comían los otros. Viniendo a tanto extremo de hambre, que como en el tiempo que Tito y Vespasiano tuvieron cercada a Jerusalén, comieron carne humana, así sucedió a esta miserable gente, porque los vivos se sustentaban de la carne de los que morían, y aun de los ahorcados por justicia, sin dejarles más de los huesos: y tal vez hubo un hermano, que sacó las asaduras y entrañas a otro que estaba muerto, para sustentarse con ellas. Finalmente murió casi toda la gente: donde sucedió que una mujer española, no pudiendo sobrellevar tan grande necesidad, fue constreñida a salir del real e irse a los indios para poder sustentar la vida. Y tomando la costa arriba, llegó cerca de la Punta Gorda en el Monte Grande, y por ser ya tarde, buscó donde albergarse: y topando con una cueva que hacía la barranca de la misma costa, entró por ella y repentinamente topó una fiera leona que estaba en doloroso parto. La cual vista por la aflijida mujer quedó desmayada, y volviendo en sí, se tendía a sus pies con humildad.

La leona que vio la presa, acometió a hacerla pedazos, y usando de su real naturaleza se apiadó de ella, y desechando la ferocidad y furia con que la había acometido, con muestras halagüeñas llegó hacia a la que hacía poco caso de su vida: con lo que, cobrando algún aliento, la ayudó en el parto en que actualmente estaba, y

parió dos leoncillos, en cuya compañía estuvo algunos días, sustentada de la leona con la carne que de los animales traía. Con que quedó bien agradecida del hospedaje por el oficio de comadre que usó.

Acaeció que un día, corriendo los indios aquella costa, toparon con ella una mañana al tiempo que salía a la playa a satisfacer la sed con el agua del río; donde la cogieron y llevaron a su pueblo, y tomóla uno de ellos por mujer. De cuyo suceso y de los demás que pasó, adelante haré relación.

. . . . . .

Hecho esto [se refiere a las exploraciones hechas en busca de Ayolas] se volvió Salazar río abajo, dejando a Domingo de Irala un navío nuevo, y tomando otro muy cascado, y llegado al puerto que hoy es la Asunción, determinó hacer una casa fuerte, y dejar en ella a Gonzalo de Mendoza con sesenta soldados, por parecerle aquel puerto buena escala para la navegación de aquel río, y él se partió para el de Buenos Aires, a dar cuenta a D. Pedro [de Mendoza] de su jornada.

Llegado que fue, vio que era ido a España, y que el teniente que había dejado, era malquisto con los soldados, por ser de condición áspera y muy rigurosa: tanto que, por una lechuga cortó a uno las orejas, y a otro afrentó por un rábano, tratando a los demás con la misma crueldad. Conque todos estaban en gran desconsuelo; y también por haber sobrevenido al pueblo una furiosa plaga de tigres, onzas y leones, que los mataban y comían en saliendo del fuerte; y los hacían pedazos de tal manera, que para salir a hacer sus necesidades, era necesario que saliese número de gente para resguardo de los que salían a ellas.

En este tiempo sucedió una cosa admirable, que por serlo la diré: y fue que, habiendo salido a correr la tierra un caudillo en aquellos pueblos comarcanos, halló en uno de ellos y trajo en su poder, aquella mujer de que hice mención arriba, que por la hambre se fue a poder de los indios: la cual como Francisco Ruiz la vio, condenó a que fuese echada a las fieras para que la despedazasen y comiesen. Y puesto en ejecución su mandato, cogieron a la pobre mujer, y atada muy bien a un árbol, la dejaron una legua fuera del pueblo, donde acudieron aquella noche a la presa número de fieras, entre ellas vino la leona, a quien esta mujer había ayudado en su parto. La cual conocida por ella, la defendió de las demás fieras que allí estaban y la querían despedazar; y quedándose en su compañía, la guardó aquella noche, y otro día y noche siguiente, hasta que al tercero fueron allá unos soldados, por orden del capitán, a ver el efecto que había surtido de dejar allí aquella mujer; halláronla viva, y la leona a sus pies con sus dos leoncillos, la cual sin aco-

meterles se apartó algún tanto, dando lugar a que llegasen. Lo cual hicieron, quedando admirados del instinto y humanidad de aquella fiera: y desatada por los soldados, la llevaron consigo, quedando la leona dando muy fieros bramidos, y mostrando sentimiento y soledad de su bienhechora, y por otra parte, su real instinto y gratitud, y más humanidad que los hombres.

De esta manera quedó libre la que ofrecieron a la muerte, echándola a las fieras: la cual mujer yo la conocí, y la llamaban la Maldonada, que más bien se le podía llamar la *Biendonada*; pues por este suceso se ha de ver no haber merecido el castigo a que la ofrecieron, pues la necesidad había sido causa y constreñídola a que desamparase la compañía y se metiese entre aquellos bárbaros. Algunos atribuyeron esta sentencia tan rigurosa al capitán Alvarado y no a Francisco Ruiz; mas cualquiera que haya sido, el caso sucedió como queda referido.

JOANNES DE LAET

DESCRIPCION GENERAL DE LA GOBERNACION O PROVINCIA DE RIO DE LA PLATA, CUALIDADES DE SU AIRE Y DE SU TIERRA

Nacido en Amberes, Bélgica, Joannes de Laet (1582 - 1649) escribió los dieciocho libros de su Nuevo Mundo o descripción de las Indias Occidentales *(1640), que en español es conocido gracias a la traducción (1988) de Marisa Vannini de Gerulewicz. Al recapitular sobre las distintas empresas de la conquista de la región recurre, entre otras fuentes, a las obras del poeta Martín del Barco Centenera y el historiador Antonio de Herrera y Tordecillas. Realiza una pormenorizada descripción de los ríos y lugares fundados por los españoles, de las comunidades indígenas que las habitaban y no deja de fijarse en la fama de unos simios raros, capaces de sacarse la flecha que los hiere y devolverla a su agresor.*

HEMOS TERMINADO en el libro precedente la Tierra de Magallanes y continuado la descripción del continente hasta la desembocadura del gran Río de la Plata. Ahora trataremos sobre las provincias que han tomado su nombre de dicho río. Esta gobernación, que comprende varias y espaciosas regiones, tiene como límites hacia el Oriente el mar Atlántico que baña sus costas; hacia el Sur, la parte de Magallanes que acabamos de describir; hacia el Occidente, en

la parte más estrecha, la provincia de Tucumán y en la más ancha, las provincias que se extienden hasta el Perú. Finalmente, hacia el Septentrión está limitada a lo largo de la costa del mar Atlántico por el Brasil, sobre los 24 grados de la elevación del Polo Antártico: pero el interior del país está contenido por este lado entre límites inciertos, y cerrado por regiones harto espaciosas que no han sido aún completamente descubiertas, como diremos más adelante.

El territorio de estas regiones es fecundo y muy fértil en trigo y otros granos de Europa, incluso viñas; abunda también en caña de azúcar. El país está por ahora lleno de toda suerte de ganado, como vacas y corderos, que se reproducen muchísimo gracias a la abundancia y bondad de las pasturas. Hay también gran cantidad de caballos y asnos. López Vaz asegura, y no hay duda, que treinta jumentas y siete caballos que dejaron los españoles cuando abandonaron la ciudad de Buenos Aires, se han multiplicado de tal manera en un espacio de 40 años aproximadamente, que toda la región vecina hacia el Sur abunda en estos animales, de suerte que hay una cantidad innumerable de caballos y jumentos salvajes que vagan hoy en día por los bosques y campos vecinos.

Hay tres especies de ciervos, unos tan grandes casi iguales a las vacas, con el cuerno grande y bastante enramado, que viven casi siempre en los pantanos. Otros son un poco mayores que las cabras y frecuentan la campiña, los de la tercera especie no son más grandes que un cabrito de 6 meses y permanecen en las montañas. Hay también jabalíes que tienen el ombligo en la espalda, cuya carne es de un gusto muy delicado y es tan sana que incluso se la dan a los enfermos. Se ven también cerdos europeos bastante grandes y en gran cantidad.

Hay monos en número infinito, con gran barba y larga cola, y de estatura casi humana. Chillan con horribles gritos y se quejan cuando son atacados por alguna flecha, la que arrancan de la herida y la arrojan contra quienes encuentren. Los hay también más pequeños y sin barba. Se ven zorros y otros animaluchos con trompa tan pequeña que apenas una hormiga podría entrar, pero no hacen mal ni causan daño a los hombres.

Se encuentran también en gran número bestias salvajes como tigres, leones y otros animales peligrosos. Hay además varias y diversas culebras y serpientes, algunas de las cuales tienen hasta cuatro brazas de largo y son tan gruesas que devoran ciervos enteros incluyendo los cuernos, pero no son peligrosas para los hombres. Se ven diversas especies de lagartijas. En las riberas y pantanos hay cocodrilos de 8 y 9 pies de largo pero que son inofensivos y cuya carne, cuando es asada, es grasosa y de buen gusto.

Dicen que se encuentran camaleones del tamaño de un lagarto

medio, que llevan a sus cachorros con ellos manteniendo siempre la trompa abierta para husmear el aire. No son en absoluto peligrosos.

Aun cuando se dio por seguro en tiempos pasados que estas regiones estaban completamente desprovistas de minas, sin embargo desde hace poco se han encontrado no solamente minas de cobre y de hierro, sino también de oro y plata, y hermosas piedras preciosas que se llaman amatistas.

En cuanto a la temperatura del aire no se puede decir nada en general, pues es muy variable de acuerdo a la situación de los lugares, como lo mostraremos a su debido tiempo. También de los habitantes hablaremos más adelante en particular.

Del resto, todas estas regiones tienen un gobernador que está bajo las órdenes del Virrey del Perú, así como un obispo bajo la Diócesis, en la cual no son comprendidos tan sólo los españoles que habitan en las ciudades, sino también los salvajes. Hablaremos de inmediato de las ciudades que los españoles poseen, pero antes describiremos el río que ha dado el nombre a esta gobernación.

Finalmente, quienes viajen hacia estas provincias deben tener cuidado de partir de España antes de la mitad de agosto a fin de poder llegar sobre fines de noviembre, pues el verano reina entonces, y el viento sopla suavemente del Norte y del Noroeste, llamado por los españoles *brisas*. Pero si parten más tarde de España, llegarían a inicios de marzo cuando el invierno comienza y los vientos soplan rudamente del Sur y Sureste (llamados *vendavales)*, haciendo el mar muy agitado y peligroso, de suerte que a menudo es necesario invernar en la Isla de Santa Catarina.

PRIMER DESCUBRIMIENTO DEL RIO DE LA PLATA, *Y DIVERSAS EXPEDICIONES DE LOS ESPAÑOLES*

Juan Díaz de Solís fue quien primero descubrió este gran río, llamado actualmente Río de la Plata en el año 1515. Habiendo llegado a su gran desembocadura, lo remontó hasta una isla que se encuentra sobre los 34 grados y 40 escrúpulos de la línea hacia el Sur. Como vio a varios salvajes que lo invitaban voluntariamente, descendió a tierra, donde fue muerto y devorado con varias de sus gentes por esos crueles e inhumanos salvajes. El nombre de Solís que le fue dado a este río permaneció por algún tiempo.

Después de este acontecimiento, en el año 1526 Sebastián Cabot, que había abandonado a los ingleses para unirse a los españoles, fue enviado a fin de pasar por el Estrecho de Magallanes hacia el mar Austral y de ahí a las Molucas. Debido a que sus gentes se amotinaron por la carencia de víveres, llegó a este río, que recorrió

aproximadamente durante 30 leguas hasta la isla que se nombra aún hoy en día San Gabriel, tal como él la llamó entonces.

Echó el ancla de sus grandes naves, y subió con sus fragatas y chalupas aproximadamente 7 leguas más arriba, hasta encontrar un río al que le dio el nombre de San Salvador. Dicho río nace por el lado de Brasil, y en razón de su canal harto profundo es muy cómodo para los navíos. Por esta razón llevó ahí a toda su flota y se fortificó en tierra firme, a fin de poder con mayor seguridad reparar las naves. Después decidió subir hasta la cabecera del río y descubrir más adelante con una fragata y varias chalupas. Luego de avanzar 30 leguas, encontró otro río que los naturales llaman Zarcaranna. En este sitio habitan unos salvajes de una industria poco común en estas regiones, así que construyó allí un castillo, al cual le dio el nombre de S. Espíritu o de Cabot, y dejó una guarnición de soldados para vigilancia. Después entró al Paraná, donde encontró varias islas dispersas y muchos ríos que desembocan en este gran canal, y cuando hubo subido 200 leguas, llegó a otro río que los salvajes llamaban Paraguay. Una vez en este lugar dejó a mano derecha el gran río de Paraná porque juzgaba que declinaba demasiado hacia el Brasil, y se dirigió al Paraguay. Después de remontarlo aproximadamente 34 leguas, encontró unos salvajes que se ocupaban en cultivar los campos, cosa que no había visto hasta entonces por estas regiones. En un sangriento combate que mantuvo con ellos perdió a 25 de sus gentes, y una gran multitud de salvajes perecieron también. Construyó en este sitio un castillo llamado de Santa Ana. Todo esto lo hizo en algunos meses.

Pero en el año 1527 Diego García, portugués, arribado felizmente al Río de la Plata, habiendo pasado el Cabo del Norte, (vulgarmente cabo de Santa María, frente al cual hay una islita llamada de los Pargos debido a la abundancia de pesca), llegó a la isla de las Palmas, que tiene una rada muy cómoda para los que van al Estrecho de Magallanes. Aparentemente los salvajes no habitan ni el cabo ni la costa vecina, pero río adentro a lo largo de la costa vieron unos salvajes llamados charrúas, que se dedican a la caza y a la pesca. De la isla de las Palmas siguiendo el río llegó a las islas de las Piedras, a aproximadamente 60 leguas del cabo de Santa María hacia el Poniente. Aquí bajó una fragata que había llevado en su nave, y en ella remontó más arriba el río. Encontró en seguida vestigios de cristianos, poco después vio los dos navíos de Cabot, y muy pronto llegó al castillo de Santo Espíritu. Siguiendo el gran canal de Paraná recorrió tanto camino en 24 días, como Cabot había hecho en algunos meses. Luego entró al Paraguay y finalmente encontró a Cabot en el castillo de Santa Ana, desde donde regresaron juntos hasta las naves de Cabot. Debido a que recogieron al-

guna plata de los salvajes en este sitio (hasta entonces no se había llevado este metal de América a España), le dieron el nombre de *Riviere d'Argent*, que suena vulgarmente Río de la Plata.

Una vez que Cabot regresó a España, se suspendió el descubrimiento de este río hasta el año 1535, cuando Pedro de Mendoza fue enviado nuevamente con once naves y 800 hombres. Entrando por el río subió hasta la isla de San Gabriel, y comenzó a construir una ciudad a la orilla izquierda del río, a la que nombró Nuestra Señora de Buenos Aires. Pero, por desgracia, perdió la mayor parte de sus gentes a causa de la hambruna y por todo tipo de carencia. Tuvo que enviar a su lugarteniente Juan de Ayola a recoger algunos víveres entre los salvajes, pero no consiguió sino muy pocos. Después de haber descubierto muchos lugares con gran dificultad y poco provecho, Ayola permaneció allí. En cuanto a Mendoza, murió en su viaje de regreso a España. Mas como nuestra intención no es escribir una historia completa de todo lo que ahí ocurrió en tiempos pasados, añadiré solamente que los españoles no hicieron nada ni grandioso ni notable antes del año 1540, cuando Alvar Núñez Cabeza de Vaca llegó. Entonces empezaron a descubrir las provincias y a poblarlas con distintas colonias españolas.

DESCRIPCION DEL RIO DE LA PLATA *SEGUN HERRERA Y MARTIN DEL BARCO*

Este gran río que es uno de los más espaciosos de la América Meridional, y que puede incluso a buen título, llamarse el segundo después del Amazonas (si por ventura no es más grande aún), es llamado por los habitantes nativos, río Paraná, es decir, mar, y Paranaguazú, gran mar. Desemboca en el mar Atlántico, tiene 32 leguas de ancho y corre entre dos cabos, uno a la derecha llamado de Santa María y el de la izquierda o Austral, cabo Blanco o de San Antonio. Más adentro tiene una anchura de casi 10 leguas, y encierra varias islas regadas a derecha e izquierda por ríos que no tienen nombre. Se cree que proviene de un lago llamado por el nombre de los salvajes, Xarayes, a aproximadamente 300 leguas.

Dícese que varios riachuelos desembocan en este lago y particularmente los que vienen por el lado oriental de los Andes y los que nacen en el mismo Perú. De aquí surge otro río que corre hacia el Norte y cae al gran río Amazonas, del cual nos ocuparemos a su debido tiempo.

Martín del Barco en su poema intitulado «Argentina», discurre más extensamente sobre este río, comenzando por los cabos del mar Atlántico, que dice están a 35 leguas de distancia uno del otro; el que cierra la costa austral es bajo, la costa que se extiende desde

aquí hasta Buenos Aires está un poco en declive. Añade que una y otra costa son harto peligrosas a causa de los vientos del Sur que azotan furiosamente, y sobre todo a causa de la crueldad de los salvajes que ahí habitan, quienes han matado ya a muchos hombres.

Cerca del cabo de Santa María, hay dos islas llamadas de Lobos, es decir lobos marinos, más adentro otras dos llamadas de Flores y a 30 leguas se encuentran las siete islas de San Gabriel, frente a la ciudad de Buenos Aires. El río tiene en este sitio aproximadamente 9 leguas de ancho y es bastante profundo, excepto dos o tres bajas alrededor de las islas de Maldonado y de Juan Ortiz; pero más allá de las islas de San Gabriel empieza a ser poco profundo y no se navega sin peligro.

De estas islas hasta la de Martín García se cuentan 12 leguas. Esta tiene una longitud de una legua y media y media legua de ancho, recubierta por muchos árboles y no carece de campos propios para el cultivo. Pedro de Mendoza había instalado ahí algunas de sus gentes, tal como lo hizo también Juan Ortiz de Zárate. Uno de los navíos de la flota de Juan Fenton, inglés, que Jean Dac conducía el año de 1582 había llegado hasta ahí pero se destrozó. Dac logró salvarse con otros más, llevó una miserable vida entre los salvajes, y logró por fin escapar.

De la isla de Martín García hasta la de San Lázaro hay cuatro leguas y se encuentra a media legua de la ribera. Un poco más allá sale del continente el río Vraygh de una media legua en su desembocadura, y luego el río que Cabot bautizó como de San Salvador.

De este río hasta el de Hum (vulgarmente llamado Río Negro) hay dos leguas. El Hum sigue su curso lentamente fuera de ciertos pantanos y su agua es negruzca (de donde le viene el nombre), pero es rico en peces.

A partir de ahí el gran río se abre en once grandes y anchos canales, separados por grandes islas muy hermosas y con vegetación, habitadas por una nación salvaje, llamada vulgarmente Guaraynes. Más allá de estas islas, algunas de las cuales tienen una longitud de 12 leguas o más, el río recobra su anchura inicial, y sus riberas son habitadas por diversos salvajes.

A mano derecha, subiendo el río, a unas 20 leguas sobre estas islas está situada la ciudad de Santa Fe, y a casi cien leguas de ella otras islas habitadas por la nación de los Cherandois.

Unas 80 leguas más adelante el río de Paraguay se une al de Paraná, que se inclina hacia el Levante y a lo largo del cual se sitúa la provincia de Santa Ana, en parte campestre, en parte marina, habitada por los salvajes guaraníes.

Pena Pobre, como la llaman, situada un poco más allá, es una zona rocosa bajo la cual hay pozos profundos que han causado el

naufragio de varias chalupas. Donde el río se precipita, produce una catarata que hace gran estuendo; cerca de la cual está la ciudad de Guayra y cuarenta leguas más arriba un poblado de españoles del que no se sabe el nombre. Hasta aquí hemos seguido el trayecto del Paraná.

El río Paraguay recibe primeramente del lado izquierdo la noble rivera de Ypito que corre lentamente entre las campiñas. Más allá el río Parannamiro, separa de la tierra firme una isla triangular (que tiene unas 12 leguas), para seguir hacia el Paraná.

Cerca de Ypito, hay un lago que llaman con el nombre de la nación que vive alrededor de los Mahomas, la cual se extiende hasta otro río llamado Vermejo, en el que, según dicen, hay perlas en cantidad. A partir de aquí el canal del Paraguay se estrecha, y a cuatro leguas de la ciudad de la Asunción recibe el río de Pilcomaio que baja de las provincias de los Charcas. En este lugar es llamado Araguaygh. He aquí lo que extrajimos de la «Argentina» de Martín del Barco.

DESCRIPCION DEL MISMO RIO, SEGUN LAS DIFERENTES CARTAS MARITIMAS DE LOS ESPAÑOLES Y DE UNO DE NUESTRA NACION

Los mapas marinos (vulgarmente llamados ruteros) establecidos por los españoles, que merecen toda credibilidad en estas cosas, varían algo en la descripción de este río, desde su desembocadura hasta las islas de San Gabriel.

Algunos de ellos cuentan diez leguas desde el cabo de S. María que es el último de la costa Septentrional hacia el Levante, hasta el Río de Solís, y tres leguas desde aquí hasta las colinas que llaman vulgarmente Los tres mogotes; luego 8 o 9 hasta las islas de San Gabriel, de manera que en total desde el cabo hasta las islas no habría sino 22 leguas, que es un trecho muy pequeño.

Otros miden este espacio más cuidadosamente, y cuentan de la isla de los Lobos que está delante del susodicho cabo, hasta la isla de Maldonado, cuatro leguas, y otras tantas hasta la punta de tierra. De aquí hasta las islas de Flores, diez, luego al monte Vedio, cinco, y otras tantas hasta la isla de S. Gabriel. En consecuencia, habría 28 leguas.

Las islas de S. Gabriel son cinco, pequeñas. Hasta el río de San Juan hay 3 leguas; su desembocadura no es nada profunda, por esto sólo puede recibir pequeños navíos.

De este río hasta la isla de Martín García, que los salvajes llaman Minga, hay también tres leguas, y dos hasta las islitas o más bien peñascos de San Lázaro; hasta la primera desembocadura del río Paraná, hay 8 leguas. El río está dividido por varias islas y diversas embocaduras, de las cuales ésta es la última hacia el Occi-

dente. Es muy frecuentado por los españoles que lo llaman, con un nombre muy particular, río de las Palmas.

Los que remontan el Río de la Plata, deben cuidadosamente seguir su curso por la ribera del Norte, puesto que es la más alta, y el canal es ahí más profundo. Sin embargo ocurre a veces, que por no haber hecho bien su cuenta uno se desvía hacia el cabo del Sur llamado comúnmente cabo Blanco. Hay que señalar que desde este cabo hasta la ciudad de Buenos Aires toda la ribera es baja y casi al ras del agua, y esta región del continente está habitada por salvajes harto crueles que comen inhumanamente a cuanto extranjero puedan atrapar.

Pero regresamos a la isla de Martín García: de ésta hasta S. Salvador (que es una isla de aproximadamente dos leguas entre la primera desembocadura del río Paraná, descubierta antiguamente por Cabot) hay nueve o diez leguas; la tierra que se encuentra a la derecha está habitada por salvajes llamados carioos, que son enemigos de los españoles, como lo confiesan ellos mismos.

El río de las Palmas, como también los otros ramales en los que se divide el gran río por las islas, corren 16 leguas, antes de confluir nuevamente, excepto uno de ellos (llamado comúnmente río de Los Begos) del cual se dice recorre cuarenta leguas antes de unirse al Paraná; hay un pasaje que lleva hacia él por el río de las Palmas (que es también un ramal del gran río), de manera que los que van a S. Espíritu, entran y suben por este ramal.

Remontando más arriba por el lado izquierdo, se pasan varias islas, lagos y pequeños arroyuelos, donde viven salvajes enemigos de los extranjeros.

Se cuentan desde la primera entrada del río de las Palmas hasta S. Espíritu, 50 leguas; de S. Espíritu hasta el territorio de los tembuyos, 15; desde los tembuyos hasta los quiloacas, 20; de los quiloacas hasta una colonia de españoles, 15; de ésta hasta los maqueretas, veinte; de aquí hasta los mepenes, treinta. Ahora bien, en el espacio entre ellos hay varios bajíos, y todo el territorio a mano izquierda está lleno de lagos y pantanos. Sin embargo, lo habitan varios salvajes enemigos también de los españoles. De aquí hasta la desembocadura del Paraguay, hay treinta leguas, y la tierra es más alta y menos cargada de estanques y pantanos.

A la derecha de la desembocadura del Paraguay, el gran río de Paraná forma como una separación, y corre hacia el Norte, remontando aproximadamente 470 leguas hasta la ciudad de Piquiri. Sin embargo se navega muy difícilmente a causa de la cantidad de obstáculos, así como por temor de los salvajes que ahí habitan, todos bastante malos y siempre en pugna entre sí.

El río Paraguay sigue hacia el Norte aproximadamente sesenta

leguas, por encima de la separación de la ciudad de la Asunción, desde donde se cuentan doscientas leguas hasta el lago de Xarayo. Las riberas de un lado y otro están habitadas por salvajes que son casi todos actualmente amigos de los españoles.

Laurens Bicker, belga, que llegó en años precedentes a este río, señala que frente al cabo de S. María está situada la isla de Lobos, sobre 35 grados de la línea hacia el Sur, y que la isla de Maldonado está a tres leguas de distancia de aquí. Por lo tanto, la isla de Flores está a veinte leguas del susodicho cabo. A unas cincuenta y cinco millas río adentro hay un bajío de la longitud de una legua, pero estrecho, separado del Río del Norte por una legua y media.

Los de nuestro país que fueron en el año 1578, observan que la isla de Lobos está a una distancia del cabo de S. María de aproximadamente cuatro leguas, y que de aquí hasta la de Maldonado hay otras tantas. Es una pequeña isla separada del continente por un estrecho canal, cubierta de árboles y poblada de cabras bastante gordas. De esta isla, o del cabo de Sta. María, hasta la isla de Flores hay 17 leguas, y más allá hasta el cabo de Monte Seredo, cinco, de suerte que de un cabo hasta el otro se cuentan 17 leguas. Entre la isla de Flores y Monte Seredo surge el Río de Solís. Y finalmente consideran que la ciudad de Buenos Aires dista del cabo de Sta. María cuarenta y dos leguas solamente.

SALVAJES QUE HABITAN A LO LARGO DEL RIO DE LA PLATA. *SUS COSTUMBRES Y SU NATURALEZA*

Hay muchas y variadas naciones de salvajes que viven en las riberas de ambos lados de este río, desde su desembocadura, y sobre todo en la ribera Meridional, sobre la cual la ciudad de Buenos Aires está situada. Los españoles hablan de los quirindíes, nación errante, que a la manera de los escitas cambian a menudo de lugar y habitan en cabañas que forman poblados, gente furiosa y acostumbrada a vivir de carne humana, ágiles y valientes, que en tiempos pasados causaron muchos males y pérdidas a los españoles.

Río arriba se encuentran los timbúes y los carcares, que viven alrededor de un lago y se alimentan comúnmente de pescado. Cuando, durante el siglo pasado, bajo la dirección de Pedro de Mendoza descubrieron estas regiones, los salvajes recibieron humanamente a los extranjeros, de suerte que Mendoza construyó un poblado en su provincia, y lo nombró Buena Esperanza.

Los ameguaes viven a lo largo del río Paraguay, de pescado principalmente; del otro lado de la costa los arioes (que en otros lados llaman caribes) cultivan los campos y crían vacas y corderos. Siguen luego, pero bastante alejados, los paraguaes.

Tierra adentro, más adelante, se encuentran los chanes, los chimeneos y los carcaraes, entre los cuales corre el rumor de que hay mucho oro y plata. Estos, en la época en que Pedro de Mendoza descubrió las provincias, mataron a su lugarteniente Juan de Ayola y sus tropas fueron casi eliminadas cuando regresaba de la provincia de chanes.

En el año de Cristo de 1541 Alvar Núñez Cabeza de Vaca fue enviado a estas provincias para gobernarlas, pero víctima de una tempestad no pudo entrar a la desembocadura del río. Decidió bajar con sus tropas a tierra firme, entre el cabo de S. María y el Brasil, y empezó camino desde el río de Itabucu, que está a 20 leguas aproximadamente de la isla de S. Catarina. A través de altas montañas y espesos bosques, donde a menudo tenían que abrirse camino con hacha y machete, al cabo de diez y nueve días llegó a una provincia abierta, campestre y bien cultivada, por cuya razón la llamó del Campo. Señalaron que los pueblos armiros habitaban estos lugares, a una legua de camino los chipoayos, y después los tocanguazinnos. Todos estos pueblos tienen un nombre común: guaraníes. Tenían la costumbre de sembrar dos veces al año su maíz, y poseían café en abundancia, gallinas, pavos y pericos que domestican y crían en sus casas.

Tienen una gran sed de venganza como casi todos los salvajes, y les gusta muchísimo la carne humana. Alvar nombró Vera a esta provincia.

Cuando salió de allí llegó al río de Yguazú, y a la mañana siguiente pasó con gran peligro a la de Tibago. Siguió hacia el río de Taquari, alrededor del cual estaba el poblado Abangobio, y muy cerca el de Tocangufir, donde habiendo medido la altura encontró que estaba a veinticuatro grados de la línea hacia el Sur. Hasta aquí toda la región había sido campestre, bella, fértil, e irrigada por varios ríos y lagos.

Sigue luego un desierto, en parte rudo y áspero de montañas, en parte lleno de tristes pantanos, y casi impenetrable por las montañas rocosas y espesos bosques.

Pero habiendo pasado este desierto con gran dificultad, descendieron nuevamente a una planicie donde viven los mismos guaraníes, y finalmente marcharon hacia el rápido río de Piquiri, que está sobre 25 grados de la línea hacia el Sur. Toda la región de los guaraníes es bella y fértil, y si los indicios no nos engañan, no faltan las minas. Pero los habitantes son crueles devoradores de hombres.

Después de ocho días de camino cayeron nuevamente cerca del río Yguazú; que corriendo hacia el mar por diferentes desviaciones, se esconde por fin en el Paraná. Así continuaron hasta lle-

gar al Paraná, a la altura de 24 grados, después del cual no quedan más que nueve días de camino hasta la ciudad de la Asunción, tal como ellos lo relatan. También los agaces habitan el Paraguay, grandes y robustos de cuerpo, que no teniendo la costumbre de sembrar roban las cosechas de sus vecinos, y corren como piratas por el río con sus canoas y el botín. Pero los españoles los destruyeron completamente, como Martín del Barco canta en su «Argentina». Los guayacurúes son vecinos de éstos, del mismo tamaño, crueldad y agilidad.

Río adentro se encuentran los cacoues, que cultivan la tierra y tienen criaderos de gallinas. Se cree que su provincia está llena de minas de metales. Más arriba de éstos habitan los guaxarapos, en la ribera de un río que pasando los límites del Brasil, como se cree, se une por fin con el río de Paraguay, sobre los 19 grados aproximadamente de la línea hacia el Sur.

El país que ellos poseen es una región baja y sujeta a inundaciones, por lo cual estos salvajes vienen a vivir sobre las riberas del río cuando se mantiene entre sus límites, y se dedican a la pesca que constituye toda su provisión. Cuando el río se desborda e inunda a lo largo y a lo ancho las tierras vecinas (lo que ocurre casi todos los años en el mes de enero, cuando el sol comienza a volver del Trópico de Capricornio hacia la línea), entonces se retiran tierra adentro.

Después se llega al lago del que surge el río de Paraguay, como también otro río llamado Yguatú. Los xacoaes, xaquesses y chanesses viven a lo largo de las riberas de este último, desde las cuales, a través de pantanos, se pasa a la provincia de Xarayo. Esta nación es más civil que las demás, está dedicada a la agricultura, y conocen también el arte del telar. Tanto los hombres como las mujeres cultivan la agricultura, de suerte que hombres y mujeres recogen la cosecha. De ahí, a través de un gran desierto se llega a la provincia de Tapaguazo, donde habitan los tapapecocíes, que abundan en todo lo necesario para vivir. Los últimos de este lado son los payzunoes, nación bárbara, que no ha sido conocida hasta ahora.

Del otro lado de la ciudad de la Asunción habitan los mayas a lo largo del camino que lleva al Perú. Para llegar a su provincia se pasa por un lugar que los españoles llaman puerto de S. Fernando.

Siguen después de éstos, sobre el mismo camino, pero a una distancia bastante larga y después de haber pasado algunas provincias que abundan en minas (según un ruido sordo), los tamacoas, cerca de los cuales está la provincia de los Charcas, que es una parte del Perú de la cual ya hemos hablado antes. No estoy seguro si estos tamacoas sean los mismos que los tuguamacis, a los

que se refiere Nufle de Chaves que fue el primer español que pasó de la provincia de la Plata al Perú. Ya hemos dicho más arriba que éstos habitaban la provincia que hoy en día se llama Cruz de la Sierra.

DESCRIPCION DE LA CIUDAD DE NUESTRA SEÑORA DE BUENOS AIRES

La primera ciudad de esta provincia llamada por los españoles Nuestra Señora de Buenos Aires, y por algunos Ciudad de la Trinidad, fue construida por Pedro de Mendoza, en el año de Cristo de 1535 sobre la ribera Meridional del Río de la Plata, frente a las islas de S. Gabriel, en la provincia de los salvajes llamada vulgarmente Morocotes, como los españoles señalan. El territorio de esta provincia se extiende casi todo en planicies, levantado suavemente por pequeñas colinas y tierras, excepto hacia la costa del mar del Norte, donde está cubierto por grandes y espaciosas montañas, siempre continuas. Esta ciudad no tuvo larga vida debido a que los burgueses por discordias internas y otras incomodidades, emigraron a otros lados. Pero Cabeza de Vaca en el año de 1542 llevó a numerosos habitantes que vivieron durante algún tiempo, y luego la abandonaron de nuevo. Después permaneció casi desierta por varios años. Finalmente en el año de 1582 los españoles comenzaron a habitarla por tercera vez, y a reconstruirla de la forma como uno la ve hoy en día.

Esta ciudad está situada, como lo hemos dicho antes, sobre la ribera izquierda o Meridional del gran río, a 34 grados (tal como lo han reportado nuestros compatriotas) y 45 escrúpulos de la línea hacia el Sur; a 60, o como otros escriben, 64 leguas de la gran desembocadura del río, o del cabo de Santa María hacia el Occidente, en una provincia mediterránea de este continente, a orillas de un pequeño río que fluye en el grande, sobre un terreno suavemente elevado por encima del territorio. Las murallas de casi todas las casas están hechas de una especie de argamasa que los españoles llaman tapias. Tiene un castillo circundado por una muralla hecha también de argamasa, de un espesor de cinco pies, donde hay algunas piezas de cañón. La ciudad misma no es muy espaciosa ni muy poblada pues no tiene más de 200 habitantes (como lo supe por cierto holandés que vivió ahí con su familia en años precedentes), que se dedican principalmente a la agricultura y a la cría de corderos. Casi todos los años van al Brasil con el permiso del Rey de España, por mar, y llevan galletas, harina, carne salada o secada al sol, y otras cosas de este tipo, a cambio de las cuales obtienen mercancías que vienen de Europa, debido a lo cual los españoles que residen en Potosí y lugares circunvecinos, descienden muy a menudo a esta ciudad y compran dichas mercancías con plata. Esto

representa un tráfico harto rico pero que fue prohibido por el Rey de España, quien no considera nada favorable para su Hacienda, que la plata baje por esta vía del Perú, porque cree sin duda que se comete fraude con relación a los impuestos y a su quinto. He aquí por qué aun cuando los españoles, que moran en esta ciudad y en la provincia de la Plata, hayan a menudo tratado de probar que se podría transportar la plata de Potosí más brevemente y con mayor seguridad por este camino hacia Europa que por vía del Perú, el mar Austral y el istmo de Panamá, sin embargo no han logrado persuadirlo hasta hoy. No puedo adivinar otra razón de este proceder del Rey, si no es que no juzgue conveniente que este tráfico de plata sea comunicado por los castellanos a los portugueses que viven en Brasil. Si se considera la cosa tal como es, parecería que no hay nada más cómodo. Pues, de esta ciudad a las minas de plata de Potosí no hay ni cuatrocientas leguas de camino, tal como lo he oído (algunos consideran incluso mucho menos, y otros algo más); en su mayor parte el camino es plano y sin problemas. De esta ciudad a la de Córdoba, que ya hemos descrito más arriba, hay 120 leguas, por un camino que pasa por lugares desiertos y deshabitados, pero que son hermosas planicies, con tanta hierba que nutren innumerables vacas así como gran número de caballos y de asnos que vagan por aquí y por allá en la campiña donde hay muy pocos campos sin dueños. Por lo tanto uno puede servirse a lo largo de todo este camino de bestias de carga y carretas, sin temor a los salvajes que son ahí bastante raros, casi nada peligrosos, y vagan sin verdaderamente vivir por ahí. Hay que pasar algunos ríos como La Luca, los Arrechivos, la Arreca y el Carcaranna que confluyen todos al gran Río de la Plata, el principal de los cuales (pues los otros no tienen ninguna consecuencia) es sin duda el Carcaranna, que atraviesa casi por la mitad del espacio que se encuentra entre las dos ciudades. Forma un suave canal que durante el verano se puede pasar fácilmente, y el invierno sube un poco como casi todos los ríos de la América Austral.

Los alrededores de la ciudad son bellos y fértiles, de suerte que producen todo tipo de granos y de frutos, como trigo, maíz, melones y toda variación de cucurbitáceas, proporcionando abundantemente a los burgueses todo lo que es necesario para la vida humana. El territorio de la provincia es menos fértil y poco poblado de árboles, pero hay mucha hierba bastante alta. Hay ciervos más pequeños que los de Europa, una infinidad de avestruces, perdices, ocas y patos.

Los salvajes que habitan esta provincia y las circunvecinas van casi desnudos o ligeramente cubiertos de pieles de nutria (pues las hay en abundancia). Son grandes y corpulentos, y en ningún modo

deformes. En cuanto a hábitos y costumbres son iguales a los otros salvajes. Viven casi únicamente de cacería, por esta razón les gustan mucho los perros de caza, que prefieren por sobre todos los demás. Sus casas son construidas con cañas y recubiertas con ciertas matas, para protegerse de la lluvia y de las injurias del aire.

DESCRIPCION DE LA METROPOLITANA DE ESTA PROVINCIA Y DE SU TERRITORIO, ASI COMO DE OTRA CIUDAD LLAMADA CIUDAD REAL

La Metropolitana o principal ciudad de esta provincia, llamada por los españoles Nuestra Señora de la Asunción (y por algunos otros, pero solamente como yo pienso, Ascensión) está situada a la altura de 25 grados de la línea hacia el Sur, como los españoles escriben comúnmente, casi igualmente distante del Perú y de las provincias del Brasil, aproximadamente 250 leguas o poco más, de un lado y del otro. De la ciudad de La Guayra que otros llaman Ciudad Real, dista ochenta leguas hacia el Occidente; de Santa Cruz de la Sierra, aproximadamente doscientas. De la desembocadura del gran Río de la Plata, o del cabo de Santa María, más de 300 como dicen algunos, pues los autores difieren.

Está construida sobre la ribera Oriental del río de Paraguay, a casi cuatro leguas sobre la confluencia del río Pilcamayo, que atravesando el Perú por las montañas de los Charcas, pasa a doce leguas de la ciudad de La Plata o de Suchisaca, donde es llamado Río Grande. Sigue y más abajo de la ciudad de la Asunción (toma el nombre de Guapaygh), se une al río de Paraguay. Esta ciudad goza de gran renombre por la comodidad de su situación y principalmente por estar bien poblada, pues se dice que hay cuatrocientas familias de españoles, sin contar algunos miles de nativos del lugar de españoles y salvajes, que nombran vulgarmente mestizos, y otra suerte de mezcla de negros y españoles que llaman mulatos.

En los espaciosos confines de esta ciudad vive una gran multitud de salvajes, que se multiplican cada día de más en más. Martín del Barco relata en su «Argentina», que las mujeres y los niños ahí son mucho más numerosos que los hombres, quienes han disminuido debido a las guerras que tienen entre sí y con otros salvajes.

El territorio es admirablemente bello, fértil en toda clase de granos y abundante en frutos, tanto domésticos como los de España. Además, estando provisto de suficiente pastura para las vacas y los corderos, hay todo tipo de víveres en gran abundancia y a poco precio.

El aire es suave y bien templado, lo que hace que los árboles estén casi siempre verdes.

Los principales salvajes que habitan los alrededores son los guatataes, los mogalaes y los gonnanenaquaes, muy apegados a los españoles y dispuestos a obedecerlos aunque no reciban ninguna retribución, como casi todos los demás, por servirlos. Herrera hace mención de la nación de los yaperues, muy dados al hurto, que no cultivan ni crían ninguna especie de animal, y a quienes Cabeza de Vaca obligó desde el comienzo a hacer la paz. Nombra también los imperues, los naperbes y los mayayes, pero no hace ninguna descripción de sus viviendas. En otra parte hace mención de los iriguanos, nación belicosa, cercana a la Metropolitana. Los cheriguanes viven un poco más lejos, que en otros tiempos dieron mucho que hacer a los españoles, pero actualmente (como algunos escriben) se han sometido, y como abandonaron su crueldad primitiva comienzan a vivir más civilmente y a abstenerse de carne humana.

Próxima a la ciudad, la montaña de Lambare, de gran renombre en toda esta región, se eleva a gran altura por encima de las demás montañas; río arriba hay un hermoso lago que los salvajes llaman Ytapua, en medio del cual se alza una roca de más de cien brazas.

Ciudad Real, que los españoles llaman también Ontiveros, y los salvajes Guayra, está a una distancia de 80 leguas de la Metropolitana del lado del Noroeste o del Brasil. Construida sobre la ribera del río Paraná, en un territorio fecundo, abunda en todo lo que es necesario para la vida del hombre; pero el aire no es muy sano y la vida incómoda, a causa de los salvajes vecinos que son naturalmente crueles e inquietos.

Bastante cerca de la ciudad, el río de Paraná se precipita con gran estrépito por una catarata alta más de doscientos codos, como dicen, tan furiosamente y con tantos torbellinos de agua, entre las rocas y los lugares estrechos por donde pasa, que lanza a lo lejos no solamente las chalupas, sino también las canoas, de manera que no se le puede atravesar sin correr un extremo peligro.

A aproximadamente cuarenta leguas por encima de la Guayra, sobre las riberas del mismo río de Paraná, Martín del Barco escribe que hay otra ciudad habitada por los españoles, sin que sin embargo diga el nombre, ni recuerdo tampoco haberla oído mencionar por otros.

CIUDADES DE SANTA FE, SAN SALVADOR *Y OTRAS DE ESTA PROVINCIA*

La ciudad llamada por los españoles, Santa Fe, está a una distancia de 150 leguas a lo largo del río de la Metropolitana Asunción, como López Vaz ha dejado por escrito; de Nuestra Señora de Buenos Aires, cincuenta, como lo supe por un holandés digno de

fe (aún cuando los españoles consideran mucho más y cuentan aproximadamente 120 de una a otra). De la ciudad de Córdoba que está en la provincia de Tucumán, dista cincuenta, o setenta, según otros, que yo creo que se equivocan. Es una pequeña ciudad, muy parecida en número y condición de habitantes a la de Buenos Aires, situada en una planicie que se extiende hasta Tucumán, bordeando un río. Su territorio es fértil y su aire suave. Los salvajes que habitan entre sus límites son llamados chalcinos, mepenes y chiloacas. Los burgueses se dedican a la agricultura y a la cría de ovejas. Tienen telares donde tejen ciertos paños gruesos, con los cuales hacen un rico tráfico con el Brasil, cambiándolos por azúcar, arroz y otras mercancías similares, principalmente en la ciudad de Río de Janeiro.

Desde esta ciudad se va también a las minas de plata de Potosí, y más allá en el Perú. La vía más segura y más cómoda es por la provincia de Tucumán y por la ciudad de Córdoba, que está situada en un lugar muy oportuno y como en una encrucijada, de suerte que desde ahí se puede ir hacia la gobernación de Chile, y hacia el Perú, así como a la Metropolitana de esta provincia, la Asunción. No será nada inoportuno explicar aquí un poco más ampliamente el recuento de este camino. Quienes desde la ciudad de Córdoba van al Perú, deben pasar por la ciudad de Santiago (que se le llama del Estero), hasta donde hay aproximadamente 80 leguas. De la ciudad de Santiago se pasa, durante el verano, por la ciudad de S. Miguel hasta la cual hay 25 leguas; pero en invierno, por la de Nuestra Señora de Talavera, a la cual hay cincuenta leguas, debido a que en este tiempo el otro camino, a causa de la inundación de los ríos, está lleno de fango y lagunas. Luego se va hacia el lugar que los españoles llaman Las Juntas, porque allí los caminos se reúnen de nuevo; este lugar está a casi la misma distancia de las dos ciudades, a saber, 25 leguas. De Las Juntas, se pasa, según la estación del año, ya sea por Salta o por S. Salvador, llamado también por los salvajes Iuyu, la última villa de la provincia de Tucumán, a una distancia de 30 leguas de Las Juntas, y cien de Potosí. Se sigue por los valles de los salvajes llamados amoaguaces y a través de las montañas; luego se pasa por entre colinas interrumpidas que los españoles llaman La Quebrada, pero los caminos se reúnen nuevamente en uno solo a aproximadamente 30 leguas de Potosí. De manera que si los españoles hacen bien su cuenta, hay desde la ciudad de Santa Fe hasta las minas de plata de Potosí 340 o 350 leguas.

Las otras ciudades son, primeramente, la de S. Salvador (que no es la misma de la que hemos hablado más arriba), situada cómodamente sobre los bordes del gran río.

Luego la ciudad de S. Ana sobre la ribera del Paraná, en la provincia de los salvajes llamados guaraníes; su territorio es plano y lleno de campiñas, por lo cual muy a menudo se encuentra inundado, cuando el gran río se desborda en invierno.

Martín del Barco menciona estas dos ciudades solamente de pasada, en su «Argentina».

Más allá de la ciudad de la Asunción se encuentra el puerto de Guaybianno, donde termina el territorio de la nación de los guaraníes. Le sigue Itabitan; luego el puerto de La Candelaria, como los españoles lo nombran, sobre las riberas del mismo río, a 21 grados de la línea hacia el Sur, segun Herrera escribe, donde se dice que Juan de Ayala fue antiguamente sorprendido y completamente derrotado por los salvajes, con 80 soldados. Los salvajes paraguaes habitan la región. Río arriba se encuentran los guaxarapos, en cuya provincia, como hemos dicho, este río que desciende del Brasil entra en el de Paraguay. Más allá, el río se divide en tres ramales, uno de los cuales forma un gran lago al que llaman Río Negro, que corre hacia el Norte; los otros dos se reúnen un poco más abajo. Por encima de esta confluencia se encuentra otro río aún, que desciende del Oeste, y el nombre de Paraguay ya está abolido, a causa de varios ríos y lagos con tantas desembocaduras que confunden a los navegantes. Entre todos el más renombrado es el río de Iguatú, es decir, agua buena, que Cabeza de Vaca recorrió. De ahí por fin se llega al puerto de Los Reyes. El territorio es fértil y abundante en víveres, los naturales del país son de estatura media, van desnudos y adoran un ídolo de madera.

A corta distancia se encuentra una provincia muy estimada, de cuyos habitantes, los xarayes, ya hemos hablado.

Pero antes de discurrir sobre otras cosas de esta gobernación, será muy apropiado hablar de Tucumán, a la que hemos dejado expreso cuando tratábamos de la provincia de los Charcas, que le es vecina.

PEDRO LOZANO

CUALIDADES Y HABITOS FABULOSOS EN PLANTAS Y ANIMALES

El jesuita español Pedro Lozano (1697 - 1752) escribió extensamente sobre los acontecimientos civiles y religiosos de la región en su Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán, *publicada en Buenos Aires, póstumamente, entre 1875 y 1876. Por la gracia de su prosa vale*

retener sus curiosas observaciones acerca de la yerba mate y cómo los indígenas aprendieron a usarla, así como la mandioca o yuca, gracias a las enseñanzas del apóstol Santo Tomás, infusión a la que se acostumbrarían también españoles y criollos hasta volverse dependientes, dice. De la misma manera describe los prodigios del guayacán, los animales que proyectan luz, la espantosa bestia llamada sú *y, desde luego, las terribles serpientes que muchos años después protagonizarán los cuentos de Horacio Quiroga.*

YERBA DEL PARAGUAY (MATE)

USABAN DICHA YERBA los indios en su gentilidad, pero con moderación; quién le descubriese las virtudes que le atribuyen es todavía dudoso; y al paso que unos le dan nobilísimo origen, otros le señalan el más infame que se pueda imaginar. El doctor don Gaspar de Escalona Agüero, oidor de la real audiencia de Chile, en su *Gazophilacio Regio Peruano,* libro 2. p. 2, cap. 31, escribe que es general opinión en las provincias del Paraguay que san Bartolomé la mostró y descubrió a los naturales. Muy dudoso es este principio, ni sé que haya habido tal persuasión, pues ni la menor mención se halla en papeles antiquísimos que tratan de esta yerba, ni rastro alguno por estas partes de que discurriese por ellas este gloriosísimo apóstol. Con todo, no falta quien añada que encendiéndose una pestilenta enfermedad recetó el uso de esta yerba a los dolientes, con tan saludables efectos que no perecieron a su rigor los que la usaron, y que desde entonces quedó tan bien opinada entre estas gentes, que en cualquier achaque la tomaban con feliz suceso, invocando la intercesión de san Bartolomé.

Tengo por apócrifa esta relación por las razones dichas, y creo discurre con mayor verosimilitud el licenciado Diego de Zevallos, quien en su docto *Tratado del recto uso de la yerba del Paraguay,* impreso en Lima, año de 1667, dice que descubrió su uso y aun le dio la virtud santo Tomás Apóstol, que llegando desde el Brasil, predicando el Evangelio, a la provincia de Mbaracayú, halló selvas dilatadas de estos árboles, cuyas hojas eran mortífero veneno; pero tostadas por el santo apóstol, perdieron en sus manos y en el fuego, todo lo nocivo, quedando eficaz antídoto. Y por esta razón decían los indios que siempre tuestan la yerba para usarla, porque les enseñó el santo, experimentarían sin esa diligencia los fatales efectos de su maligna ponzoña, pues es muy conforme a la doctrina del príncipe de la medicina, Galeno, que el fuego en la torrefacción hace perder a las cosas venenosas, sus activas cualidades.

Bien pudo santo Tomé ser el autor de este beneficio como lo

fue, según la tradición recibida, de otro más provechoso, cual es el de la mandioca, pan usual de estas gentes, a quienes él les enseñó a cultivar; pero no agrada este sentir al venerable padre Antonio Ruiz de Montoya, que tuvo tanta experiencia de las cosas de los indios del Paraguay, entre quienes vivió treinta años, y escribe que habiendo inquirido, con toda diligencia, entre los indios de ochenta y de cien años el origen del uso de esta yerba, averiguó por cosa cierta, que en la juventud de estos ancianos, ni se bebía, ni era conocida, sino que un insigne hechicero del país, amigo estrechísimo del demonio, fue impuesto por el infernal maestro en que bebiese dicha yerba cuando quisiese escuchar sus oráculos, como lo ejecutó en adelante; y por su ejemplo, se fue entre otros propagando este uso, y de ellos se pegó a los españoles; pero empezó con tan mal pie y tanto descrédito, que era reputado por hombre infame el que la tomaba; y aun se llegó a prohibir su uso con excomunión, sino a los que la recetaba el médico por algún achaque.

Concurrieron después a un tiempo, en el Paraguay un gobernador del obispado y un teniente general que atropellando por todos los buenos respetos, se dieron con tal desenfrenamiento a este vicio, que todo el pueblo se fue tras ellos, que el ejemplo de las cabezas arrastra, con no se qué oculta fuerza a su imitación. Cundió de tal manera en pocos años el uso o abuso de la yerba que sólo en la ciudad de la Asunción, se consumían de catorce a quince mil arrobas cada año por el de 1620; siendo así que apenas se contaban quinientos vecinos españoles, según refiere el venerable padre Marciel de Lorenzana, en una relación que, por mandato del señor Felipe Tercero hizo de las cosas del Paraguay.

El uso primitivo de esta yerba entre los españoles se introdujo para vomitar, que en la realidad la semejanza que tiene con el zumaque, hace creer a cualquiera que bebida hará arrojar las entrañas. Pónese para eso una onza a más en infusión por espacio de una hora, otros dicen que basta un cuarto, y después la echan en agua caliente, y de esa manera la beben, no en vaso de metal, o de barro, o vidrio, o madera, sino en unos cascos de calabaza del país llamados *mates*, que para este efecto se curan al fuego, aderezan y pintan con bastante curiosidad; y por razón de este vaso, suelen llamar *mate* a esta bebida. Después que se propagó su uso, no sólo la toman para vómito, sino para gozar otras muchas virtudes que pregonan de ella sus aficionados, que hay ya muchos que se dan a beberla sin tasa ni medida, con el exceso que era en algunas partes el vino; y de la demasía de esta bebida, dice el venerable padre Ruiz de Montoya, vio a algunos que por muchos días perdieron el juicio.

Por lo que toca a la calidad de la yerba, dice, es caliente y seca, caliente en el 2º grado y seca en el principio del 3º, como el poleo

montano, y de sus mismas virtudes, lo cual prueba el licenciado Zeballos, con la experiencia de que aplicados sus polvos a una llaga húmeda, la desecan maravillosamente y la limpian de toda suciedad, y también porque es *diurética,* provocativa de la orina y del sudor, para cuyos efectos se requieren las calidades de humedad y sequedad en grado más que remiso como enseñan los médicos. Otros dicen que su complexión es indiferente, porque calienta a los fríos y enfría a los calientes, y en esto ocurren al milagro, como en su descubrimiento.

Sea lo que fuere de esto, lo que no se puede dudar es que le atribuyen sus devotos admirables virtudes que, dicen, enseñó a los naturales del Paraguay la docta naturaleza, y ellos las fueron aprendiendo en los libros de su propia experiencia que es la más sabia maestra. Los indios que la usan con más moderación que los españoles, e indiferentemente en agua caliente o fría, los frutos que principalmente, dicen, sacan de esta yerba, son que les alienta al trabajo, y da tanto vigor que no les deja sentir la falta de alimento, y se ve frecuentemente que remará un indio todo un día, sin tomar otro alimento que beber de tres en tres horas un mate o dos de yerba, en lo cual, como en el olor y sabor, es muy semejante a la celebrada yerba que toman tanto los indios del Perú, llamada *coca.* Púrgales el estómago de flemas, y no deja congelar las cualidades de que se forma la piedra, y así los indios guaraníes jamás padecen esa penosa dolencia. Despeja los sentidos y ahuyenta el sueño al que desea velar, sin embarazo, en que se asemeja, o según algunos es la misma famosa yerba de la China, llamada *Chá,* de que no desdice el nombre de nuestra yerba entre los guaraníes, en cuyo idioma propiamente se llama *Caá*; y en la misma virtud es parecida al té de la misma región cuyo uso está hoy tan válido entre las naciones extranjeras de Europa, y aun en nuestra España no poco, por lo cual escribió el padre Juan Bautista Duhalde en las notas al t. 2º de las cartas curiosas y de edificación que era uno mismo el uso del té y de nuestra yerba.

Los españoles, subiendo de punto la materia a estas virtudes que testifican los indios, añaden otras prodigiosas que, dicen, les ha enseñado la experiencia, y con ellas quieren librar de que parezca abuso la demasía con que frecuentan muchos aquesta bebida. Juntólas el licenciado Zeballos, diciendo que *disipa los flatos,* y los resuelve, y aun los digiere y cuece, y abriendo las vías, como diuréticas, expele lo grueso, resolviendo lo sutil y fractuoso, abriga y junta el manjar para que mejor se altere y prepare para la cocción, prohíbe la putrefacción y los vapores que (nocivos al cerebro y corazón) de ella se levantan; es admirable para todas las pasiones nefríticas o de los riñones, en las pasiones del pecho crónicas,

que son las envejecidas como el asma, la ronquera y la tos vieja, o en el dolor antiguo, es excelente la sorbición (de la yerba) pues prepara para la expulsión los fragmentos de los humores, atenuando unas veces, endureciendo otras, unas ablandando y otras cociendo, y generalmente es buena para todos los dolores de vientre, intestinos, hijada, hipocondría y otras muchas incomodidades que cada día confirma la experiencia». Hasta aquí el autor citado, que por ser raro su tratado, quise copiar sus palabras.

Si al agua caliente en que se toma la yerba, se le echaran en infusión unas hojas de borraja, dice el mismo autor, que se le aumenta poderosamente la virtud de atenuar, cocer y disipar los flatos, y si son sus raíces, que es muy a propósito contra la melancolía e hipocondría, como contra la cólera si se toma con el jarabe aceitoso de acederas o zumo de limones o naranjas, como algunos con buenos efectos la usan. Y si la beben mezclando piedra bezar, universal antídoto contra todo veneno, es admirable remedio en las cuartanas y calenturas rebeldes, como también para reforzarse y cobrar carnes los flacos y debilitados, de que hay grandes experiencias. Con la misma bezar, destierra toda melancolía, y excita las ganas de comer, limpia los riñones y vejiga de todas las arenas y materias gruesas, conforta el ánimo y quita el cansancio, por lo cual todos la usan después de algún ejercicio o trabajo.

La dolencia asquetosa, que en Europa y otras partes es comúnmente castigo de la intemperancia sensual, proviene también de otras causas naturales en estas provincias, pues suele asaltar a los niños antes del uso de la razón. Para su difícil curación, dice Zeballos, se ha observado con repetidos y buenos efectos, que bebida la yerba del Paraguay en agua de zarza fuerte con un poco de sen, no se necesita de otro medicamento, tomándola por las mañanas, como jarabe, y a la noche sin el sen para sudar, y asegura está muy válido, en muchos, ser magistral de tanta virtud, que los excusa de azogues y unciones, administrándoles cada tercer día nuevo vomitorio en la dicha agua de zarza, de que dice pudiera alegrar muchos casos admirables que experimentó en su comprobación. El modo más ordinario, entre los españoles, es echar azúcar en el agua, la cual queda más penetrativa.

Por fin, aconseja generalmente a todos que después de esta bebida (que se puede usar a todas horas, según la necesidad) no se coma, ni se beba otra cosa inmediatamente, hasta pasada una hora, por lo menos; porque causa gravísimos accidentes de que afirma haber sido testigo con gravísimo dolor suyo. Creo que según le van atribuyendo virtudes a dicha yerba han de venir en breve a decir lo que vulgarmente se suele, que es el *sánalo todo* y medicina universal para todo género de dolencias. Bien me persuado

que tendrá varias virtudes, pero ni juzgo son tantas como se ponderan, ni aunque las tuviera obrarán si no se usa con moderación, con necesidad, y a tiempo, y no con la frecuencia e inmoderación que muchos, porque el frecuente y copioso uso de una medicina, enseñan los mismos médicos, maestra la experiencia, que priva de los mismos bienes que con él se pretenden, pues acostumbrada la naturaleza no se altera, como es forzoso para que aproveche, antes viene a serle perniciosa, la que fuera saludable medicina.

Lo que no se puede encubrir a la vista de sus efectos es que, aunque sea tan prodigiosa como quieren, para las dolencias referidas, es perjudicial para conservar los colores, porque, los que sin emplearse en trabajo corporal, la usan, los traen generalmente quebrados, como lo he reparado, especialmente en los que la toman muchas veces, desde que lo vi observar a un sujeto anciano, que tenía más de cuarenta años de experiencia de estos países, y he oído decir fue este uno de los nativos porque reprobaron su uso los médicos en Inglaterra.

Lo cierto es, también, que muchos médicos peritísimos de Milán, a quienes consultó el venerable cardenal Federico Borromeo, arzobispo de aquella ciudad, no menos esclarecido por su santidad y doctrina, que por su esclarecida sangre, le atribuyeron tantos males como constan de una carta de su eminencia de 11 de junio de 1619, para el obispo del Paraguay don Lorenzo de Grado, que murió después obispo del Cuzco, y en fuerza de la tal resolución, en otra carta de la misma fecha para el venerable padre Diego de Torres Bollo, fundador de esta provincia, le exhorta su eminencia, *a que ponga todo empeño en desarraigar* mal tan pernicioso, como el usar dicha yerba con grande daño de la salud de las almas y de los cuerpos. Son palabras de aquella sabia y santa púrpura.

He tratado difusamente de este fruto, por ser el más usado en estos reinos y el principal de la provincia del Paraguay, cuyo beneficio les ha hecho olvidar a los moradores de aquel país el de otros más propicios, y están tan persuadidos a que es el único medio de mantenerse la gobernación, que quieren decir se arruinaría si careciesen de él, siendo así que, desde que se entabló con más empeño, se ha ido arruinando más cada día. Pero sea de esto lo que fuere, pasemos a describir otros que producen estas regiones.

GUAYACAN

Del guayacán, o *palo santo* hay varias especies; dos tiene la provincia del Tucumán; el uno que llaman *quebrahacha*, por su rara dureza, que resiste a los instrumentos más acerados, y los guaraníes le llaman *ibirarcay rubae*, que es el *caaroba* del Brasil; sus

flores son blanquizcas, que tiran a leonado, color propio de su palo, y sus hojas como una lengua. La segunda especie que se halla en nuestras Misiones del Paraguay, y en las tierras de los indios chiquitos, es el *ibirache* del Brasil, y, propiamente, el que llaman en Europa *palo santo*. La cuarta especie, es la del Chaco, de las tierras de los mocobíes, y por el Paraguay del país de los guaycurúes; parécese mucho al *lapacho*, o tajivo, que es el *tayi* de los guaraníes, pero se diferencia así en las flores como en el tiempo de florecer, porque las del tajivo aparecen ya por julio o agosto, son encarnadas, y brotan en las puntas de las ramas; pero las del guayacán del Chaco son anaranjadas, que tiran a amarillas, salen por los brotes de las ramas y no se desabrochan sus botones hasta octubre o noviembre. Son árboles muy aromáticos y resinosos, gruesos y altos, y de madera fortísima y excelente para fábricas, porque aunque les dé el agua, o estén debajo de tierra no se corrompen.

La producción de este árbol es uno de los raros prodigios de la naturaleza, porque en sus flores se crían ciertas mariposas que podemos llamar, con propiedad, su fruto, pues no da otro; crecen hasta cierto tamaño, en el cual, sintiendo con natural instinto que se acerca su fin, por no degenerar tan presto, convierten en vegetal su vida sensitiva, volviéndose en árbol la sustancia de la mariposa, porque al tiempo señalado, se aferran a la tierra introduciendo por ella sus piececillos que con facilidad se convierten en raíces, y por las espaldas, entre las junturas de las alas, empieza a brotar el retoño, como otro cualquiera de su propia semilla. Va creciendo, y de raíz tan débil, va formándose un árbol robusto y muy alto, cosa verdaderamente digna de admiración para alabar al Autor de la naturaleza, que, de una mariposa inútil que lleva el aire, sabe levantar un árbol tan duro, fuerte y provechoso. Pero si hay semilla de que procede un viviente, como es la del gusano de la seda, no es ya mucho sea un viviente semilla de otro menos perfecto, como es el *guayacán*, respecto del animalillo de que se produce.

Todas estas especies de *guayacán* o palo santo, son de admirables virtudes, de que escriben insignes médicos, como Rivero, Laguna y Ascencio, pero en especial el cocimiento de la tercera especie es la medicina más eficaz, bebido por largo tiempo, para curar las llagas de los pulmones, y aun para eso tiene todavía mayor virtud el *guayacán* del Chaco, porque, con mayor eficacia, en menos tiempo, y con mayor firmeza, cicatriza semejantes llagas; y aun a este palo excede en virtud su misma resina, como testifica de propia experiencia, en un libro que compuso de las yerbas y árboles de esta provincia, el hermano Pedro de Montenegro, de nuestra compañía, sujeto muy perito en la medicina, quien dice que teniendo

él mismo y otros sujetos, por haber asistido a unos tísicos en nuestro colegio de Córdoba, tan dañados los pulmones que se daban por desahuciados, bebiendo el cocimiento del *guayacán del Guaycurú*, sanaron en breve perfectamente.

Para el humor gálico, es remedio sin igual, y por eso le usan los médicos, así la tercera especie en Europa, como también la cuarta, en estas provincias, en los jarabes magistrales, para sacarle de los huesos, por arraigado que esté, y si se mezcla con la aristoloquía rotunda dicen, no tiene, en lo natural resistencia de cualquier causa que provenga. Las mismas virtudes tiene para curar llagas interiores, y por preservativos, suelen muchos por acá, usar vasos de esta madera para la bebida ordinaria.

LOS GUANACOS Y SUS PIEDRAS BEZARES

El guanaco es animal también propio de estos países; críase en los parajes frígidos de las serranías de esta provincia del Tucumán, y rara vez lo domestican. Es del tamaño de los carneros de la tierra; todos de color castaño deslavado y la lana corta y áspera, pero que también la aprovechaban los naturales para tejer su vestuario. Al tiempo que las hembras pacen, se plantan los machos en los collados más altos, erguido el cuello para atalayar por todas partes, y al columbrar de lejos un hombre o animal de otra especie, dan un relincho y se ponen todos en precipitada fuga por los lugares más fragosos, llevando siempre por delante las hembras; con que siendo ligerísimos como son, apenas hay caballo, por suelto y veloz que sea, que les pueda dar alcance en la carrera; pero suple la industria lo que no puede la fuerza, porque con un cordel, en cuyas extremidades prenden dos bolas de piedra, les disparan de lejos, y enredándoles con destreza los pies, detienen su veloz curso, y los cazan con los perros o los enlazan.

Con todo, los nuevos no son tan difíciles de coger, porque como son altos, y por la poca edad no tienen en los huesos toda la fuerza necesaria, se cansan con facilidad y caen en manos del cazador. La carne de estos pequeños, dicen, es tan sabrosa como la del cabrito; pero la de los mayores, fresca, es de ninguna estima, y seca, dice el padre Ovalle, no hay cocina que le iguale. Será así en Chile, de donde habla este autor, porque acá en Tucumán nunca la guardan, porque el motivo de cazar estos animales es por el interés de la piedra bezar que crían en un seno del vientre, y son admirables contra veneno y calentura malignas, alegran el corazón, y causan otros efectos saludables.

La materia de que se forman dichas piedras, son yerbas de gran virtud, que por instinto natural buscan o para curarse, o para pre-

servarse de sus achaques, o para impedir que llegue al corazón la ponzoña de víboras, o arañas venenosas que les pican, y es cosa experimentada que en los países donde abundan más los animales ponzoñosos, es también mayor la copia de piedras bezares, como se ve que en los guanacos de Chile, reino muy limpio de sabandijas, se encuentran muy raras, pero de esta parte de la cordillera, como es mucho el número de vivientes nocivos, se hallan las bezares con mucha abundancia.

Y es manifiesta la razón; porque, como los animales andan discurriendo continuamente por todas partes sin hacer asiento fijo, están más expuestos a ser ofendidos de las culebras o víboras, que pisan, y al verse heridos de su ponzoña, corren llevados de natural instinto, a pacer aquellas yerbas que le sirven de antídoto, y como frecuenta más este pasto por la mayor repetición de los peligros, proviene de ahí se halle más cantidad de bezares en estos países.

Pero aun allí se observa que no se encuentran en los guanacos de poca edad, sino en los más viejos, y debe ser la causa porque en aquellos es más vigoroso el calor natural para digerir totalmente dichas yerbas; pero debilitado ya con la edad el de estos no pueden convertir en sustancia todo el humor de ellas, y de las partes superfluas se va congelando la piedra en aquel seno que con sabia y amante providencia preparó el Autor de la naturaleza para que sirva a los hombres, para los mismos saludables efectos que a aquellos brutos. Compruébase esta razón con lo que se ve en las mismas piedras, y es el de estar todas compuestas de varias telas más o menos gruesas, lo que parece provenir de la mayor o menor cantidad de materia que cada vez se le agrega.

El tamaño, figura y color de las piedras bezares no se pueden señalar con certeza, porque son unas de otras muy desemejantes. Unas hay blanquizcas, otras oscuras, ya cenicientas, ya negras relucientes como vidrio, ya ásperas, ya muy tersas, unas ovaladas, otras redondas, estas cuadradas y aquellas triangulares, cual muy menuda, cual mediana y cual muy grande, habiendo algunas que llegan a pesar treinta y dos onzas. Cuando son pequeñas se hallan muchas juntas en aquel seno, menos si son mayores, y alguna tal vez tan grande que no admite compañera.

Vense tal vez algunas que suenan al modo de la piedra del águila, porque se formó la bezar sobre algún grano que después de encerrado en el centro, se fue secando; otras se ven formadas sobre espinas, y de dos refiere el doctor Montalvo que se han hallado sobre agujas. Algunos, cuando en Europa las ven muy grandes, imaginan que son artificiales; pero se engañan, porque acá las vemos sacar de aquellos senos de tamaño excesivo. En viéndose cogido el guanaco, o cuando tal vez los amansan, se defienden contra los que

se les acercan con la espuma o saliva que les arrojan de la boca, sin tener otra arma defensiva, pero ésta la reputan por tan dañosa, que creen causa sarna si toca a la carne, como también lo dicen de la que dispara el carnero de la tierra. Gusta de temperatura frígida, y así, juzgo probarán bien en Inglaterra, a donde desde el año 1725, los han trasladado los misioneros ingleses del asiento de Buenos Aires, dándoles el nombre de *wanocka*, que es alterando algo el suyo propio de guanaco.

DEL SU

En los confines del Río de la Plata, hacia los Patagones, se halla un animal muy fiero llamado *sú* o según otros *succarath*, y anda comúnmente hacia la ribera de los ríos. Su figura es espantosa; a la primera vista, parece tener la cara de león, y aun de hombre, porque desde las orejas se le ve barbado con pelo no muy largo; estréchase su mole hacia los lomos, cuando en la parte anterior es bien corpulento; la cola es larga y muy poblada de cerda, con la cual, cargando sobre sí los cachorros al verse acosada de los cazadores, los encubre y esconde hasta evadir el riesgo, sin que la carga sea impedimiento para emprender la fuga con suma ligereza. Vive de rapiña, y por el interés de la piel, le persiguen los naturales del país, porque siendo éste de temple frígido, se defienden con su abrigo de las inclemencias. El modo ordinario de cazarlos, es abrir una hoya profunda, que cubren con ramas; incauta la fiera se despeña con sus hijuelos, y al ver imposible su salida o sea de rabia o por generosidad, los despedaza con sus uñas, porque no vengan a manos de los hombres, dando al mismo tiempo espantosos bramidos para aterrar a los cazadores, los cuales acercándose a la hoya, traspasan a la fiera con sus flechas hasta que muere rabiando.

LA ANTA O «GRAN BESTIA»

La anta o danta, que en Europa llaman la *gran bestia,* se halla en la gobernación del Paraguay y en la del Tucumán. Es especie que participa de varias; su tamaño de asno, las orejas de mula, el hocico de ternero con una trompa de un palmo que alarga o encoge para tomar el aliento, según dicen algunos; el cuello corto, y más corta la cola, el color leonado, los pies y manos delgadas, hendidas como la cabra, aunque con tres uñas en cada una; el cuero muy grueso e igualmente duro, la carne blanca de buen sabor, parecida a la de vaca.

De día, pace yerbas en los prados; y de noche, barro salobre en lugares pantanosos. Aquí acuden los cazadores para cogerlas,

y en sintiéndolas cercanas, sacan de improviso hachones ardiendo, con cuya luz deslumbradas, dan lugar a que las cojan. Otros las enlazan por el cuello, pero es menester buena destreza, ni basta un solo lazo para sujetarlas porque es excesiva su fuerza, y arrastran con facilidad a los jinetes que les tiraron los lazos desde sus caballos, huyendo a ciegas sin saber por donde, llevando tras sí cuanto encuentran, aunque sean árboles, y si se meten en río o laguna, no las podrán apresar fácilmente, porque se defienden mordiendo con sus agudísimos dientes a los agresores.

Cría la piedra bezar de grande eficacia; y el padre Antonio Ruiz de Montoya, escribe que la tienen para sanar el mal de corazón, como se dirá, de sus uñas. Fuera del ventrículo común a todo animal, tiene otro, en que sólo se hallan astillas y palos podridos, sin que se sepa para qué fin le destinó la próvida naturaleza. De su cuero hacen los soldados morriones impenetrables, no sólo a las flechas sino aun al impulso de las balas. Las uñas, pero principalmente las del brazo siniestro, son antídoto eficaz contra el mal de corazón, de que con natural instinto se vale este bruto, que es molestado de este penoso achaque; porque en sintiendo sus efectos, aplica aquella mano al corazón, y recreándolo con su virtud, sana en breve.

En abundando en sangre, se hiere con cañas agudas las partes interiores de las piernas y descarga la que le puede ser nociva, con la misma industria que se admira en el hipopótamo, de que aprendieron los racionales el salubérrimo uso de las sangrías. Es animal que no hace daño a los hombres, sino sólo acosado, por evadir el riesgo de quedar prisionero, porque desconfiando de sus monstruosas fuerzas, pone su salud en la fuga. Los indios guaraníes llaman *camino de Antas* a la vía láctea celeste, y así su nombre en su idioma es *mborebirapé*.

EL CARBUNCLO

Es fama constante hallarse en la provincia del Tucumán, hacia San Miguel, y en la del Paraguay, el animal que cría el carbunclo, piedra tan rara como estimada; pero sospecho que esta fama es tan fabulosa como la del Fénix de Arabia, a quien todos hacen existente, y nadie le ha registrado con los ojos; porque aunque oigo que varios dicen han visto de noche el inmenso resplandor con que esclarece las densas tinieblas, corriendo el velo de carne con que oculta la antorcha que despide aquel volcán de luces; oigo decir también que ninguno tiene la dicha de hallarle, porque deslumbrados de tan intensa luz, pierden el tino y se hallan súbitamente en mayor oscuridad al esconderse aquel incendio, con lo que el animal se libra de las asechanzas de quienes pretenden enriquecer a su costa.

No obstante, el licenciado don Martín del Barco Centenera, arcediano de la santa iglesia del Paraguay, que vivió muchos años en estas provincias, escribe que vio varias veces el carbunclo, que le anduvo persiguiendo para cazarle, sin tener la suerte de hacer un buen lance. Dice, es un animal pequeño de cuerpo, muy suelto de miembros, y sumamente ligero, que trae un espejo en la frente, cuyo resplandor como si fuera ascua encendida, se registra de noche; pero todo aquel resplandor se enturbia o apaga del todo, al sentirse herido el animal, y es forzoso sacar la piedra al animal vivo sin herirle, para que no pierda con toda la luz su estimación, como lo consiguió, según cuenta el dicho autor, el capitán Ruiz Díaz Melgarejo, fundador de la Villarica del Espíritu Santo; quien habiendo logrado el venturoso hallazgo de un carbunclo vivo, le arrancó la piedra, para servir con ella al señor Felipe II; pero naufragando en el río Paraná, perecieron con ello, en sus senos, todas las esperanzas de agradar y ser premiado de aquel magnificientísimo monarca, por tan apreciable presente. Llaman a este animal los guaraníes en su cultísimo idioma *augaipitan*, que quiere decir espíritu maligno que reluce como fuego.

COSTUMBRES DE LAS SERPIENTES

Las especies de víboras y serpientes en todas estas regiones, son muchas y muy diversas, pudiéndose reducir a números solamente las que se han dado a conocer por sus malignos efectos, que manifiestan la justicia con que el Criador del universo, condenó, desde el principio del mundo, a andar arrastrando, monstruos tan nocivos al resto de los vivientes. Las menores son de un palmo, de media vara otras, y crecen en tamaño según sus especies, hasta haberlas de seis varas y de siete. Son tan fecundas, que desentrañando una de media vara, refiere el venerable padre Antonio Ruiz de Montoya, que le contó cincuenta viboreznos. Tiene providencia la naturaleza de que unos se ensangrientan contra otros, hasta darse muerte, porque a vivir todos estos nocivos partos, no hubiera donde hacer pie con seguridad. Unas conciben por la boca; otras ponen huevos mayores que de paloma y los empollan fomentándolos como la gallina.

. . . . . .

Otras culebras llamadas *curiyú* llegan a tener cuatro, cinco y seis varas de largo, y se tragan un venado entero, no masticando, sino moliendo y chupando los huesos con tal fuerza y arte, que le lleva al vientre de un solo bocado. Son de color ceniciento y a veces pintadas con otros colores, y de sus carnes se alimentan sin asco

u horror los naturales. Trépanse por los caminos a los árboles para esperar la caza, y vista, se arrojan a ella con extraña velocidad; préndenla con la cola, y enroscándola con mucha presteza, la van apretando tan fuertemente que en breve espacio rinde el miserable paciente la vida y queda hecho pasto de aquel monstruo, trasladado a su vientre.

Cuando está hambrienta, llena de espantosos silbos los montes y selvas, acomete y aferra la presa con tal vigor, que no hay animal que se escape de sus furias. Ni aun a los peces les sirve de seguro asilo la seguridad de su elemento, porque le sobra astucia para colgarse desde un árbol al agua, en que arrojando cierta espuma, acude multitud de ellos a comerla; déjalos asegurar, y cuando los ve más descuidados, abre la boca con extraña ligereza, y hace gustosa presa. Así lo vio con harta admiración el venerable padre Ruiz de Montoya con una de cuatro varas cuya cabeza parecía de ternera, que con esa diligencia algunas veces repetida, apagó su hambre en las márgenes del río Paraná.

De esta culebra, dicen los naturales, que renace de sí misma, cual si fuera el Fénix de América, y no es del todo fábula, sino monstruosidad de la naturaleza en la forma siguiente. Suelen quedar tan ocupadas del animal que mataron que no pueden menearse, y como su calor natural no es suficiente para digerir una tan gran cantidad, o se enroscan en algún árbol, o se están paradas en un lugar, vuelto el vientre para el sol, hasta que pudriéndose el animal que no podía digerir, pudre también el vientre de la culebra, y cría gusanos; acuden a ella los pajaritos que tienen pasto para muchos días, y la van descarnando hasta dejarla en los huesos y negada, en la apariencia, al principio del sentir, que parece un verdadero esqueleto; mas como es animal imperfecto, cuya alma es divisible, le quedan en parte de aquel espinazo las reliquias de los espíritus vitales ocultos, con los cuales vuelve de la materia corrupta a renacer, cobrar carnes y cuero nuevo como al principio, y a esto llaman renacer o resucitar, los que la vieron corromperse y quedar en el espinazo sin sentido y como muerta. Que éstas y mayores cosas puede obrar la naturaleza, enseñada del maestro universal del mundo. Ha sucedido tal vez que le cogió la repleción y corrupción pegada a algún arbolillo, donde ya sana, se vio presa sin poder desasirse, y allí la hallaron viva.

De esta especie era una monstruosa serpiente que hallaron los primeros conquistadores, río arriba del Paraguay, tan temida de los paisanos, que le tributaban veneraciones. Daré su pintura con las palabras de Ruy Díaz de Guzmán, libro 2 de *La Argentina manuscrita*, cap. 3.

Había (dice) en la plaza, un círculo de un fuerte palenque que dentro del cual, tenían encerrada una monstruosa culebra, o género de serpiente tan diforme, que ponía muy gran temor a todos los que la veían, era muy gruesa y escamosa, con la cabeza muy chata, y grandes colmillos que le salían de afuera, con unos pequeños ojos, tan encendidos, que parecían centellas de fuego; era de veinte y cinco pies de largo, y tan gruesa en el medio de ella, como un novillo, con la cola tableada de duro y negro, gruesa toda ella, de diversos colores, con unas escamas tan grandes como platos; con muchos ojos rubicundos, que le daban más ferocidad; de suerte que a todos puso espanto, y no hubo ninguno a quien no se le erizase el cabello con su vista, donde los soldados la comenzaron a arcabucear, y a herir con saetas y flechas, que los amigos le tiraban, y ella derramando mucha sangre, comenzó a revolcarse dentro del palenque que estremecía todo el suelo y dando muy espantosos silbos, la acabaron de matar. Fue averiguado, entre los naturales de este partido, que tenían esta serpiente en grande adoración por medio del demonio que entraba en ella, a hablarlos y darle respuesta, sustentándola únicamente con carne humana, de los que habían en las guerras, que unos con otros tienen, y para sólo este efecto la movían a los comarcanos, procurando de traer siempre cautivos para darle de comer a este monstruo.

Hasta aquí el autor citado.

Otro género de culebras hay de tres o cuatro varas, llamadas *mboiquatiá* que sólo viven entre malezas pantanosas, desde donde espían muy atentas la caza; luego que la asaltan con grande ligereza, la ligan con sus roscas, y esgrimiendo un hueso, muy agudo que ocultan en la cola, a modo de navaja cortante, le hieren en la vía posterior, hasta que la rinden y arrastran a su pantanosa habitación. Si hallan resistencia en la presa, se retiran con presteza al agua, para humedecerse, porque la sequedad les debilita las fuerzas, y al punto vuelven a la contienda. Para librarse de su furia, procuran al verse asaltados los indios, que no les ligue con sus roscas los brazos, y antes de que esgrima la navaja, cortan con cuchillo las roscas y con su muerte escapan del peligro.

Otras culebras hay de tan desmedida corpulencia que se tragan un hombre. No parezca patraña, pues tiene esta verdad testigo tan digno de fe como el venerable padre Antonio Ruiz de Montoya, quien escribe, vio a una que hizo presa de un indio, cuya estatura era de dos varas, y a esa proporción muy membrudo; comióselo la bestia, y al otro día lo vomitó entero, pero tan quebrantados los huesos como si le hubiera molido. Su elemento propio es el agua, y donde se ve mayor número es en los más espantosos remolinos, que forma el caudal grande del río Paraná represado todavía en el pie de su famoso salto. La figura de cabeza y cuerpo es totalmente de culebra, pero la cabeza desmedidamente grande y proporcionada solamente a su boca, que es capaz de dar paso a tamaño bocado como el de un hombre entero.

Es opinión asentada entre los indios de aquel país, que engendra este monstruo al modo humano (sin ser pez hombre como dicen algunos) lo que se ha comprobado en varios casos; uno de ellos, escribe el mismo apostólico padre Antonio Ruiz, que pasó con una india que lavando descuidada alguna ropa en las márgenes del Paraná, vino una de estas bestias y la asaltó de improviso, con ademanes de violentarla. Cortóse la india con el susto, viendo tan desenvuelto al culebrón, y éste, pasándola a la margen opuesta del río, consiguió su lascivo intento de que la dejó tan perdida y trabajada que no pudo moverse del sitio. Guardábala el culebrón con cuidado, yendo y viniendo del agua a visitarla tres días que allí se mantuvo la miserable, hasta que hallándola, refirió este lastimoso suceso, y murió al cabo de ellos recibidos todos los sacramentos.

EL PICA-FLOR

Al paso que grande el avestruz, es pequeño otro pajarillo de estas provincias llamado en la lengua quichoa *quentí*, en la guaraní *mainembí*, y por los españoles *pica-flor* o *tomineio*; la primera, denominación de su continuo ejercicio, y la segunda de que puesto en balanza, no excede el peso de un tomín de plata. Son tan pequeños, que al verlos volar, se duda si son abejas o mariposas, siendo pájaros en la realidad.

. . . . . .

Su producción según algunos es maravillosa, porque se cría de mariposa, que poco a poco se va vistiendo de plumas, al principio negras, después cenicientas, luego rosadas y por último doradas o matizadas de oro, azul y verde, tan resplandecientes, que heridas del sol parecen un conjunto de todos colores, sin haber alguno con quien se pueda comparar; y creen en esta fabulosa transformación, porque además de referirlo así varios autores, lo han oído a personas verídicas de nuestra compañía que han visto algunos, parte tominejos y parte mariposas, por haberlos cogido antes de perfeccionarse la transformación.

Y aún con modo más admirable, lo refiere el padre Simón de Vasconcelos, como testigo de vista; porque escribe, vio con sus propios ojos unos gusanillos blancos criados en la superficie del agua, que hicieron mosquitos; los mosquitos pasaron a la forma de lagartos, éstos se convirtieron en mariposas, y las mariposas se transformaron finalmente en *mainembí* o *pica-flor*. Cosa verdaderamente prodigiosa que manifestaría lo sabe y puede hacer como jugando el Autor de la naturaleza, sin que llegue nuestra filosofía a penetrar la razón de obras tan maravillosas.

INDICE

Prólogo, por *Horacio Jorge Becco* VII

PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA: 1
Expedición de Juan Díaz de Solís

FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA: 2
Descubridores del Río de la Plata

MARTÍN FERNÁNDEZ DE NAVARRETE: 4
Juan Díaz de Solís

DIEGO GARCÍA: 7
Pobladores del Plata y del Paraguay

ALONSO DE SANTA CRUZ: 9
Primeras Islas sobre el Río de la Plata

LUIS RAMÍREZ: 11
La Sierra de la Plata

ALVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA: 15
En Tierras del Paraguay:
De cómo el gobernador caminó con canoas por el río de Iguazú, y por salvar un mal paso de un salto que el río hacía, llevó por tierra las canoas una legua a fuerza de brazos 16
Que trata de las balsas que se hicieron para llevar los dolientes 17
De cómo llegó el gobernador a la ciudad de la Asunción, donde estaban los cristianos españoles que iba a socorrer 19
De cómo llegaron a la ciudad de la Asunción los españoles que quedaron malos en el río del Piquerí 21
De cómo el gobernador envió a socorrer la gente que venía en su nao capitana a Buenos Aires, y a que tomasen a poblar aquel puerto 22
De cómo matan a sus enemigos que cautivan, y se los comen 23
De la paz que el gobernador asentó con los indios agaces 24

Ulrich Schmidl: 26
Viaje al Río de la Plata
Capítulo V 27
Capítulo VI 27
Capítulo VII 28
Capítulo VIII 28
Capítulo IX 29
Capítulo X 30
Capítulo XI 30
Capítulo XII 31
Capítulo XIV 32
Capítulo XIX 32
Capítulo XX 33
Capítulo XXI 34
Capítulo XXII 35
Capítulo XXXI 36
Capítulo XXXIII 37

Hernando de Ribera: 38
Relación

Ruy Díaz de Guzmán:
Provincias del Río de la Plata 44
Lucía Miranda 48
La Maldonada 52

Joannes de Laet:
Descripción general de la Gobernación o Provincia de Río de la Plata, cualidades de su aire y de su tierra 54
Primer descubrimiento del *Río de la Plata*, y diversas expediciones de los españoles 56
Descripción del *Río de la Plata* según Herrera y Martín del Barco 58
Descripción del mismo río, según las diferentes cartas marítimas de los españoles y de uno de nuestra nación 60
Salvajes que habitan a lo largo del *Río de la Plata*. Sus costumbres y su naturaleza 62
Descripción de la ciudad de Nuestra Señora de Buenos Aires 65
Descripción de la Metropolitana de esta provincia y de su territorio, así como de otra ciudad llamada *Ciudad Real* 67
Ciudades de *Santa Fe, San Salvador* y otras de esta provincia 68

PEDRO LOZANO:
Cualidades y hábitos fabulosos en plantas y animales 70
Yerba del Paraguay (Mate) 71
Guayacán 75
Los guanacos y sus piedras bezares 77
Del *sú* 79
La anta o «gran bestia» 79
El carbunclo 80
Costumbres de las serpientes 81
El pica-flor 84

TITULOS PUBLICADOS

1
SIMON BOLIVAR
Para nosotros la patria es América
Prólogo: Arturo Uslar Pietri
Notas: Manuel Pérez Vila

2
LEOPOLDO LUGONES
El payador
Prólogo: Clara Rey de Guido

3
CESAR VALLEJO
Poemas escogidos
Selección y prólogo:
Julio Ortega

4
JOSE MARTI
Con los pobres de la tierra
Selección y prólogo:
Julio E. Miranda
Notas: Cintio Vitier
y Hugo Achugar

5
INCA GARCILASO DE LA VEGA
Los mejores comentarios reales
Selección y prólogo:
Domingo Miliani

6
FRANCISCO DE MIRANDA
Documentos fundamentales
Selección y prólogo: Elías Pino Iturrieta
Notas: Josefina Rodríguez de Alonso
y Manuel Pérez Vila

7
FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS
Vida de Cristóbal Colón
Sobre la edición de André Saint-Lu
de *Historia de las Indias*

8
HORACIO QUIROGA
Cuentos escogidos
Prólogo: Gustavo Díaz Solís
Glosario: Clara Rey de Guido
Infografía: Fernando Arribas García

9
JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE
Antología
Selección y prólogo:
Salvador Tenreiro

10
ANTONIO JOSE DE SUCRE
Documentos selectos
Prólogo: Alfonso Rumazo González

11
ANDRES BELLO
Antología esencial
Selección y prólogo: José Ramos

12
JULIO HERRERA Y REISSIG
Nueva antología de sus poemas
Selección y prólogo:
J.A. Escalona-Escalona
Notas: Alicia Migdal

13
JUAN MONTALVO
Páginas escogidas
Selección y prólogo:
Lupe Rumazo

14
JOSE ENRIQUE RODO
Ariel y Proteo selecto
Selección y presentación:
Pedro Pablo Paredes

PROXIMOS TITULOS

RICARDO PALMA
Tradiciones limeñas
Presentación:
Ventura García Calderón
Prólogo:
José Carlos Mariátegui

BERNARDO DE VARGAS MACHUCA
Milicia indiana
Presentación:
Oscar Rodríguez Ortiz

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR
EL DIA 18 DE DICIEMBRE DE 1996 EN LOS
TALLERES DE EDITORIAL TEXTO, QTA.
MARISA, LOS ROSALES, CARACAS. LA
EDICION CONSTA DE 5.000 EJEMPLARES